

MARCOS YAURI MONTERO

**UN PATIO
LLENO DE CEDRÓN**

NOVELA

LIMA, 2016

CAPÍTULO I

EN INVIERNO LOS DÍAS TIENEN brillo de perla. Aunque a veces amanecen horrorosos. Turbios, con toda la basura del mundo.

En el calendario el día es el décimo segundo de octubre. El hombre del maletín negro, con gabardina, ropa gris de alpaca, al pasar, desde la calle, a través de las rejas de una puerta de hierro pintada de negro, ve la rosa marfileña.

La flor, erguida en la punta de una solitaria rama de un rosal, roza la luna de una ventana. A su lado la tierra negra del jardín ha sido removida; allí se eleva una gruesa higuera; sus ramas largas y delgadas son como los huesos de un esqueleto, porque no tienen ni una sola hoja.

Al hombre le ha impresionado la flor. Pero no se ha detenido ni un segundo para admirarla. Ha seguido de largo, con mucha prisa. A su cuello le cae una gota fría desprendida de la madre selva que cubre la cornisa de la casa de al lado. Piensa que quizás es el último rocío de la torrencial lluvia que cayó ayer. Al llegar a la avenida por donde, en ese instante, pasa una torrentera de vehículos, se queda parado en la esquina, bajo un arbolito, desnudo como la higuera que se ha quedado atrás, en la casa de la rosa marfileña.

Son las siete de la mañana; y el día es el 12 de octubre. «El descubrimiento de la América», se dice el hombre y en su rostro se dibuja una sonrisa enigmática. Por la pista que revienta de autobuses, automóviles, camiones gigantescos cargados de materiales de construcción, se deslizan leves vapores que a poco de elevarse se

disuelven. Los ojos de los altos semáforos destellan marcando números fosforescentes.

El cielo es denso. Oscuro. De trecho en trecho tiene pequeños agujeros claros. Hay nubes sucias, nubarrones negros como hollín, crespos y tan grandes como cadenas de montañas. La mirada del hombre recorre los pétreos edificios. No parpadea. ¿Se siente flotar como la niebla pegada a los ventanales? ¿Sus pensamientos se le esfuman como humo? Las nieblas flotan lejos, en la altura, algunas parecen descolgarse de los techos de los rascacielos, pero él tiene la impresión de que las tiene metidas en su cuerpo. Su mente se llena de pasillos pulcramente encerados, con el parquet rojizo y brillante, con hermosos helechos recién regados, escaleras con huellas de pisadas con barro, de pasamanos que huelen a hongo y musgo de bosques siempre húmedos. Se llena de camisas, medias sucias, de lechos sin hacer. De... En su imaginación está su departamento: ni grande pero tampoco pequeño, en un décimo piso, en una zona de clase media; en su biblioteca una computadora, libros por aquí, por allá, páginas impresas hasta en las ventanas, sus ropas de lana colgadas dentro del clóset., sus ropas de dormir. «El invierno es insufrible», se dice. «Nos obliga a usar mucha ropa. ¡Puerca rutina!». Un helor se expande por sus músculos tensos, como ondas. Interiormente se dice:

«Odio los domingos»

El ómnibus que lo ha de llevar a su destino, por fortuna no tarda. Cuando llega lo aborda con premura. En el interior los pasajeros que lo abarrotan no tienen rostro, huelen a ropa húmeda, a aliento pesado, permanecen mudos. Un estudiante con

una mochila voluminosa se baja, deja libre su asiento. Allí se sienta. El haberse sentado le hace sentir relajado. Su mirada minuciosa y rápida observa. Los viajeros permanecen absortos, algunos manipulan sus Smartphone, otros tienen auriculares y escuchan música. Muchas caras se hunden en la espuma variopinta de las bufandas.

«El invierno nos victimiza. Es su delicia. Nuestros recuerdos se multiplican como hongos», se dice. «Nos torturan día y noche, más si los días son vacíos, sin nadie que nos llame o a quien uno puede llamar, y el teléfono yace como un escarabajo dormido, o un cachorro, entre la negra enredadera anillada de su propia cola».

Interiormente vuelve a repetirse: «Odio los domingos». Pero el día que ha empezado no es domingo.

CAPÍTULO II

EN SU RECUERDO TODO permanece incólume, con sus colores, formas, luces, olores, hasta con sus nombres. Todo está intacto, como si el tiempo no hubiera corrido. Se acuerda de sus años de estudiante, cuando Patricia Gonzáles, en las noches, a las siete, después de la cena llegaba de visita a su casa. Claro, no todas las noches, pero jamás dejaba de ir.

Se pone a monologar: «Llegabas de celeste, de rosa, de verde-limón, de rojo; todos tus trajes estupendos. Siempre bonita. Siempre linda. ¿Tus ojos?, color de caramelo, ¿tu cara?, blanca-rosada. Tu pelo largo, brillante y ondulado, un poco rubio. Tenías aretes de oro. Sonreías, nunca parecías estar cansada ni disgustada. Tu sonrisa, era un sol tierno. Tus hoyos a ambos lados de tu cara. Trabajabas en un banco con oficinas que daban a la plaza de armas. Yo estaba a punto de terminar mi carrera en la universidad... ¡Las lloviznas! ¡El granizo! En las noches las calles brillaban. Se inundaban de luces. Los colores de los letreros de neón se licuaban en los charcos que dejaban las lluvias, se ponían a flotar como cintas. Por allí venías, Patricia, yo te imaginaba; avanzabas como en las películas de misterio, por entre ese vaho luminoso que se deshacía como una nubecilla, tu figura a la que retrataban los espejos de los charcos se elevaba, se desvanecía bajo el cielo, sobre la ciudad convertida en maravilla... Sin duda tus pies se entumecían, también tus manos, tus mejillas, pues la humedad y el viento eran helados. ¡Ese viento que venía de la cordillera! ¡Cordillera con glaciares que se elevan unas tras otras al irse por el norte, ondulan, se encabritan brillando como espadas! En las pistas persistían islotes de granizos que en las tardes caían azotando puertas, ventanas,

descascarando la pintura de las paredes. ¿De qué charlabas con mis hermanas? ¡No sé! Seguramente de cosas de mujeres, pensaba yo. ¿Sino de qué? ¿Acaso hablarían de las alzas y bajas del dólar? ¿De la devaluación? ¿De los depósitos? ¿De la inflación? ¿De la crisis? A veces hablábamos todos pero no recuerdo de qué. Así, hasta que... Una noche, no puedo recordar qué noche. Pero sucedió. De súbito te pusiste roja, nosotros nos asustamos bastante. ¿Qué te pasó? ¿Te atacó una fiebre? ¿Un repentino resfrío? ¿Te picó un bicho? Jamás lo supimos. ¿Te encolerizaste? ¿Sentiste vergüenza? ¿Por qué? Nadie te dijo nada que pudo haberte hecho sentir ofendida. Te queríamos muchísimo. Lo que hasta hoy no he olvidado, es que de repente te pusiste roja. Empezaste a darte de lapsos en tu cara, sin parar, cada vez con más fuerza. De tus orejas saltaron tus aretes. Cayeron al suelo, rodaron entre las sillas. Hasta hoy no sé si se perdieron...»

El ómnibus llega al centro de la ciudad. El timbre chilla repetidas veces. Los pasajeros se levantan, manotean cogiéndose de los fierros, avanzan hacia la puerta raspando el piso con sus tacos. El vehículo se detiene dando un ruidoso resoplido al filo de un cruceo atorado de gente, frente a un *mall* que dos horas más tarde abrirá sus fauces de acero a prueba de balas. La fila de pasajeros baja por la puerta que se ha abierto con estrépito, luego y de seguido se dispersa por la calle humosa que hierve de gente de toda laya, de toda edad, vestida de distinto modo. El hombre ha esperado que toda esa gente sin rostro se haya escurrido. Cuando eso ha acabado, baja a trancos largos.

CAPÍTULO III

AHORA CRUZA A PRISA la cebra peatonal. No le importa que no se deslían los colores de las luces, pues eso sucedía hacía muchísimo tiempo, cuando él era aún estudiante y miraba al mundo de diferente modo. Por otra parte el tiempo no es de noche; todo ha cambiado, y en las calles ya no hay letreros iluminados, propagandas encendidas, y aún si fuera noche quizás no habría luces y no parpadearían esos avisos de mil colores de los restoranes, casinos, cafés, comercios. El tiempo es otro y las cosas han variado drásticamente. Ahora son frecuentes los apagones. En cualquier rato, en cualquier noche se va la luz y la ciudad queda en tinieblas, todo se paraliza, los vehículos se plantan, la gente se horroriza, grita, gime, corre, los faros de los automóviles rastrillan las sombras y se ve manchas de gente detenida a montones o corriendo, se enciende la sirena de los carros celulares de la policía que pasan bramando.

Se pierde engullido por el turbión de gente apresurada y rabiosa. Unos segundos se detiene y se palpa el abdomen, porque le parece que la aguja de la hebilla del cinturón de su gabardina se ha zafado de su ojal. Un viento súbito hace flamear las corbatas pero no la de él porque, hace tiempo que ha dejado de usarla anudándola al cuello de su camisa: ya nadie la usa a excepción de los funcionarios estatales o altos ejecutivos de las empresas privadas.

Por sus costados la gente pasa a trancos largos, agitada, porque de repente la luz matinal se ha opacado. Él es el único que no se ha dado cuenta que el cielo que hacía minutos tenía manchas claras, se ha venido encapotando desde hace rato.

Los nubarrones negros se han puesto a hervir, luego a volar presurosos hasta taponar todos los agujeros claros que en un segundo han desaparecido. La cúpula del cielo se muestra con un negror intensísimo y parejo. El viento frío que hace minutos ha empezado, comienza a soplar locamente, sibilante y despeinado como un caballo desbocado. Los árboles de las avenidas vacilan, se retuercen, rugen tratando de oponerse al repentino enemigo, pero se rinden y no tienen más remedio que dejar que sus ramas pierdan sus últimas hojas ennegrecidas de polvo y hollín y se inclinen en dirección del viento que ya es como un huracán que sopla con furia. Vuelan papeles, bolsas de plástico, pasan unas tras otras bandadas de palomas, tordos y otros pájaros, graznando aterrados.

Al hombre le sobrepasa el asombro. En ese instante el cielo empieza a disparar goterones. Le caen sobre su cabeza con cabellos que al haber quedado despeinados semejan un remolino. El frío le atraviesa de la cabeza a los pies. Le nace el impulso de correr igual a la gente que casi ha desaparecido. La pista está desierta con sus edificios de puertas cerradas. Ululan los cables de la luz, del teléfono, del internet. Los goterones se han espesado y caen como balazos. Duelen, golpean al caer. El hombre ha corrido, ha devorado una cuadra. En la siguiente, el milagro, un café está abierto, allí recala. Penetra por la puerta en el instante en que una ráfaga de granizo tamborilea sobre las lunas de las ventanas y caen a la pista y al caer rebotan y saltan como bolitas dotadas de vida. El interior del café se le muestra penumbroso y no atina a dirigirse a ningún lado. Cuando sus ojos se acostumbran a la penumbra se da cuenta, el local es un restaurantito, un poco mejor que uno de mala muerte. Su piso sucio tiene manchas de agua, restos

de aserrín, huellas de pisadas. Se sienta a una mesita. Al extender la mirada descubre a un individuo que probablemente es el dueño. Es un hombre ni joven ni viejo. Está sentado con los codos apoyados en el mostrador de la barra, en medio de vidrieras con todo un arsenal de frascos, latas de conserva, botellas de jugos, gaseosas. Tiene una camisa de lana a cuadros con el cuello levantado. El hombre pone su maletín en una silla junto a la que se ha sentado. No debe fungir de un cliente descomedido y al dueño que se le acerca con una libretita en mano y un lápiz sobre su oreja derecha, le dice que tomará un café negro. Afuera suena el estruendo de un rayo, las lunas del restorán de mala muerte tabletean y penetra el ruido de las aguas que han empezado a correr por la calle. El hombre descubre a dos o tres clientes sentados a otras mesitas iguales a la que él se ha sentado, consumiendo el contenido de sus tazas con desesperante lentitud. Nadie entra. La ciudad parece que se ha muerto. El dueño al poner a su frente la taza de café, le pregunta:

-¿Algo más, señor? ¿Mermelada? ¿Queso, jamonada?

Él le responde que tomará solo café. Comienza a sorberlo. «Por qué apresurarse» se dice, escuchando el ruido de la lluvia y del agua que se encabrita sobre el pavimento. A ratos su mente divaga, pero más parece un mundo vacío. Su conciencia, sin embargo, es como el cielo de hace unos minutos. Hay nubarrones que hierven al ir y venir. ¿En sus divagaciones y silencios intermitentes qué o qué cosas predominan?... Una cosa es cierta, ha dejado de pensar en Patricia Gonzáles. No sigue recordándola. Inclusive ha decidido no pensar en nada que se relaciona con ella. Pero al rato se pregunta: «¿Estará viva? ¿O se habrá muerto? ¿Si vive, en

qué ciudad puede estar? ¿Dónde? ¿Seguirá trabajando en el mismo banco?». No recordó (o no quiso recordar) que cuando después de titularse en la universidad retornó a su casa, Patricia ya no vivía a dos cuadras, que por tanto ya no visitaba a sus hermanas. Los espejos de las aguas de colores encharcadas en las calles después de las lluvias ya no la retrataban; entonces habían dejado de volar cintas por las calles anochecidas, y la ciudad entera que antes, cuando ella venía de visita se convertía en una inmensa maravilla, ya no era tal, ni en un solo instante. Todo eso se había esfumado. Sus manos, sus pies, su cuerpo entero ya no eran heridos por el viento glacial que soplaba la cordillera. ¡Esa cordillera inmensa que permanecía intacta, inmovible, como antes, como siempre! No quiso recordar, que él, por decisión propia no quiso preguntar por ella a nadie, ni siquiera a sus hermanas. Pero ellas un día se lo contaron. Le dijeron:

«Se casó con un oficial de la Escuela Militar»

Pero no pudieron decirle que adónde se había ido con su esposo a vivir, porque no lo sabían. El silencio cerró con llave la puerta de la historia. El tiempo siguió corriendo.

CAPÍTULO IV

AHORA CAMINA POR LA CALLE CASI DESIERTA. Tropezas con charcos, hojas secas, semillas que han caído de las ramas, hasta con pichones de palomas, muertos bajo los árboles. Los cafés y comercios pequeños van abriendo sus puertas. Camina eludiendo los huecos de las veredas y el salpicón de agua que los vehículos hacen saltar al pasar por sobre charcos donde se pudren cartones rotos, hojas de periódicos. De rato en rato se da con porciones de granizo que comienzan a derretirse. De algunas canaletas aún siguen escurriéndose hilos de agua de la lluvia. El número de vehículos va en aumento. Los semáforos están apagados y el desconcierto se va apoderando de los conductores y se forman embotellamientos. Los taxis corren con las plumillas moviéndose enloquecidas. Pero repentinamente el flujo vehicular se ralea y los transeúntes apresuran el paso sin atreverse a mirarse los unos a los otros. Pasan raudos con un aire que los hace aparecer como si se hubieran encogido.

«Es una explosión», suena en alguna parte una voz.

Pero nadie más dice nada. La voz se pierde. Se aparece un carro celular de la policía haciendo ulular su aguda sirena. El hombre se sacude de sus recuerdos que pugnan por seguir torturándole y se pone en guardia. Del cielo que sigue oscuro se cierne el tronar de máquinas que vuelan, al rato cruza el aire un helicóptero que pasa raudamente. Luego se aparece otro igualmente veloz. Se desata un nuevo viento que al doblar árboles les hace escurrir miríadas de gotas y hojitas muertas. La gente empieza a correr. De alguna parte salta un grito:

«¡Ha habido una explosión!».

El hombre decide abordar un taxi, estira el brazo, pero todos pasan ocupados y veloces como el viento. ¡Uf!, gruñe disgustado. Una burbuja ácida con olor a café le revienta en la boca. Ese café mugroso que ha tomado sin querer por no disgustar al dueño del restorán de mala muerte.

Instantáneamente la calle se llena de roncros tableteos. Un olor a petróleo quemado contamina el aire. Brotan uno, dos, tres camiones portatropas con las latas del color del petróleo, repletos de soldados, todos con uniforme manchado como la pelambre de los leopardos, sentados en dos filas con la cara hacia el interior de los vehículos, mirándose frente a frente, totalmente inmóviles, como momias. En cada camión se cimbra una antena brillante de radio. Zigzaguea un relámpago en la pareja oscuridad del cielo y las antenas dan la impresión de chisporrotear.

Los camiones desaparecen, pero casi al mismo tiempo surgen dos carros celulares de la policía, la sirena de cada cual reduce a añicos el aire pesado, a las casas, a la gente. Al hombre le revientan los tímpanos y se muerde los labios, aprieta el paso y al fin está a media cuadra de su oficina.

«Por fin», piensa. «Ya era hora»

Un torrente de agua helada le recorre el estómago de donde le emerge un segundo eructo con el olor de ese maldito café que no debió haber tomado. Llega al centro de la vieja ciudad capital. Edificios desportillados por aquí, por allá. Casonas coloniales a punto de venirse abajo con su carga de podridos tallados. Casas republicanas de estilo parisino de comienzos del siglo veinte, todas convertidas en

conventillos donde vive gente pobre: ambulantes, proxenetas, niños famélicos, lustrabotas, falsificadores, vendedores de cocaína al menudeo, chamanes, mujeres de mala vida. Se acerca a una puerta pintada de plomo. En la pared, en la parte superior, hacia la derecha, está clavada una placa en cuya superficie hay grandes letras negras que dicen: FERNANDO MONTIEL ABOGADO. La placa es de bronce, la única limpia y brillante entre las demás que están llenas de telarañas y polvo negro solo Dios sabe desde cuándo. Hunde la llave en la perilla de la chapa.

A pocos metros de su estudio se abre la boca de un pasaje, largo y ciego; en toda su profundidad, en ambos costados hay puertas de otros estudios de abogados, oficinas de contadores, talleres de relojeros, sastres, zapateros, impresores al paso, vendedores de periódicos, restaurantitos de medio pelo. Allí, los abogados disponen de un mísero estudio de dos por tres metros; tienen el título colgado en la pared, frente a una mesa ridícula por enclenque. Ellos ejercen también otras actividades, son profesores de colegios privados, transportistas, vendedores de ropa en sus puestos en los mercados, son tramitadores, no viven del dinero que les reporta su profesión, tampoco atienden a diario, solamente algunas mañanas o tardes. Llegan al estudio fatigados, descuelgan una corbata de una percha, se la anudan al cuello de la camisa, se arreglan con un peine que nunca dejan de llevar en un bolsillo los cabellos que se les han despeinado en el apretujón de los ómnibus o por obra del viento. Así acicalados se sientan a la mesita, ansiosos, y esperan sin leer ni escribir, sin hacer nada, hasta que por milagro les caiga algún cliente. A media cuadra está la Corte con su enorme mole de cemento rocoso, incrustada en medio de viviendas chatas, pobres y viejas que pueden colapsar de un momento a otro. En las calles

estrechas de pavimento con agujeros, hay toldos de ambulantes que venden comida al paso, entran y salen taxis de toda laya: destripados, nuevos, sucios; pululan litigantes, tinterillos, tramitadores que todos los días, a toda hora, están a la pesca de clientes.

«Está que demora», piensa preocupado refiriéndose a su secretaria. «Debe ser por la lluvia», sigue: «¡El susto!, los soldados, la policía!»

Se quita la gabardina, la cuelga en el clóset de puerta marrón. «¿Qué hacer?», continúa monologando. Se acuerda de algunos expedientes. Uno de desalojo contra una pobre viuda con tres hijos que trabaja como profesora, otro de una madre soltera que le sigue juicio por alimentos a su exmarido, en favor de su hijito, otro de un albañil que enfrenta la calumnia de un robo. La oficina está desordenada, sobre el piso de losetas verdes con rombos blancos hay papeles rotos, en uno de los sofás de cuero marrón gastado los periódicos del día anterior se desparraman. La mesita de la secretaria con el calentador eléctrico encima junto a torres de expedientes y la computadora. En una pieza pequeña, a un costado, sin luz, otra mesita con el microondas, tazas, platillos. Todo el interior es casi un remedo de la mañana cenicienta que envuelve a la ciudad y del entorno de los conventillos incrustados en esa zona envejecida, con olor a óxido, de basura, tabaco, de las frituras que mujeres gordas y chatas preparan para el pan de los litigantes que de pie, a la puerta de la oficina de sus abogados desayunan, mientras aquellos demoran, o antes de entrar al edificio de la Corte.

Fernando Montiel se sienta frente a su escritorio con un computador a lado. Coge el teléfono, marca los números del celular de su secretaria. El aparato chilla varias veces, hasta que una grabación dice: «Ha marcado los números... Por favor deje su mensaje en la casilla de voz».

Molesto, devuelve el fono a su sitio. Mira su reloj pulsera, son las once de la mañana. Abre su carpeta. En ese instante percibe con claridad la velocidad de un automóvil que avanza, el chirrido de sus neumáticos, percibe la brutalidad con que se detiene a la puerta de su estudio salpicando el aire con sus resoplidos. «Por fin, Andrea que llega, ha venido en taxi», se dice.

Unos pasos desaforados, toses que parecen hervir se aproximan a la puerta y le rompen su pensamiento. Por último esos pasos y esas toses irrumpen en el estudio. Cuando levanta los ojos en dirección a la entrada, los ve. Son tres hombres extraños. Dos de ellos parecen gemelos, tienen la misma talla, usan saco y pantalón de color azul; ambos con el cabello cortado al rape, la camisa blanca y la corbata ordinaria de color negro, que les cuelga desde el cuello y por todo el pecho como una tira sucia, los zapatos oscuros con taco más alto de lo que acostumbra usar la gente. Solo el tercero es diferente, les lleva algunos años, es gordo, chato y ancho, de cara cetrina y seca donde la nariz es una cresta de terrón en terreno tostado. Este, sin saludar ni decir palabra, se aproxima a trancos largos hasta rozar con su corpachón el escritorio, abre su manaza derecha y le muestra una placa de metal con la figura del escudo nacional.

Fernando Montiel yergue el pecho, la cabeza. Con firmeza inquiere:

-¿Qué se les ofrece, señores? ¿En qué puedo servirles?

-A nosotros no se nos ofrece nada, tampoco venimos a solicitarle sus servicios. Sucede que hay una orden para que nos acompañe-dice el gordo con su voz ronca

-¿Orden de quién? ¿Por qué? ¿Adónde debo acompañarles?-, replica el abogado Fernando Montiel.

-No nos pregunte nada, nosotros no lo sabemos. La orden viene de muy arriba. Del Servicio de Inteligencia. La firma el mismísimo DOC. Solo la cumplimos. Es nuestro trabajo- responde el gordo.

Fernando Montiel protesta.

- ¿Están seguros? Ustedes deben estar equivocados.

-¿Usted es Fernando Montiel, abogado, escritor, profesor universitario, además? Claro que sí, es usted de quien se trata. No estamos equivocados- responde el gordo. Una equivocación nos costaría el empleo, el DOC no perdona. Estamos bien instruidos.

Hace un gesto y uno de los tres extrae de su cintura unos grilletes. Los otros dos, cada uno saca de su costado un revólver. En ese segundo, por la calle pasa un automóvil que debido a la opacidad del día tiene sus faros encendidos El relente que penetra al estudio le saca centellas a los fierros.

El abogado abandona su asiento, va al clóset. Los tres policías se ponen en guardia y cada uno le apunta con el arma. Saca su gabardina y cuando la tiene puesta, el policía que porta los grilletes se le acerca, le exige presentar sus muñecas y se los

pone. El hierro cruje. Es frío, pero arde. Cuando salen, en la puerta casi se topan con Andrea que llega jadeante, con la cara roja.

-¡Dios mío!- profiere ella, retrocediendo asustada. ¡Qué pasa!

-Es una citación-le dice Fernando Montiel. Volveré. Despreocúpate.

Andrea le mira. Al verle engrilletado se queda aterrada con la mano en la perilla de la puerta sin decidirse a entrar o permanecer allí tratando de entender lo que está pasando. Se queda parada junto a la pared. El automóvil policial está aparcado al filo de la vereda opuesta de la calle, al frente. Para abordarlo tienen que cruzar la pista. No lo hacen, porque un torrente de vehículos pasa peligrosamente en ese momento. Los cuatro hombres se detienen en la vereda del estudio, que está ya casi oreada como toda la calle llena de mataduras de charcos pequeños a punto ya de evaporarse, con restos de papeles remojados y bolsas de plástico. Esperan allí hasta que pase el ventarrón vehicular. Un zorzal hace llover sus trinos que caen como gotas. Fernando Montiel levanta los ojos para ver. Entre las ramas con hojitas tiernas que empiezan a retoñar, está el pájaro negro que apunta al cielo con su pico de oro y como fiel amante de la lluvia, canta feliz. Los autos siguen corriendo. Flota el humo gris-azulado que expelen con furia. Los chirridos asierran los oídos. De repente el policía gordo siente que algo caliente, como una crema, le cae sobre su repugnante nariz. Se lleva la mano a esa parte de su corpulencia y cuando palpa su blandura, un olor a cloaca le entra expandiéndose por sus fosas nasales y su garganta. Levanta la cabeza hacia el arbolito. Ve al zorzal que por algo que le ha

asustado repentinamente en un santiamén alza el vuelo abandonando su querencia. Desesperado estalla con los ojos que se le quieren saltar de su cara:

-¡Mierda! El pájaro hijo de puta me acaba de cagar...

CAPÍTULO V

LOS MUCHACHOS Y LAS MUCHACHAS con sus mochilas que les cuelga de un hombro, salen y entran por la puerta, grande como un zaguán. Ríen, hablan, discuten, mastican chicles. Bajan la grada de granito blanco, pisan la vereda, caminan y desaparecen por la calle.

Esa puerta pintada de celeste, entre las columnas del frontis, blancas como la pared enyesada, es de la Escuela Normal. Está ubicada en la parte sur de la ciudad. Allí las casas son bonitas, con tejados a dos aguas que cuando se los mira parecen las alas de una paloma preparándose para volar. Algunos techos, por viejos han perdido su color naranja, se han oxidado poniéndose grises y están parasitados de musgo, pero otros por nuevos estallan al sol. Cerca está el obispado con su patio de naranjos, y más cerca, solo a la vuelta y a una cuadra y media, el seminario. A este se accede por una ancha calle silenciosa que por el norte pasa a treinta metros del convento de los Descalzos, de tremenda mole neogótica. Esa calle ancha tiene hierbajos, cardos de flores moradas, geranios silvestres; en las noches es el lugar de los enamorados. El edificio del seminario es enorme, tiene un largo claustro que encuadra a un patio empedrado con rosales. A este patio dan las ventanas del refectorio con mesa al estilo de los monasterios medievales. Un añoso bosque de eucaliptos rodea al seminario y más allá corre un río por un lecho profundo entre acantilados que rezuman y filtran hilos de agua.

Los jóvenes y las chicas que entran a la Escuela Normal cruzan un patio cuadrado, empedrado con menudas piedras de río, blancas y negras que dibujan flores,

estrellas, palomas, vicuñas. Por los cuatro lados hay columnas blancas que encierran a cuatro galerías. En la del lado derecho se abre la puerta de la dirección, a cuyo costado se alza el busto de un educador famoso. En las demás están la biblioteca, la sala de música, la enfermería. Las chicas y los muchachos caminan hasta una puerta menos grande que la de la entrada y se dispersan en un segundo patio a cuyo rededor están las aulas.

Entre la escuela, el obispado, el seminario y el convento de los Descalzos hay una permanente relación. Del seminario, el P. Augusto Fernández, el más apreciado; es el capellán de la Escuela. Es joven, con una apostura que lo asemeja a San Expedito. Durante la Semana de María, en el mes de mayo, las chicas y muchachos reciben la comunión de sus manos, en la iglesia barroca, sita a la vuelta sur de la Escuela, a cuatro cuadras, frente a un parque con pileta de mármol en el centro.

La ciudad aprecia bastante a la Escuela Normal. La fundó una dama a punto de entrar en la edad en la que los cabellos se van pintando de blanco y el espíritu encuentra el aplomo, la claridad y la sabiduría que brinda lo aprendido en el camino. Ella, enfervorizada por su sed de conocer nuevos mundos y saberes, había salido de su ciudad hacía muchos años. Nadie supo ni de su vida ni de su trabajo ni mucho menos de su paradero ¿Dónde estaría? ¿Cómo? ¿Viviendo de qué? ¿Estaría muerta?

Un día reapareció en esa ciudad blanca de muros enyesados, a la que en el verano seco el sol la pinta de colores y en el invierno las lluvias fuertes la limpian de polvo y paja y sus calles y techos quedan brillantes. Alguien la vio, una mañana en la

catedral. Terminada la misa se acercó al comulgatorio para allí caer de rodillas, toda ella distinguida, inspirando a ser apreciada, querida y respetada, vestida impecablemente. El Padre Augusto Fernández se le acercó con el cáliz de oro en sus manos, llegó a la balaustrada donde ella aguardaba el sacramento, y desde el podio se lo administró. La noticia voló por toda la ciudad, pero no todos la tomaron como cierta, hubo mucha duda. Pero un mediodía, en la calle alguien se convencería.

-¡Bendito sea Dios! ¡Felices los ojos que te ven!

Quien así habló no podía ser una persona común, sino alguien con lustre. Fue Jaime Cáceres, famoso por ser eximio guitarrista. Él y la anciana al reconocerse se confundieron en un emocionado abrazo. Un rato se miraron entre sonrisas, luego intercambiaron palabras, ambos queriendo saber y decir al mismo tiempo mil cosas de sus vidas y de los acontecimientos que cada uno creía muy importantes, llegando al final de cuentas, embargados por la emoción, a decirse cosas sin relevancia. Al cabo la anciana le miró con mucho asombro y dijo:

-¿Y tú? ¿Por qué aún con ese traje?

Jaime Cáceres, confundido, con su ánimo atrapada entre la sorpresa y la alegría, controlando su aturdimiento, procurando mantenerse sereno le explicó enredándose a cada instante, entre una y mil argucias que improvisaba, que no había llegado a ordenarse de sacerdote. Y estuvo allí parado, como muerto, frente a los ojos inquisitivos de su interlocutora, con su negro traje talar de seminarista. Su capelo que le cubría los hombros, se puso a flamear ligeramente por un viento suave

que surgió repentinamente. Los ojos vivos y bondadosos de la anciana sonrieron.

Dijo:

-¿Qué haces, entonces?

Azorado, el seminarista que ya pintaba canas, le respondió:

-Por allí. Con la misericordia de Dios bendito estoy viviendo entre el seminario y mi sobrino.

-¿Hijo de Tomasita Martínez?

-Claro. Él mismo, que gracias a Dios es alto funcionario de un banco y es buena gente.

No le contó que la ciudad le apreciaba mucho porque tocaba la guitarra como lo haría quizás solamente un ángel. La anciana le volvió a preguntar:

-¿Es cierto que tocas la guitarra?

-Sí, respondió el seminarista- muy asombrado de cómo su interlocutora podía saber de su habilidad-. Pero solo en casas de familia cuando me invitan o me lo solicitan a cambio de un modesto pago. No vayas a creer que...

-¿Cómo la tocas?-le interrumpió la dama, con seriedad.

Nuevamente confundido e intrigado de por qué su parienta le hacía esa pregunta de modo inquisitorial, él no tuvo más remedio que explicarle.

-No la toco como la hacen todos...

-Lo sé-le replicó la anciana. ¿Cómo la tocas?

Con el asombro que le seguía desbordando, Jaime Cáceres contestó:

-No me la cargo con mis brazos como hacen todos. No me la abrazo. Tampoco recorro sus cuerdas de arriba abajo o de abajo hacia arriba...No.

Una tos seca, producto de la emoción, le interrumpió. Se llevó el pañuelo a su boca y pasado el acceso lo guardó en la profundidad de uno de los bolsillos de su hábito a simple vista demasiado usado, despintado y hasta sucio. Prosiguió:

-La tiendo en una mesa. Allí la toco rasgueando sus cuerdas de modo horizontal, desde su mástil hasta su ojo, así sucesivamente. No uso plectro como Fray Luis de León, tampoco mis uñas, sino solamente la yema de mis dedos. Entonces, para mí es ella misma, es decir una auténtica guitarra, no otra cosa, pero al mismo tiempo es también un piano, un órgano, un clavecín, un melodio...

Terminada su descripción se sintió fatigado. Casi se le ocurrió contarle que además la guitarra, en ese ritual que había descrito amorosamente, le parecía un traje fino de bella seda de una dama, que a esa seda sus manos la peinaban con ternura, con amor y fiebre, con devoción, con calor, hasta alcanzar el éxtasis. La anciana le escuchó atentamente pero con un poco de incredulidad, pero debido a la pasión que Jaime Cáceres le inyectó a sus palabras, estuvo a punto de convencerse de que lo que le decía podía ser cierto. «Paciencia» se dijo. «Ya lo comprobaré. Este hombre parece haberse puesto un poco loco... ¿Pero?, los locos jamás mienten, dicen la verdad...»

-¿Cuál es tu repertorio?-le preguntó.

-Un poco de música medieval y gregoriana. Chopin, Saint-Saéns, Mozart, valeses de Richard Strauss, música criolla... Cashuas de nuestra tierra, danzas de navidad y carnaval... En la mayor parte de las veces improviso. Siempre me salen bien, lo sé porque las gentes gozan, me agradecen y aplauden. Por eso me buscan.

Aún intercambiaron otras palabras más, luego se despidieron. El viento que retornaba levantó débilmente el capelo del viejo seminarista que caminaba por la calle de las salas de cine, mirando con sus ojos humildes las casas, a los transeúntes, a las nubes que se ponían a crecer e hincharse en el cielo, como la espuma de la leche de las vacas durante el ordeño en el establo del seminario. Daba la impresión de que sus pies no se asentaban en el suelo. El fraile, mientras caminaba, parecía flotar y deslizarse por el aire. A esto contribuía la delgadez de su cuerpo como un tallo coronado por su sombrero negro de pana deslustrada hace tiempo.

La anciana al seguirlo con su mirada cayó en la cuenta del largo tiempo que había durado su ausencia de la ciudad donde nació. Se le salió un suspiro que se tornó en quejido, pues a pesar de ser ella una persona como el hierro, su corazón se estremeció.

CAPÍTULO VI

POR LARGO TIEMPO EL TIMBRE CHILLÓN con el que cada quien se hacía anunciar, había venido rompiéndole los nervios a la señorita Josefina Montiel. Ella renegaba contra ese artefacto vulgar, lo insultaba a su manera y cada vez de modo diferente, según su humor. En cierta forma extrañaba el sonido del aldabón de los viejos tiempos, cuando fue niña, o los toques en los tableros de la puerta, aunque no dejaba de disimular sus inconvenientes, pues a veces no las había podido oír, mucho más cuando el visitante, o el lechero, el cartero, el repartidor de pan y periódicos, en fin cuanta persona se acercaba al umbral tocaba con timidez o flojera.

Desde que instalaron el timbre din-don, su tortura desapareció. Estaba no solo satisfecha, sino feliz, porque para ella el sonido del nuevo artefacto era una belleza.

«Es música», pensaba. «Me gusta» «Cuando la oigo no se me erizan los nervios»

Entonces, cada vez que sonaba el din-don, en un recorrido velocísimo pasaban por su mente los tañidos de las campanas de la ciudad. Del convento de los Descalzos, de San Francisco, de Belén, de la Virgen Milagrosa, del Espíritu Santo, de la catedral, que eran las que más le gustaban, pero nunca el sonido del fierro o sabe Dios de qué artefacto del camión de la baja policía que pasaba a las ocho en punto de la mañana causando alboroto, carreras, tropezones, gritos, por toda la casa para sacar las bolsas de basura que jamás dejaban de faltar a tal punto que a veces gruñía en alta voz: «¡Por qué somos tan cochinos!»

Pero aquella mañana de enero, la emoción de la señorita Josefina Montiel fue diferente. La tarde del día anterior desde temprano había llovido mucho. La lluvia

se había calmado a las siete de la noche, pero después volvió a la medianoche para durar hasta el amanecer. Despuntó un día ceniciento entre miles y miles de lagrimones de goteras que seguían cayendo de los tejados empapados de agua, bajo un cielo liso de uniforme color ceniciento. Pero a las ocho de la mañana hubo un milagro, el cielo se despejó, reventó el sol y a las doce no quedó ni siquiera una nubecilla, y la ciudad relució como en el verano frío, caluroso y seco de junio. La señorita Josefina Montiel que amaneció con un alma gris, al producirse el milagro casi se puso a cantar.

Cuando trinó el din-don había estado sacudiendo el polvo de los muebles del salón. La casa entera se llenó de sonidos musicales. Tintinearón la cristalería, los libros, las flores de los jarrones del patio, los marcos con las fotografías, el reloj de cada dormitorio, inclusive de la cocina, la locería, las cucharillas. Abrió la puerta. En ese instante no lo pudo creer. No pudo creer que lo que estaba viendo fuese cierto. Por su cabeza volaron sus sueños, sus ilusiones de viajar, sus ambiciones... Sus pesadillas. Se quedó helada.

-Soy yo, Josefina Montiel. ¿Por qué te asustas?

Josefina siguió absorta, muda. Sin poder atar ni desatar, como decía la gente al referirse a las emociones repentinas y fuertes que causan los acontecimientos insólitos.

-Ni que estuviéramos en Emaus- siguió diciendo la visitante. Si no te convences, tócame. Aquí están mis manos, mi cabeza. ¡Mírame! Pero antes, invítame a pasar. ¿Has olvidado tu educación?

La señorita Josefina Montiel volvió del otro mundo. Su respiración se normalizó. Las cosas dejaron de tintinear. El mundo se hizo claro.

-¿Eres tú, Esperanza Martínez?-dijo con voz oscilante por su nerviosidad.

-Claro que sí, muñeca. No soy su doble, ni mucho menos una aparecida. Soy yo, Esperanza Martínez.

Al terminar la última frase, la anciana dama envolvió a la que estaba de pie en el umbral, pálida y sorprendida, con un abrazo que duró segundos. Josefina Montiel correspondió el abrazo con ternura, pensando en la vieja manera como la llamaron en casa, cuando era niña, con el calificativo de «Muñeca», que debido al larguísimo tiempo transcurrido había olvidado por completo.

-Mañana quizás lloraré- dijo la anciana pisando el umbral, dirigiendo sus pasos hacia el interior, seguida de la dueña de casa que dijo:

-¿Qué dices, Esperanza, Esperanzita, Esperansacha?

-No. Nada. Nada... Se me ha venido a la cabeza una vieja película que vi hace como un millón de años en uno de los cinematógrafos de nuestra ciudad-, dijo la visitante- Fue en tu compañía y éramos aún mocosas, ¿acaso no lo recuerdas?

La divagación de la visitante puso en movimiento la memoria de Josefina Montiel. Pero no pudo recordar ni el acontecimiento ni el título de la película, los había olvidado. Lo que le vino a la memoria fue un pasaje de la novela *El conde de Montecristo* del viejo Alejandro Dumas, padre. La escena en que el republicano y bonapartista Monsieur Noirtier, padre de Villefort, procurador del gobierno del rey

Luis XVIII, perseguido por la policía se esconde en un clóset de la oficina de su hijo quien sobrecogido de miedo escucha a su progenitor que susurra diciendo que allí quizás llorará.

¿Por qué la anciana dijo lo que Josefina escuchó? ¿Qué había querido expresar? ¿En el instante en que lo dijo qué ideas bulleron en su mente? La dueña de casa, pensando de este modo, cerró la puerta de calle, caminó cabizbaja detrás de quien la visitaba. La cristalería, los libros, la locería, los relojes, las fotografías, los floreros, las cucharillas de la casa, habían enmudecido. En el interior del salón, Josefina dijo:

-Ponte cómoda, hermanita. Estás en tu casa.

La arrogante anciana se sentó en el sofá granate. El momento se hizo difícil. ¿Quién debía iniciar la conversación? El largo tiempo que se había interpuesto entre las dos damas, por la ausencia de la primera, hacía embarazoso abrir un diálogo.

-Ni viéndote lo puedo creer-dijo Josefina- ¡Por Dios!

La dama, al parecer, no le dio importancia a sus palabras. Apenas sonrió para demostrar a su parienta que se sentía feliz con el reencuentro. Preguntó por la familia.

-¿Simón?- inquirió.

-Está en su oficina- le respondió Josefina Montiel. Ahora él es gerente de la fábrica de cerveza y gaseosas.

La dama se quedó como si estuviera tratando de atrapar las voces perdidas en el tiempo. A continuación dijo:

-¿Y Fernandito?-preguntó.

Debió haber dicho Fernando, a secas, si se le salió el diminutivo fue porque en ese instante toda ella se sentía otra, como si se hubiera ablandado por el recuerdo del niño a quien dejó al ausentarse.

-Ha ido al diario- respondió Josefina.

-¿*EL país*?

-Sí. Escribe para ese periódico. Te digo que esto es bastante extraño. Recuerda, *El país* de esos tiempos era de muy arriba. No ha cambiado de dueño, y al no cambiar de propietario, tampoco ha cambiado de pensamiento. Sigue siendo reaccionario, seguirá así, supongo.

-¿Dónde está lo extraño?- pronunció la anciana.

-Oh, no te imaginas, hermanita. Fernando tiene otras ideas. Desde que terminó la universidad sueña con cambiar el mundo. Sin embargo el dueño y director de *El país* le ha brindado una página donde Fernando escribe todo lo que quiere, con absoluta libertad.

Después de estas palabras cayó el silencio. Un silencio preñado de mil cosas que las dos damas se querían decir y contar, sin saber con qué comenzar, si con algo importante o con lo que podía quedar bien. Al cabo, la dama anciana fue directamente a lo que quería conocer. Dijo:

-Fernando, ¿aparte de escribir para *El país* qué hace? ¿A qué se dedica?

-Es abogado y tiene su estudio. Además dicta cursos a los muchachos en el colegio.

La dama se quedó pensativa. Dijo:

-¿Las chicas?

-Se casaron. Cada una se fue. Chantal a España, Michelle a Miami.

-¿Son profesionales?

-¡Claro que sí! Chantal es pintora y Michelle bailarina de ballet. Estudiaron en la Escuela de Bellas Artes y en la Escuela de Danzas.

«He abierto mi ventana», pensó Esperanza Martínez. «Compruebo que sobre el mundo ha caído mucha nieve. Quiere decir que he envejecido» Un rato su mente viajó hacia el pasado por el túnel del tiempo. «Pero me siento joven, como siempre», se dijo. Para disimular su divagación que por unos segundos ensombreció su rostro y que de alguna manera le dio pena, habló:

-Cuando me fui no dejé de pensar en Fernando y las chicas. Me aterró la tragedia del niño. Créeme, Josefina. ¡Por Dios! ¡Nacer para a partir de ese instante ser huérfano de madre!

La señorita Josefina Montiel sacó su pañuelo porque sintió que sus ojos se abrasaban con un aluvión de afiebradas lágrimas.

CAPÍTULO VII

EN EL ALMUERZO, LA DAMA lo dijo todo. Había visitado a la gente ilustrada de la ciudad: profesionales, hombres de negocios, industriales, rentistas, funcionarios del Estado y del sector privado, al Obispo y a los curas del seminario, a los profesores de todo nivel. Asimismo a las asociaciones de obreros y trabajadores, a la gente de los mercados, a los empleados, a las vendedoras y vendedores ambulantes que pululaban a montones en calles y aceras. No dijo qué tiempo le tomó ese trabajo, como tampoco contó cuando había arribado. Lo que dijo enfáticamente fue:

-Aquí hay mucha gente que quiere aprender. Se trata no de la que conocemos, la que vemos a diario, con la que estamos en relación, sino de otra. Una gente que existe, pero que viéndola no la vemos. O nadie la quiere ver.

Escuchándola, el gerente Simón Montiel se reconoció confundido. ¿A qué gente se refería su visitante? Pensando meteóricamente, sin ninguna firmeza, le respondió:

-Querida prima-comenzó. Entre nosotros, aquí, quien puede apreciar lo que acabas de decirnos, mejor que nadie, es Fernando, mi hijo.

Fernando que había seguido con mucho interés lo que había venido diciendo durante el almuerzo su parienta, dijo:

-Querida tía, para tener una idea completa del proyecto del que me he dado cuenta tienes, ¿no es cierto?, te rogamos que nos digas más. Cuéntanos todo lo que quieres que sepamos nosotros.

-Claro- respondió la dama. Hay una juventud que sueña con mejor vida. Chicos y chicas que son empleados de casas comerciales o de servicio en casas particulares, ayudantes en el hospital, ambulantes, trabajadores en la limpieza, ayudantes de camioneros, chacareros, trabajadores temporarios, muchachos y muchachas a punto de dar un mal paso, en fin, solo Dios sabe. Esa gente quiere estudiar para cambiar de vida. Es la gente a la que quiero ayudar.

-¿Cómo piensas hacerles el favor?-le preguntó intrigado el gerente, en la sala adonde se habían trasladado.

-Voy a fundar una Escuela Normal- contestó la dama.

Su respuesta no deslumbró a nadie. No fue la que esperaron, ni sus primos, ni su sobrino. Simón Montiel que pensaba y actuaba como gerente juzgó su proyecto como muy poca cosa.

-¿No puede ser algo mejor?-pensó en voz alta.

-¡Ja!-reaccionó la dama. Por favor, dijo. No soy pesimista, soy de aquellos que reciclan sus frustraciones, con lo que les queda de las catástrofes y con lo que viene, crean un nueva fuerza para no ser aniquilados.

-Discúlpame, prima -, respondió el gerente, justificándose. No he querido decir que tu proyecto no es valioso. ¡Lo es! ¡Por Dios!

-¡Es más que valioso!-replicó la dama con énfasis. Voy a explicarles.

Sosegadamente, como eligiendo las palabras más directas y eficaces se puso a hablar:

-Esa gente, porque tiene el anhelo de ser mejor, es capaz de entender la vida y proyectar una realidad con más horizonte. En el caso de mi proyecto, si ellos logran titularse de maestros, es decir convertirse en una especie de misioneros irradiarán esa fuerza a los que durante su trabajo en las escuelas y colegios les escuchen; y quienes se bañen de esa energía lograrán superarse, y así sucesivamente hasta el infinito. El mundo cambiará. En suma, quiero demostrar que la educación es una revolución que puede renovar el mundo.

Un trueno estalló sobre la ciudad, su centella fue tan intensa que el patio se iluminó y los reunidos en la sala parpadearon. El cielo que se había estado oscureciendo desde hacía rato, hizo tronar su amenaza de una nueva lluvia.

-¡Jesús!-exclamó Josefina Montiel haciéndose la señal de la cruz.

Los demás se mantuvieron en silencio. Pasó el susto. Hubo toses, suspiros, movimientos. Se miraron los unos a los otros con una sonrisa que les flotaba sobre los labios. La anciana visitante contó su encuentro con Jaimito Cáceres. Dijo:

-Lo que no podré perdonarle es haberse quedado de seminarista. Le reprocho profundamente. Pero le admiro por su habilidad en tocar la guitarra.

-Ejecuta y compone música-habló el gerente. En nuestra ciudad todos le conocen y admiran. Le quieren mucho.

-Tenemos aquí, buena gente-dijo Fernando. Un médico graduado en París, dos señores que concluyeron sus estudios en la misma Ciudad Luz pero que no llegaron a graduarse porque fueron repatriados al estallar la segunda guerra mundial. Ahora

dictan cursos en el colegio secundario de varones; los muchachos les escuchan encantados no solo porque dominan la ciencia que enseñan, sino por sus inquietudes artísticas, sus ideas. Los tienen fascinados contándoles la vida en París, de los conciertos, de las exposiciones, de la música, los cafés, la literatura...

-La Escuela de Bellas Artes tiene dos profesores también nutridos en París, fueron amigos de Raoul Dufy y Maurice Utrillo- añadió su padre.

-Lo sé- dijo la anciana con una sonrisa que la iluminó. Tenemos un valioso capital cultural. No hay marcha atrás. Tengo todo armado. He rentado una casa que se estaba desperdiciando por haber estado desocupada desde años.

-Esto, mi querida prima, merece una celebración. ¡Qué dirás! Me has convencido y deslumbrado.- dijo feliz el gerente. Por favor, sírvenos vino, Josefina.

Copa en mano siguieron conversando.

-¿Y tú, sobrino?-dijo la dama dirigiéndose a Fernando. Tú no te quedas atrás. Te convoco, quiero que te comprometas con mi Escuela.

-Encantado-dijo Fernando-. Me tienes a tu disposición.

En ese momento el cielo convertido en una infinita cúpula oscura, ya no se contuvo, se desbordó en goterones entre vaharadas de viento que sacudía tejados, hacía rugir a los cables que surcaban el aire de las calles.

Con las imágenes que se entrecruzaron en su mente de los muchos años que ya no eran más, el gerente quiso preguntarle a su encanecida parienta, dónde había estado en el largo tiempo de su ausencia. Si había recorrido el mundo conociendo

países, ciudades. Qué había hecho en su vida. De qué vivió, haciendo qué, dónde. Le interesaba saber si era casada, si se casó quién fue o era su esposo, que profesión ejercía. Si tenía hijos, si estos existían dónde estaban, si vendrían para acompañarla en la tarea que iniciaría, ¡todo eso! Pero le contuvo la arrogancia de su prima. Por otro lado, también pensó, que todo lo llegaría a saber a pausas, puesto que ella hacía presentir que había retornado para quedarse. Aún en el caso de que no se quedara, quizás por ya no ser joven, la vida la traicionaría obligándola a dejar sus huesos en cualquier rato allí, en la ciudad donde nació.

El salón se había oscurecido, las imágenes de los que allí platicaban se hicieron borrosas, se movían como en una película en blanco y negro ligeramente velada. Afuera, la lluvia al tamborilear en los tejados emitía sonidos que como múltiples gritos se extendían sobre un extenso territorio. En ese interior penumbroso estaba la anciana dama, como un punto entre la luz y la sombra. Su edad imprecisable, su imagen fluyente entre el pasado y el presente. Su ropa no era el clásico traje sastre de los viejos tiempos en que toda mujer de clase alta tenía que usar. No. Tenía una falda amplia y larga de color marrón, una blusa azul con ancho vuelo y anchas mangas, sobre su pecho una pañoleta verde y sobre este un largo y pesado collar de perlas grandes y negras. Su pelo taheño laceado brillaba igual que sus aretes de filigrana. Toda ella olía a un perfume mesurado y acariciador. La armonía, la sencillez, la distinción y elegancia trascendían de su personalidad. La conversación decayó. ¿Se agotó el tema? ¿Nadie pensaba en otra cosa?

-Llueve mucho-dijo la dama anciana. Como en los viejos tiempos que viví.

Su voz suavizada hasta la ternura del terciopelo fue escuchada por todos pese al estruendo de las goteras, por entre la opacidad del ambiente.

-Sí, llueve mucho-asintió el gerente, mirando el patio a través del ventanal con las cortinas descorridas.

La voz de los dos parientes que se habían dejado de ver por muchísimo tiempo sonó a velada protesta por algo que ninguno podía precisar, a nostalgia y soledad, como si la vida y el destino les hubieran arrebatado muchas cosas queridas.

Fernando, intensamente impresionado por la reaparición de su parienta a quien hasta ese día no había conocido, pero de quien oyó hablar a su familia de tiempo en tiempo y por las ideas que escuchó en la reunión, se puso a pensar. Algo, en alguna parte se estaba muriendo. En alguna parte estaba atardeciendo. En algún lugar la luz era de oro y de los árboles caían hojas amarillas. En alguna parte estaría naciendo una criatura. Ella, claro, Ella, en algún lugar de la tierra estaría abriendo su ventana ante el amanecer.

-Escuchemos música-dijo sacudiéndose de sus pensamientos, pensando en su guitarra eléctrica que yacía sobre su cama, en su cuarto lleno de libros.

Tuvo pereza en ir por ella y ofrecer música a todos. Optó por poner en el equipo un CD con música, primero de Nino Bravo: *Un beso y una flor*, que por aludir al viaje a tierras distantes, era un homenaje a su parienta que estaba de retorno a la ciudad que era la cuna donde nació. Luego vendrían las músicas de Roberto Carlos, Juan José Guerra y otros, sus favoritos. Mientras fue poniendo el CD en el equipo no pudo dejar de seguir pensando. En alguna parte estaría amaneciendo. En algún

lugar quizás ya había despuntado el día. Y, luego de una pausa, se dijo: «La casa donde aprendiste a caminar, será la que siempre recordarás. La ciudad o villa donde viste crecer el mundo será la que siempre llevarás. Cuando te reciba la muerte los dos lugares estarán en tu corazón. Entonces, allí vivirás por la eternidad, en el mundo donde estuvieron tus primeros amores».

CAPÍTULO VIII

OLOR DE ATELIER, LUZ DE LA NOCHE NARANJA que entra de la calle y rebota en las paredes para escarmenarse en el aire, entre voces que hacen imaginar un río lejano que corre en una isla de sueño.

-Excelente- dice una voz.

-Macanudo.

-Macanudo- repite otra.

Las voces se diluyen en champán, una gota se derrama al piso donde dibuja un mapa. Las mujeres ríen, coloraditas, ligeramente afiebradas. Todas lindas y si no son lindas se vuelven hermosas al ser tocadas por el milagro del instante. De la imagen de cada una siguen desprendiéndose perfumes y algo vaporoso que subyuga y conquista.

-Por favor, espere, espere-dice una chica alta.

Su pelo se expande sobre sus hombros al aire debido al estilo de su blusa a la última moda, le sigue otra muchacha que también sonríe, en sus ojos la risa, cascabeleo de oro en su risita. El joven de saco blanco y corbatita de lazo rojo se detiene, sonríe, extiende la bandeja repleta de manjares de colores, pastelillos espolvoreados de azúcar blanca reducida a polvo fino. La chica coge unos pastelitos redondos y agradece.

Las pinturas cuelgan de las paredes, sobre la cabeza de la gente que pasa y repasa y vuelve a pasar, unos con una copa de vino en la mano, otros con un vaso de

refresco, ya vacío o sorbido a medias, la admiración de las señoras, la seriedad oficinesca de los invitados, algunos de la cámara de comercio, abogados, médicos, los ojos como puntitos de luz de las jóvenes, la mirada burlona de los muchachos que estudian en la Escuela de Bellas Artes.

-¡Oye!-dice una de las chicas, con el pastelito del cual una parte se derrite en su boca y la otra corre el riesgo de escaparse de sus dedos con uñas pintadas con esmalte negro, ¡Oye!, sigue diciéndole y la otra, se va deslizando sorteando ropas, cuerpos, bandejas llenas de copas de vino o manjares. Las dos muy parecidas entre ellas por la boca, la nariz respingada, los gestos, la voz.

-¡Oye Chantal!- casi grita la chica.

Las dos se han detenido ante una pintura de tamaño grande, a su costado, en la pared, una tarjetita con su nombre: *Herida de Adonis*. En el cuadro una explosión de imágenes, de colores, movimientos, formas. Un hermoso joven de pelo ondulado que le cubre la frente, su corta túnica azul que no le cubre bien las piernas, sino que resbala de su hombro derecho, un remolino de floresta, un viento cálido y malsano, un cielo esplendoroso sobre montañas con hielo cortante como cuchillos, troncos costrosos de árboles retorcidos de cuyas ramas cuelgan florones como lámparas ardientes, ninfas desnudas que chapotean en un río y atisban maliciosas al herido. Chantal y Michelle se dan cuenta por qué el cuadro les ha conmocionado. Venus desnuda se inclina sobre el herido que yace sobre montones de hojas secas y verdes, entre arbustos secos. Su velo azul pálido que se enreda entre las espinas,

su pelo que le cuelga de la cabeza como torrente de oro, le palpa la herida al pastor, huele el aroma de su sangre, en su gesto se afiebra una intención de amor.

-¡Qué belleza!- se le escapa a Michelle. Oye Chantal...

-¿Qué?, susurra la aludida. ¡Dime!

-No. No pienso-le responde Chantal. Mira los álamos, ¿no te parecen de plata? ¿Oyes al ruiseñor?, mira, mira qué belleza, las ninfas, Venus no sabe qué hacer ni qué decir, se muere de amor. ¡Está perdidamente enamorada la pobre! Adonis desespera por no morir.

-¡Qué tonto, desesperado por querer vivir para una fulana de pura grasa!-dice Michelle, con ironía.

Al rato agrega:

-Adonis es un loco. ¡Un loco!- y se come lo que le queda del pastel entre sus dedos, haciendo un mohín; mohín de conejito.

-Eres una injusta- dice Michelle. Las Venus que estamos viendo no son así, lo que dices sucede solo en las pinturas de Rubens. En ellas son puro colesterol embutido en la funda de una piel deslumbrante que cubre las curvas de sus caderas, las manzanas de sus senos...

Una música suavísima hace del aire una atmósfera blanda de algodón. Entra al corazón, es una caricia de plumas, no se encabrita como los caballos de los raptos de las sabinas que se ven en otro cuadro. ¡Esa música que contagia su lepra de luna! No se puede saber de dónde viene. Nadie sabe de dónde cae como llovizna,

¿del techo?, ¿la emite un equipo oculto? ¿Es una ilusión? Chantal y Michelle dan vueltas y vueltas igual que la gente. Los señores, quizás doctores de la Corte (en la ciudad de provincia que crece es difícil saber), de las oficinas del Estado, se desplazan con lentitud mirando las pinturas, (algunos, quizás adrede, para disimular y dar la impresión de que las admiran. Jamás se sabe la voluntad de la gente), por segundos se detienen frente a un cuadro, allí conversan, hacen gestos o se ríen, saludan con gracia a las damas que también giran, a veces cambian palabras hasta que ellas se despiden.

Antes de este movimiento, frente a la masa de señoras, señores, chicas y chicos, Fernando Montiel ha hecho la presentación de la exposición pictórica de Humberto Cáceres y Carlos Chávez, profesores de la Escuela de Bellas Artes, de quienes todo el mundo sabe que se nutrieron en París y fueron amigos de Raoul Dufy y Maurice Utrillo. La exposición fue presentada bajo el título de *Reinterpretación de la fiesta galante*. Fernando Montiel dijo:

-La muestra es una lograda reinterpretación de la *fiesta galante*. ¿Saben? En literatura fue el gran Rubén Darío que hizo esa hermosa aventura: Eulalia, la marquesa que reía entre un rubio vizconde de los desafíos y un abate joven que escribía madrigales, que sigue riendo y seguirá con su risa en cualquier lugar del planeta, fue convertida por el divino poeta en una figura de la liviandad, merced a un trabajo de maravillosa estética.

-¿Por qué es una reinterpretación?-le preguntó una joven señorita interrumpiendo su disertación.

-Porque -le contestó- es una manera de cómo los artistas de nuestro mundo sienten ese capítulo dándole un sesgo y un significado de acuerdo a nuestra cultura y espíritu de latinoamericanos.

Dada la respuesta continuó hablando. Dijo que allá, las sedas deslumbrantes de Watteau y su divino astillero del que brotó la nave dorada que cubre la ruta hacia Cíterea, la isla del amor, fueron su culminación, pero sus orígenes están en los viejos siglos. Aludió, a las más hermosas pinturas del pasado cercano, el *Concierto campestre* de Giorgione, cuyo tema reaparece en el *Almuerzo campestre* de Manet, después *En el jardín* de Monet, que hechizaron y escandalizaron a París. Explicó mucho más. El gerente de la fábrica de cerveza y gaseosas relucía de felicidad por su hijo, charlaba a mandíbula batiente con el viejo Ernesto Salazar, director y propietario del periódico conservador *El país* que al día siguiente ofrecería a la ciudad un brillante comentario firmado por Fernando Montiel.

Cuando terminó la ceremonia irrumpieron varios jóvenes de la Escuela de Bellas Artes, con saco blanco y corbatita de lazo rojo, portando sendas bandejas de licor, refrescos, bocadillos, golosinas. La gente comenzó a girar, a charlar, a comentar, a gozar. En las paredes las pinturas. En las pinturas: bosques de alisos, praderas, riscos de ensueño. En los bosques una floresta que ponía a reventar flores moradas, amarillas, puyas con torres que tenían millones de flores azules. Jardines, praderas con desnudeces femeninas, blanquísimos unicornios en compañía amical de auquénidos: vicuñas, llamas rubias, todas altivas como princesas de los tiempos del inca y del mundo versallesco. Sedas deslumbrantes en fiestas al aire libre con princesas disfrazadas de lecheras y de pastores los condes, lencerías húmedas a

la orilla de manantiales con berro, cántaros rotos. Capiteles por los suelos, laúdes pulsados por faunos, caballos persiguiendo mariposas, mujeres jóvenes desnudas sobre alazanes de crines arremolinadas, truenos y relámpagos sobre casas circulares de paja, y en el cielo San Santiago de matador de indios convertido en loco haciendo correr a su caballo y obligándole a dar de pechazos a rocas y árboles, blandiendo su flamígera espada; pastores tocando flautas o harmónicas, aguas espumeantes de ríos, sobre el pasto ninfas, higueras de las que se desprenden de maduras sus frutos negros y en el suelo se abren como las valvas rosadas de los frutos del mar. En algunas pinturas barbudos Términos con rostro de San Juan Bautista, yacentes por haberse caído corroídos por el tiempo, que desde el suelo extienden la mano pidiendo vino, sombras de las muchachas robustas y rosadas de Renoir. Lo barroco e impresionista y latinoamericano en amalgama, con la morbidez de las odaliscas de Matisse, la locura de Van Gogh, entre madre selvas, keñuas con escamas de oro, álamos de la puna de flores amarillas y Cupidos columpiándose prendidos como zorritos bebés a las sogas verdes de las granadillas silvestre con enormes flores como trompetas... La exposición hacía dudar, también aturdir, igualmente a festejar y reír a la gente en movimiento. Chantal y Michelle parloteaban a más no poder en un grupo de chicos y chicas, todos casi de la misma edad, quisquillosos, irónicos, amables, sobrados, que no temían decir que todo lo tomaban en broma y que no deseaban comprometerse, porque comprometerse era cortarse las alas; decían chistes, sátiras, manejaban las palabras con doble intención. Cuando pasaron cerca de ellos los pintores Humberto y Carlos, amigos que fueron en París de Raoul Dufy y Maurice Utrillo, se les colgaron para ametrallarlos a preguntas. Sus pinturas: ¿Giovanni Bocaccio en nuestro país? ¿La

otra cara de Hieronymus Bosch? ¿*El Decameron* en los Andes'? ¿La otra cara de la *Divina Comedia*? ¿Arcimboldo en Latinoamérica? ¿Al final de cuentas qué? Así como, ¿los Beatles la otra respuesta a Johan Sibelius? ¿Michael Jackson la otra respuesta al trastornado mundo? Luego de la parla, quedaron convencidos de que el arte ayuda a entender el mundo, a cuestionar las máscaras del poder, a querer ser mejor, pero de qué servía si el poder no los deja soñar? ¡Caracoles, estamos metidos en grandes problemas! ¡Metidos hasta el cuello y no hay quien nos salve, carajo! Queremos vencer nuestras manías, expulsar nuestros terrores y vicios, nuestras malas costumbres, no queremos ser peligrosos, queremos ser hombres y mujeres de verdad. ¿Esto enseña París?

Ya ninguno de los asistentes que se iban quedando -las señoras, los señores, los hombres de negocios, los hombres distinguidos se habían despedido y continuaban despidiéndose- quiso seguir escuchando la música blanda que sonaba sin que se pudiera saber de dónde venía.

“¡Queremos a Jaimito Cáceres!”- gritaron.

Cuando Jaimito entró al cabo de minutos, pues alguien fue a su casa para traerlo en taxi, lo vieron como al ángel vengador. Su palidez era su luz, su capelo sus alas. Su presencia fue sensacional. Gritaron:

“¡Él es la música viva!”. ¡Bravo!-. Le aplaudieron.

Jaimito Cáceres que se había quedado de seminarista a menos de la mitad del camino de su vida, sintió que su sangre empezaba a correr como metal derretido. Su guitarra trinó, pese al cuidado que usó al desnudarla de su funda negra como si

se tratara de una bella mujer. Sucedió porque sus manos se pusieron nerviosas, como caballos jóvenes que solo esperan ser cabalgados por el jinete a quien quieren para entregarse a él y arrancar el vuelo como una bala. Luego de desnudarla la tendió con unción en una mesa. Viéndola allí, Jaimito se estremeció. La guitarra era una joya. Relucía, rubia a la luz de los fluorescentes. ¡La plata de sus cuerdas como cabellos de la mujer maravilla!

“La guitarra es una mujer”, cuchicheó el grupo de Chantal y Michelle. Las chicas se dieron de codazos. Ahogaron sus palabras. ¡Mira sus curvas! Sus cuerdas como cabellos en desorden.

-¿Una mujer de dónde, de qué país?- dijo una irónica voz.

-¡Del mundo, de dónde sino!- replicó airada una segunda voz.

-Esta es rubia, ¿será europea?-preguntó la tercera voz

-Es rubia porque así la ha pintado el que la fabricó-dijo la cuarta voz

-La guitarra es del mundo-, replicó la quinta voz. Tiene muchos colores, como la humanidad.

-¿Quién las pinta, Dios?-dijo una sexta voz.

-No las pinta Dios, sino el ebanista-dijo una séptima voz. ¡Preguntas como si fueras un idiota!

Terminaron las réplicas y contrarréplicas. Los ánimos se calmaron. Solo un murmullo por allí, una palabra en voz bajísima, una risita ahogada. Un suspiro. Después el silencio. Solo el silencio. ¡La expectación!

Jaimito Cáceres, se arremangó ligeramente los puños de su sotana, respiró profundamente, sin hacerse notar, para calmar su corazón que le golpeaba su costillar. Comenzó a tocar. En su música, vibraron todas las músicas del mundo. Las gregorianas, las barrocas, las renacentistas, todas besándose desesperadas al danzar dentro de un infierno de notas. Las músicas de Mozart, Beethoven, Chopin, las latin-pop, las cashuas de las misas del convento de los Descalzos donde la gente pobre lloraba con rabia. ¡La música de los caminos agrestes de la cordillera lloviendo como nevada quemante sobre las hierbas!

CAPÍTULO IX

EN SU INFANCIA FERNANDO MONTIEL tuvo dos madres-niñas, Chantal y Michelle. Chantal era la hermana mayor, le llevaba dos años a Michelle y esta otros dos a Fernando. Ellas le enseñaron a comer, a caminar, cuidaron su vida, sus sueños, las dos le enseñaron a hablar, a jugar. La madre de los tres, la señora Isabelita Montero Martínez de Montiel se murió al nacer Fernando. A su muerte la casa de Simón Montiel quedó bajo la administración de su hermana Josefina que al comprender el peso del compromiso que pesaría sobre su vida por todo el tiempo que habitaría en el mundo, renunció al matrimonio que le ofreció su novio y se quedó soltera para siempre. El niño, en el largo lapso que duró el cuidado de sus madres-niñas no supo qué era una mamá. Lo tuvo que ir descubriendo cuando salió del cariño de sus hermanas durante su condición de infante y entró en la escuela donde sus pequeños amigos hablaban de su madre; y, entonces él empezó a darse cuenta que la mamá era una señora que lo sabía todo, que a todo le ponía remedio, que siempre estaba en casa, que daba la comida, la ropa, curaba las heridas, sabía consolar, convertir el dolor y la tristeza en alegría. Con su descubrimiento también le llegaron las dudas. ¿Quién era su mamá? ¿Chantal, Michelle, Josefina? Chantal y Michelle no podían ser, la mamá de cada niño de la escuela era una mujer de más edad, y además era una señora; Chantal y Michelle eran dos, y jóvenes, ninguna era una señora, nadie al hablar con cada una de ellas le decía “señora”, sino “señorita”. ¿Quién, entonces era su mamá? ¿Josefina? Quizás, pero su reflexión lo llevó a que tampoco ella era su mamá, porque le enseñaron a decirle tía, como también le decían así sus hermanas. En ese tiempo se había instituido el «Día de

la Madre»; los niños, el domingo de la primera semana de mayo asistían a la escuela para la ceremonia en su homenaje con su mejor ropa y una rosa roja en el pecho, sobre el corazón, si tenían a su madre viva, y si ella estaba muerta, una rosa blanca. Fernando Montiel, huérfano, con una rosa blanca en el lado de su corazón, frente a la muchedumbre de niños donde estaban sus amigos, se preguntaba: «Qué se sentirá al tener una rosa roja en el pecho?»

Su padre era dueño de una importante casa comercial que abría sus puertas frente a la plaza de armas y expendía abarrotes y mil cosas para la gente de la ciudad. Sentado ante el mostrador brillante, junto a él, se distraía mirando la agitación de los empleados, viendo entrar a los clientes, comprar y salir con sus paquetes. A veces Chantal era quien reemplazaba al padre cuando él se iba a los otros comercios cuya contabilidad llevaba. Esas eran las veces en que sentía nostalgia. Las señoras entraban a comprar, y él elegía a las más bonitas, a aquellas que tenían un cuerpo hermoso y el rostro que desbordaba amor; en su corazón las hacía su mamá, y pensando así llegó a tener muchas mamás. En las noches, acostado, imaginariamente se quedaba dormido en el regazo de una de ellas y soñaba escenas lindas y tiernas que luego del amanecer y durante el día las olvidaba.

De repente a la casa de al lado, llegó a vivir una familia foránea. Los esposos tenían una hijita, Alicia, una niña de la edad como la de Chantal o Michelle con quienes hizo amistad. Alicia iba a su casa a jugar jax con sus hermanas en la loza de los corredores o sino en la mesa de trabajo de Michelle que era la más entusiasta. Cantaban, bailaban, preparaban el lonche; a veces jugaban a la chapa en la que él participaba. A Fernando le gustó desde el principio la figurita de Alicia que

empezaba a echar una cinturita de ánfora, sus ojos como que parecían estar a punto de reír, su pelo castaño y ligeramente crespo, su tez de perla, la forma cómo hablaba, convirtiendo el sonido de la “L”, en “Y”, decía *yorar* por llorar, *gayo* por gallo, *gayina* por gallina o suprimiéndola al decir, por ejemplo *amarío* por amarillo; pronunciaba la “P”, como si fuera la “G”: *concegto* por concepto, la “E” como “I” *tiatro por teatro*, y así. Para Fernando esa su manera de hablar era un encanto. Le hacía imaginar que las cosas, los colores, los animales, todo lo que ella nombraba pertenecían a otro mundo, a diferentes objetos, animales exóticos, a distintos colores. Pensaba que ella había venido de ese otro mundo al que él imaginaba de mil maneras. En las noches, en su cuarto, antes de acostarse, sentado en su cama soñaba con ese lugar, país, pueblo, aldea, o quién sabía qué. Un rayo de luna que entraba por una ventana haciendo arrojar sombras a la silla donde ponía su ropa, le inducía a creer que ese mundo era un paraíso; así permanecía embelesado hasta que un rayo de luz áureo le llegaba como un flechazo raudo desde la cordillera por donde, por la carretera, descendían autos, camiones que venían de lejos a su ciudad. Alicia les hablaba del mar. Allí, les decía, vive el *cabayito de mar*, no es como los *cabayos* de aquí, sino se parece a una joya hecha de perlas de mil colores y es muy brillante. Vive entre peces, juega con ellos, salta olas... A Chantal y Michelle sus relatos no parecían impresionarlas, pero a él sí, intensamente. Un día le habló a Fernando que allí de donde había venido con su familia, en los desiertos ardientes había linduras, «Se llaman dunas, son montones de arena, fina como el azúcar blanca, que vuelan, y que por eso un día están aquí, pero en otro están por allá, y así... y tienen figuras que cambian tanto que hasta a veces se parecen a una mujer acostada, a una paloma o sirena... También hay bosques donde vive el

unicornio. Esos bosques son muy lindos, hay tanta fruta que las ramas se tuercen hasta dar con el suelo, allí puedes hartarte sin que nadie te diga cuánto vale, es decir puedes comer sin pagar nada, ni un centavo, completamente gratis... La fruta es la comida del *unicornio* y no el pasto, por eso ese animal siempre es hermoso, limpio, blanquísimo como la nieve, o el algodón, o como las alas de los ángeles, reluciente como la loza o como la Luna». Fernando se quedaba fascinado. «El *unicornio* es como un *cabayo*», le dijo otro día ampliando su información, «pero digamos mejor, casi como un burrito. Pero no te apresures, no es tanto como un *cabayo* o un burrito; el *unicornio*, tiene en la frente, en el medio, entre sus lindas orejitas rosadas, un cuerno, que por su forma es como un caramelo, porque es como un cono con punta tan aguda que da miedo, pues si le haces algo o solo lo pienses hacerle te persigue hasta alcanzarte y si te lo clava en el pecho seguro podrías morir... ¿Ves?, no es tanto como un *cabayo* o un burrito, el cuerno lo hace diferente, pero pensándolo bien no solo por el cuerno es diferente, sino también por lo que come, así como te he dicho, el *unicornio* solo se alimenta de frutas, de toda clase de frutas y no de pasto como los *cabayos*». Fernando le preguntó cómo lo había visto. Alicia le dijo que en el huerto de su casa, de noche. «¿Sabes de dónde viene?» insistió él. «No», le contestó ella, pero de repente aparece y desaparece jugando con la luna. A veces vienen varios y bailan parándose sobre sus patas traseras... Y otra vez le contó de las focas: «Son unos animales marinos más grandes que los peces, gordísimos, tienen bigotes, sus cuerpos brillan tanto como un zapato de charol, viven a montones, cantan, duermen en las rocas de las orillas del mar, en cuevas o huecos» «Las focas me dan miedo, mucho miedo, ¿sabes?, se llevan a las almas de los muertos, sobre su lomo, allí el alma, se va al amanecer

ardiendo como una lucecita azul, y ambos se pierden en el mar, entre las neblinas, jamás se sabe dónde, dicen que en algún punto del mar está el mundo donde están las almas de los que se mueren». Fernando deslumbrado, una vez le pidió que le contara de otras cosas más. Alicia, le dijo, te contaré de los cisnes. «El cisne, ¡claro!, yo lo he visto, es un ave grande, pero no vayas a creer que es como la *gayina*, no, es más grande y linda y elegante, tiene un plumaje blanquísimo que no puede compararse con nada, solo tal vez con la Luna... Vive nadando en lagos azules de los parques de los palacios, no mira a nadie, absolutamente a nadie, su cuello es fino, largo y erguido; es como una princesa que entra en un lujoso salón de baile, orgullosísima por ser rica y muy bella» «¿Qué come?», le preguntó Fernando. «Ah- dijo Alicia- No come frutas, sino solamente verduras, pececillos de colores, muchos pececillos brillantes y hermosos. También te debo decir que a los cisnes no los podemos comer como si fueran patos o gayinas. Fernando le volvió a preguntar que dónde lo había visto. «¿En tu huerta?», le dijo. Alicia dudó un instante cerrando sus ojos, pero luego le respondió con petulancia, «no, no, de verlo así directamente, como te estoy viendo, no lo he visto nunca, sino en un dibujo de un libro hermoso que he leído, y lo que he leído es un poema, no es un cuento, nada de eso, y el poema es de un poeta muy famoso, a quien le llaman Rubén Darío, de quien dicen que era un poco negrito y que ya está muerto hace muchísimos años».

A esa chica que contaba cosas que para Fernando eran maravillosas él le robó el primer beso, la tarde de un día de junio, entre la madreSelva del jardín, en cuyo ramaje se escondieron sin temor a las arañas, telarañas, nidos de pajaritos y polvo negro. Allí fueron sorprendidos por Chantal y Michelle jugando a la chapa-chapa

mientras el sol otoñal ya se estaba muriendo en la cumbre de la cordillera. Pero pasado un tiempo corto, de un día para otro Alicia y sus padres desaparecieron y nadie supo ni llegó a saber por qué se fueron, ni adónde se habían ido a vivir.

Pasaron los años, Chantal y Michelle hacía tiempo que habían dejado la escuela y también terminaron el colegio. Fernando cursaba el último año de la secundaria. Una mañana, al volver de las clases, a las doce, vio a una linda chica que le encantó tanto que la siguió por la calle, bajo el restallante sol, hasta verla entrar en su casa, en la parte modesta de la ciudad. A ese lugar volvió muchas noches cuando la luna rastrillaba calles y techos. Quería verla, pero su deseo nunca se cumplió. Ella era invisible; y él, por temor no preguntó a nadie ni siquiera para saber su nombre. Un domingo, al salir terminada la misa de la iglesia barroca frente al parque con pileta de mármol, la volvió a ver. También ella salía del templo. Su mantilla blanca en la cabeza, su librito de misa en una mano. ¡Toda una criatura que más parecía una figurita de sueño! Fernando se le acercó, la saludó con mucho respeto y luego le dijo que le encantaría acompañarla. Ella, como si de su meditación hubiera vuelto a la realidad, sonrió con dulzura. Dijo:

-¿Eres el de la otra vez?

-Sí, ¡claro!- le contestó Fernando. Eso fue cuando te seguí por toda la calle, quería conocerte.

Ella quiso ocultar con su mantilla su boca, toda su cara, pero el tiempo la ganó. Le salió del pecho una tos ruidosa. Un rato luchó contra ella. Después de vencerla, con

una voz bajita, entre dientes, le susurró diciéndole que por favor no se le acercara. Al advertir que él no le hacía caso, prescindiendo el tú, le espetó con energía:

-¡No se me acerque más, por favor!

Fernando quedó más que petrificado. Atónito, asustado- Dijo:

-Por Dios, no piense mal de mí. No soy ningún malvado. No podría jamás hacerle daño. Solo quiero ser su amigo, se lo digo en nombre de su madre y de la mía, aunque ella está muerta.

-La gente... -empezó a decir la niña-. No pudo continuar hablando porque la atacó una nueva tos, más bronca que la anterior.

Fernando, desesperado, con la vergüenza que le cegaba, gimió.

-¿La gente? ¿Qué tengo que hacer yo con la gente? Eres tú a quien quiero conocer. Por favor...

Habían llegado casi al final de una calle polvorienta, sin empedrar, con casitas modestas. En un santiamén, a la niña se la comió la puerta de su casa. Pasaron los días, luego un mes o dos. Circuló una noticia que causó enorme extrañeza. En la ciudad, una niña había muerto de tuberculosis. A todos les pareció muy rara esa muerte; muchos enfermos venían de la ciudad capital buscando la benignidad del clima de la región que sin ser la maravillosa Jauja los curaba, y retornaban felices. La muerte de la niña, era entonces, el presagio de un acontecimiento, quizás trágico o tal vez feliz. ¡Solo Dios podía saber! Cuando Fernando averiguó supo que la niña muerta era la que vivía en la casita con puerta apolillada en cuyo umbral las veces

que fue por si tenía la suerte de verla, en su lugar vio a una viejita sentada tras una mesita enclenque con pastelitos, algunos higos o tunas arrugadas, cada uno con su precio, y unos niños harapientos y descalzos que jugaban en la calle, sobre el polvo espeso, bajo árboles amarillos que asomaban por sobre muros de adobe carcomido, desde el interior de huertos resecos. Chantal y Michelle supieron de su tristeza porque Fernando les contó. Ellas hicieron lo posible para alejarlo de sus recuerdos.

Finalizó diciembre y el año escolar. De sus amigos que terminaron la secundaria muchos se fueron por el norte, otros por el sur. Los pobres por el norte, los ricos por el sur. Tentarían la suerte de ingresar a una universidad. A la ciudad llegó la moda masculina de los sombreros marrones de alpaca, de los zapatos color naranja, los pantalones tubo. Muchachos y jóvenes querían vestir así. Querían también ser como los detectives de las películas policiales; en las calles llevaban la gabardina puesta, o sino al hombro o al brazo, tenían un cigarrillo en la boca, echando humo. Las muchachas empezaron a usar faldas largas y vueludas y botines con hebilla a lado. Los exalumnos del colegio secundario se paseaban por parques y campiñas, enamoraban a las chicas, organizaban fiestas. En toda la ciudad se cantaba la canción cubana: *Quiero un sombrero / de guano una bandera/ quiero una guayabera/ y un son para bailar*. Llegaron las lluvias torrenciales. El sol desde las doce del día hasta las tres de la tarde ardía sin misericordia. En esa hora el cielo se ponía negro para dar paso a los truenos y relámpagos que lanzaban su incandescencia sobre techumbres y calles. Los hielos de la cordillera brillaban como espejos. La ciudad de colores era un paraíso, pero para Fernando Montiel un paraíso con un amor muerto antes de nacer. Leyó *La dama de las camelias*, de

Alejandro Dumas, hijo, más tarde la vida de Chopin y de Mozart cuyas músicas adoraba. Cuando salía a la calle veía en todas partes a la niña muerta, cuyo nombre no sabía, ni sabría jamás. Empezó a escribir una novela. ¿Poesías? Las había venido escribiendo desde sus trece años. Antes que terminaran las clases, les había preguntado a los profesores que habían estado estudiando medicina en París y fueron repatriados al estallar la guerra, sobre la tuberculosis. El más joven, que al regresar al Perú se trajo un pisapapeles fabricado con balas de la primera guerra mundial y dejó a su hermano, que también estudiaba medicina, enterrado en un cementerio de Bélgica, le explicó que la tuberculosis era una enfermedad de la pobreza. Entonces, comprendió que la niña no quiso que se le acercara no porque lo rechazaba, sino para evitar contagiarle su terrible enfermedad que la estaba matando lentamente pero sin pausa.

CAPÍTULO X

FERNANDO MONTIEL TAMBIÉN se fue a una universidad de la ciudad capital. Cuando regresaba en las vacaciones encontraba que los cambios en su casa y en su ciudad natal al igual que en el mundo también se estaban dando. La ciudad crecía por el norte, por el sur. Era como una persona que luego de haber dormido por mucho tiempo, al despertar atontado, estira sus piernas con placer y sin querer patea las cosas. En este caso las cosas, los huertos y jardines, las casitas en las orillas de los caminos, los bosquecillos de sauces, alisos y cerezos, no eran empujados sino bruscamente borrados por las urbanizaciones. El simpático suburbio que frecuentó buscando la oportunidad de conversar con la niña que conoció un mediodía después de sus clases, había sido borrado. No quedaba nada de ese rincón, encantador a pesar de sus árboles que se iban secando, de las tapias carcomidas por las lluvias, de la basura con plumas de gallina y papeles en la calle polvorienta. Allí, en ese espacio habían sido construidas casas nuevas y otra gente vivía en todo el barrio. ¿Qué habría sido de la anciana que a la puerta de su casa, vendía pastelillos que quizás ella misma los hacía y las frutas que se deshidrataban hasta quedarse arrugadas, porque nadie las quería comprar? Quizás esa viejecita fue la abuelita de la niña, pero no su madre porque era demasiado vieja. ¿Habría también muerto? ¿Habría sobrevivido? ¿Estaría alojada en casa de un pariente, o de una persona de buen corazón?

Chantal y Michelle estudiaban. Chantal, pintura en la Escuela de Bellas Artes y Michelle ballet, en la Escuela de Danzas. La casa era como si se hubiera convertido en un local con minúsculos talleres de arte. A veces el aire olía a maquillaje, a

cremas perfumadas que Michelle usaba en sus clases, o sino a pintura de la que había rastros en el empedrado del patio y en el caño de la lavandería donde Chantal lavaba sus pinceles. A todo esto, ¿qué había sido de la moda de los sombreros de alpaca, los zapatos puntiagudos de color naranja que usaba la gente joven y aquellos que imitaban a los detectives de las películas policiales, con la gabardina al brazo, los anteojos negros y el cigarro? Nadie se acordaba de la canción cubana: *Yo quiero un sombrero /de guano una bandera*. Nadie sabía que alguna vez se cantó con pasión en la ciudad. Todo se había desvanecido. Pero en el alma de Fernando persistía su recuerdo. Para él ese tiempo fue una época adorable, por extraño y un poco loco, que lo marcó.

Más adelante, en otras vacaciones los cambios que vio fueron más drásticos. La plaza de armas había sido remodelada. Un comisario de la policía cuyo vicio era meter su cuchara en las cosas de la ciudad por mandamás, hizo arrasar los viejos fresnos, los macizos de rosales, y mandó cubrir el suelo de pasto americano; la plaza quedó chata, convertido en un campo donde a mediodía se sentía mucho sopor, por haberse quedado con pobre ramaje, con solo manchas de verde *grass*. Era la extraña modernidad que el comisario admiraba. Pasado el tiempo, en la parte norte de la ciudad que se había llenado de casas nuevas de estilo moderno, otro alcalde hizo construir un parque, antípoda de la plaza de armas. Allí, el agua que se elevaba a chorros expelido por artificios de los surtidores con figuras de tritones, faunos, grifos, peces e imágenes grotescas, al saltar de la boca de cada uno de esos seres, era de plata, al elevarse por el aire se convertía en oro, y al esparcirse se trocaba en cendales con arco iris. Los árboles, con el viento se rasguñaban,

entrelazaban sus ramas, cantaban, susurraban, al rato se silenciaban para volver a cantar. ¡Eran una maravilla! A este prodigio se añadían los pájaros que llegaban solo Dios sabía de qué países lejanos o cercanos o de lugares de los que nadie podía saber. Pájaros de diferentes colores, tamaños, plumajes. Todos hablaban en lenguas que solo los enamorados, los amantes, los niños, los poetas, los locos o soñadores, las mujeres de lindo corazón podían escuchar, descifrar, sentir, vivir.

En ese parque recalaba Fernando Montiel para contrarrestar el efecto pernicioso de la lepra del aburrimiento. Sentado en una banca o paseando leyendo un libro, pensaba en los problemas del mundo que los escritores, los periódicos, la televisión, el cine, la universidad planteaban: las guerras anticoloniales, la lucha de Argelia por su independencia, el rescate del Canal de Suez para los egipcios por Gamal Abdel Nasser, la guerra de Viet-Nam, la Guerra de los Seis Días. La guerra del petróleo, la reforma agraria, el desborde popular.

En las tardes, antes de que las nubes que hacían del cielo un infinito algodonal se metamorfosearan en negras cordilleras hirvientes para luego colisionar sacándose fosforescentes truenos para precipitar violentas lluvias, el parque hacía feliz al corazón; el calor era delicioso, el aroma una fiesta. Entonces, en su mente, la caída del agua en las fuentes, la voz de los árboles, el parloteo de los pájaros, el grito de los niños, junto con los amargos problemas del mundo creaban una sola imagen. Una imagen difícil de ser interpretada, como toda pintura surrealista o un poema de César Moro. Pensaba qué habría sucedido en su vida si Alicia hubiera llegado a ser su novia. Igual, ¿qué habría pasado si la niña cuyo nombre desconocía no se hubiera muerto? ¿Habría, él seguido abrigando en su corazón un amor que se

quedó en su capullo? ¿O ese capullo se hubiera abierto como un cáliz si él llegaba a ser su novio? ¿Qué habría sido de él? ¿El mundo habría sido tal como lo estaba viviendo o como lo imaginaba?

Cuando retornó en las vacaciones del penúltimo semestre de su carrera, conoció a Patricia Gonzales. Ella era hija única de una familia que había llegado a vivir a dos cuadras de su casa. Chantal y Michelle se habían hecho sus amigas, resultado de frecuentar el banco donde para realizar las operaciones relacionadas con el negocio de su padre, siempre habían acudido a ella para que las oriente. Patricia Gonzales era una chica de dieciocho años que despertaba mucha simpatía. Tenía pestañas rizadas que amparaban a sus ojos que eran como lucecitas húmedas. Era alegre, cuando hablaba sus palabras eran como la seda; si caminaba, el día se ponía del color del té, la calle se le iba abriendo como una alfombra que se desplegaba por sí misma cuando daba sus pasos, hasta el infinito. Sucedió que en esas vacaciones, Patricia visitaba con frecuencia en las noches a Chantal y Michelle. En la sala conversaban horas y horas, riendo, devorando guarniciones de snacks, bebiendo coca-cola; recorrían la casa, se metían en todas partes, excepto en el cuarto de Fernando. Chantal la llevaba a su atelier lleno de potes de pintura, pinceles, caballetes con telas preparadas o trabajos a medio hacer; paisajes pintados o bocetos de retratos, para mostrarle todas esas cosas y explicarle los secretos de su arte. Michelle hacía igual, la conducía a su taller de danzas donde con Chantal la hacían probar sus ropas de ballarina, la vestían de Coppelia, de Carmen, de Madame Butterflie, de Margarita Gautier... La incitaban a danzar sobre el brillante parquet en la punta de sus pies calzados de zapatillas especiales. Pocas veces o

nunca Fernando intervenía en esas veladas y no sabía de qué hablar, qué contar, qué comentar, cómo hacerlas pasar un buen rato, hacerlas reír, a veces acertaba pero la mayor parte fracasaba. Optó, entonces por abstenerse y no intervenir. Por último se replegó.

Salía poco a buscar a sus amigos. Si interrumpía sus lecturas o lo que estaba escribiendo era para visitar las librerías, pero estas le hartaron, los libros que vendían ya los había leído, todos o la mayor parte escritos por autores europeos; entonces se hizo amigo de los impresores con talleres en calles silenciosas, lejos del mercado, de los que salían volantes promocionando productos industriales, programas deportivos organizados por la municipalidad y hasta la relación de las películas que exhibirían en las semanas las salas de cine. Esos impresores trabajaban como hacía siglos, como si el tiempo no hubiera cambiado o se había quedado congelado en los años de Gutenberg, con impresores ambulantes que recorrían Europa, imprimiendo de todo; tenían fuentes de tipos de plomo de todo tamaño, los textos se componían en unas cajas de metal cogiendo los tipos uno a uno y luego se hacía una plancha que era impresa en una prensa con plato redondo de acero que se entintaba con rodillos y se accionaba pisando un pedal y esa operación era tan peligrosa que a veces cuando la mano demoraba en retirar en el instante preciso la hoja impresa quedaba atrapada con el riesgo de quedar con los huesos triturados. Se hizo amigo hasta de un especialista en reparar radios descompuestos. En el taller de este se sentía mejor. El técnico eran tan gentil que en cuanto llegaba él, ponía en su equipo cides de música francesa: Charles Aznavour, Maurice Chevallier, o del americano Bob Dylan, o sino música pop y

rock. Entonces, la calle se hacía sonora y acudían muchachos a curiosear y luego, cuando les llegaba la fiebre se ponían a cantar en la puerta, entre risotadas, moviendo el cuerpo, dando gritos, haciendo aplausos, hasta que los vecinos salían a decirles que debían ser educados y no malograr la tranquilidad del barrio. También, en esas vacaciones, cuando Patricia Gonzales llegaba a casa, no era ella quien llegaba sino una mujer que no era Patricia, que tampoco era amiga de sus hermanas y vivía en una casa a dos cuadras de distancia de la suya, sino una a quien no quería ponerle un nombre, otorgarle una figura. ¡Era una mujer que venía porque tenía que venir! En suma, una mujer extraordinaria, que era más que una hermana, más que una tía, una prima u otra parienta, una que quizás podría ser para él un refugio del que se dio cuenta que le hacía muchísima falta por ser huérfano de madre. La forma cómo pensaba de Patricia le hizo imaginar que cuando venía por Chantal y Michelle, caminaba entre cendales rosados, celestes, azules, que producían las luces de colores de los letreros y propagandas de neón al ser refractados por los charcos que dejaban las lluvias en las calles, todo eso que a la ciudad con cafés, casinos, restaurantes, casas comerciales grandes, pequeñas y pequeñas, la convertía en un mundo maravilloso. Así, hasta la noche en que Patricia se loqueó dándose de cachetadas en su cara, o se hizo la loca para no volver más. ¿Quién lo pudo saber?

Fernando se fue a la universidad para concluir sus estudios y volver a casa con su título de abogado. En esta última fase luchó duramente. Hizo prácticas en estudios de abogados, redactaba su tesis, leía con desesperación, salió con amigas que también serían abogadas; se acostó con una de ellas. En su mente siempre estuvo

presente un recuerdo. Un recuerdo difícil de ser descifrado o en todo caso indescifrable. Chantal y Michelle, antes de la noche fatal, entre súplicas y mimos le mandaron entregar a Patricia un paquete que nunca supo qué contenía. Tocó el timbre de su casa (aún no le habían instalado el intercomunicador). Nadie contestó. Tocó por mucho rato varias veces no solo el timbre sino también la puerta. Nadie acudió, ni la empleada, ni el jardinero que quizás estaba cortando el pasto de su jardín, ni la cocinera, menos ella. Se atrevió a empujar la puerta, esta cedió; cuando insistió y se abrió traspuso resueltamente el umbral. Ahí estaba el jardín, geranios en flor cercaban el *grass* regado, una higuera negra que retoñaba, una rosa que aún no se había abierto del todo, sino que estaba a mitad de su tránsito. Rosa-té, fresca, junto a la ventana de la sala de visitas, rozando la luna. En un instante la puerta de la sala se abrió sola, silenciosamente, como si él estuviera soñando. En el umbral con flotante penumbra del crepúsculo que empezaba a caer, se dibujó, en una aparición milagrosa, el cuerpo de Patricia Gonzales en traje del color de la nube rosada que en ese instante surcaba el cielo que se iba empalideciendo a cada segundo. «¡Patricia!», la llamó él. Pero ella no estaba allí. Sino solo su sombra.

Cuando retornó a su terruño, feliz porque ya era abogado, quiso ver a Patricia. Visitarla en su casa. Conversar en su sala a cuya luna, en su recuerdo, la rosa té aún no del todo abierta la seguía rozando al ritmo del viento, como dándole besos. Pero ella ya no vivía a dos cuadras de su casa, tampoco en la ciudad. Chantal y Michelle le dijeron:

«Se casó con un oficial de la Escuela Militar».

Pero no pudieron decirle que adónde, a qué ciudad, pueblo, país o lugar se habían ido a vivir, porque tampoco en la ciudad nadie lo sabía. Ni lo supieron jamás.

CAPITULO XI

LA CALLE QUE POR VIEJA tenía el color de la hojalata usada por mil años, nunca dejaba de estar atiborrada de viandantes. Allí se encontraban las notarías, los juzgados, los estudios de abogados, la Corte, las tiendas de abarrotes, las panaderías y casas de familia, talleres de sastrería y costura, peluquerías, salones de belleza femenina. En el día pululaban los litigantes, en su mayoría campesinos. Peatones de toda laya, forasteros, automóviles, hombres de negocios, vendedores ambulantes. En las noches, desde las siete hasta cerca de las doce circulaban los cinéfilos que no se perdían ninguna película que exhibía la sala de cine ubicada en su penúltima cuadra, en matiné, vermut y noche. Respiraba libre en la madrugada pero tan pronto amanecía la mojaban los trinos de los miles de pajaritos que despertaban en los aleros e ingresaban los camiones trayendo cargas para surtir el mercado. Allí, junto a una farmacia, a veinte metros de la Corte, Fernando Montiel rentó un local e instaló su bufete cuya decoración fue obra de sus hermanas.

«Nadie podría haberlo hecho mejor», les dijo, en casa, agradeciéndolas, después de su inauguración a la que asistió bastante gente, sus parientes y amigos.

Cada vez que iba a su estudio, a pie, pues aún no pensaba comprarse un automóvil, caminaba diciéndose:

«Las acacias rojas empiezan a florecer».

¿Por qué se decía así? ¿Recordaba un poema que estaba escribiendo? ¿Había leído un libro con ese título? ¿Era el verso de un poema? Si alguien le hubiera escuchado decir en alta voz lo que pensaba, se habría quedado asombrado. Pronto

se hizo de clientes, la mayoría gente popular que inclusive venía de las provincias, campesinos, ambulantes, pequeños empresarios. Todos comentaban, decían:

«El doctor Montiel gana los juicios en tiempo récord»

Esta fama que le iba laureando le fue recalcado por un amigo de la universidad que lo visitó al siguiente año en que se instaló en su estudio.

-Te felicito-le dijo. He escuchado comentarios envidiables. Por aquí, por allá. Dicen que te estás elevando como la espuma. ¡Qué gusto me da! Asimismo sé que también ya tienes novia.

-¿Novia? ¿Lo dices en serio o bromeas?-le respondió sorprendido a su visitante. Antes de comprometerme he proyectado apuntalarme bien. Es mi meta, por lo demás hay tiempo. Cada cosa tiene su hora, como dice la *Biblia*.

-Cierto. Cierto. Pero entonces, ¿cómo es que hasta donde conozco a nuestra gente, esta habla de una joven profesora comprometida tuya?

- Amigo mío, si es cierto que en nuestra ciudad se habla como me cuentas, todo debe ser una invención. Una invención de alguien, nada más. Así la tomo yo

-Mira-le replicó Manolo, ¿puedo pensar yo que la persona que me lo ha dicho es mentirosa, que inventa cosas? Lo dudo mucho. ¡No lo puedo aceptar!

Fernando Montiel cuya sorpresa iba en aumento, se puso serio. Se dio cuenta que su amigo Manolo Reina no estaba bromeando.

-Sí-dijo-. Ten la seguridad de que la cosa no es más que una invención. ¡Pura fantasía! A algún chistoso se le ha ocurrido.

-No es un chistoso el de la noticia-volvió a replicar Manolo. No tengo amigos ni conozco personas con esa capacidad. No lo dudes.

Un instante se detuvo para decir:

- Mi madre es quien me lo ha dicho.

A Fernando, las palabras de Manolo Reina le causaron el efecto de un pistoletazo. Se quedó callado; su mente se llenaba de nubes. Su memoria le trajo la imagen de la madre de su amigo, una señora respetable, maestra envejecida enseñando a niños con la bondad que caracterizó a los educadores de antaño. Recordó instantáneamente la casa donde siempre la vio y charló con ella, cada que vez iba a visitar a Manolo, y este que jamás dejaba de estar perdido entre rumas de libros, periódicos y revistas en los que hurgaba sin miedo al polvo y hongos, ácaros y la mar, buscando información que desesperadamente quería poseer. Una casa grande de dos pisos, en medio de filas de pinos a los que el tiempo había cubierto de musgo y costras que se iban desprendiendo, con alameda con pileta de bronce que se había inclinado levantando la losa de cemento.

En eso volvió a sonar la voz de su visitante que en la universidad no estudió Derecho, sino Historia que era su vocación que lo fanatizaba. Dijo:

-Te diré quién es esa joven. Se llama Blanca Morin y trabaja como mi madre en la misma escuela, y es allí donde la gente habla; sus colegas dicen cosas, igual los padres de familia... ¿Acaso también los chicos y chicas?

Fernando Montiel se quedó pasmado. Por un momento se sintió estar en otra parte. O como si estuviera ausente de la realidad por estar en el sueño. El bullicio de la calle al filtrarse por la ventana llena de luz amarilla, le trajo de regreso. Se puso a pensar. ¿Cómo era posible tal noticia si él ni siquiera conocía a una señorita con ese nombre? Su imaginación no podía reproducirla, pues como jamás la había visto, su memoria no tenía registrada su imagen. Dijo:

-Discúlpame, amigo, si he pensado que el autor del invento es un chistoso ha sido porque no sabía que tu señora madre te ha dicho tal cosa. Juro, ella es una dama incapaz de decir algo que no es cierto. Ella, solamente ha repetido lo que dicen y te lo ha dicho a ti porque somos amigos desde que hemos sido niños. A la profesora Blanca Morin no la conozco, no me la ha presentado nadie. No sabía hasta hoy que ella existía y vivía aquí. Supongo que es una dama hermosa de valiosas cualidades.

Por unos instantes los dos amigos se miraron callados, cada uno con cierto resquemor como si se hubieran ofendido mutuamente. Pero, luego, Fernando Montiel recuperando su serenidad llamó a su secretaria que digitaba en la computadora de la pieza de la entrada. Cuando ella se hizo presente, le dijo:

-Sonia, él es el doctor Manuel Reina. Un distinguido historiador. Te lo presento. Somos amigos desde el colegio y la universidad. Ha nacido aquí pero no tenemos

la dicha de que viva con nosotros, sino en Lima donde están sus intereses y es profesor en dos universidades. Está de paso. Ha venido a investigar.

Hecha la presentación, Fernando le rogó que sirviera vino para los tres. Brindaron en honor del amigo. Después del brindis, la secretaria pidió permiso y salió.

-Agradezco bastante tu visita, Manolo. De veras que me alegra tenerte aquí- dijo Fernando- ¿Qué tiempo hace que no venías? Y, ¿qué tanto te vas a quedar?

-Hace como cuatro años que no he asomado. Mi madre va a jubilarse y pienso convencerla para que viva con nosotros allá. A eso he venido y de paso a investigar. No sé, a veces creo que es ya muy poco lo que me ata a esta tierra. O quizás construyo una ilusión sobre un vacío. Quién lo creyera, en este problema no me ayudan mis conocimientos.

Bebieron entre pausa y pausa otro vaso que Fernando sirvió. La conversación a su iniciativa tomó otro giro. Él recordó los tiempos del colegio en los que cada uno fue, quizás sin que se dieran cuenta, indiferentes a lo que les absorbería en el futuro. Habló:

-¿Recuerdas nuestras lecturas en el colegio? Leímos de todo, alocadamente, sin un plan. Nuestros profesores eran poco conocedores. En realidad, eran unos forasteros en el campo intelectual y casi no nos ayudaron.

-Leíamos todo lo que creímos que debíamos leer y quizás sí o quizás no, perdimos o ganamos tiempo. ¡Nunca lo sabremos!-contestó Manolo.

-Todo venía del sur. De Argentina, concretamente. Sus editoriales enviaban a nuestro país toneladas de literatura europea, inclusive muy poco de los mismos argentinos e hispanos.

-De historia no venía casi nada, salvo un poco de Mitre, otro poco de Sarmiento, no recuerdo más. Que tampoco eran historiadores, sino creadores de elucubraciones sociológicas, así por el estilo.

-Todos esos libros, como artefactos eran un desastre. Estaban mal impresos, con papel muy ordinario, con páginas manchadas o borrosas, carátulas pintarrajeadas. En resumen, esos libros eran objetos horriblos.

-Pero hay que reconocer, nos sirvieron bastante. ¿Qué habríamos leído si no nos hubieran llegado esos libros? Es un tema para pensarlo. Quizás a la Argentina tenemos que decirle: «¡Muchas gracias!». Nuestra formación literaria es europea. Leíamos a autores franceses sobre todo, ingleses, alemanes, hasta rusos, en traducciones que hasta hoy no sé si eran confiables. Poco a españoles, ¡qué ironía!

-Tienes mucha razón, nosotros no teníamos, ni por asomo, editores, mucho menos una industria editorial dedicada a la cultura. Por eso me sorprende cuando hoy los reporteros les preguntan a los escritores peruanos que sobresalen, cuál de nuestros autores le ha influido, ellos responden diciendo que este, aquel, así. Esos escritores que hablan de esa manera saben que le están mintiendo a todo el mundo, empezando con ellos mismos. En realidad no leíamos ni a Ciro Alegría, ni Julio Ramón Ribeyro, ni Arguedas, ni César Vallejo, ni Abraham Valdelomar, lo que conocíamos un poco era a Ricardo Palma. Sus tradiciones nos dieron un imaginario

idílico de los tiempos muertos. Ese diálogo entre la literatura de ayer y la de hoy no ha existido por mucho tiempo, diríamos que recién en estos años comienza con los escritores jóvenes. Fuimos localistas por largo tiempo, con mucha vocación para folclorizarlo todo.

-Salud- dijo Manolo Reina.

Agotaron el vino. Un rato se interpuso el silencio entre los dos amigos y condiscípulos de colegio y de la universidad.

-Con todo lo gracioso de la noticia-dijo Manolo, sonriente. La chica no es un mal partido. ¿Sabes?

-¿Saber qué?

-Es de una familia de poderosos terratenientes.

Fernando se rió. Hizo un gesto como si hubiera querido decir: ¡Vah, a mí qué demonios!! Ya del todo recuperado del asombro, dueño de sí mismo, dijo:

-Ahora sí me das la impresión de que estás bromeando. Tú sabes cómo pienso. No tolero a los terratenientes. Tampoco ignoras la lucha por la reforma agraria que se está librando desde la universidad.

- Cierto. Muy cierto. Lo he dicho solo por decir.

Se echó a reír, luego continuó:

-Así como yo sé cómo piensas, tú también sabes de mis ideas, pero no disentimos en esto de los terratenientes así como en el tema de la nacionalización del petróleo. Me tienen hinchado los enemigos de las reformas.

Luego, la conversación viró a otras cosas, los años del colegio, las primeras chicas, las películas del Oeste, los goles en los partidos de fútbol, el primer cigarro, la primera cerveza. Pasado un corto silencio, Fernando le preguntó:

-¿Qué investigas?

-Dos temas- La esclavitud de negros y de chinos.

-¿Esclavos, aquí?-habló Fernando, con incredulidad. ¿Negros y chinos? ¿Estás seguro?

-Sí, y no te asustes-dijo Manolo dando énfasis a sus palabras. Quizás tus parientes fueron quienes los tuvieron. Los Cáceres de la provincia vecina, igual los Del Pozo. Ellos tuvieron esclavos negros. Te lo aseguro.

Lo que acababa de decir su visitante a Fernando Montiel le hizo sentir como que en ese rato le hubieran echado un baldazo de agua glacial. Pero luego se recuperó. Se dirigió a Manolo:

-Cuando publiques el libro que estás escribiendo o que vas a escribir sobre este tema, no olvides de enviarme, lo leeré con hambre.

-De acuerdo-dijo Manolo. Ahora voy a despedirme

Cuando Fernando le preguntó si se verían otra vez, Manolo le respondió:

- Temo que no. De aquí me voy corriendo a los archivos, ¡son mi pasto! Voy a empezar por la notaría del frente, de Víctor Moreno. El cheque que me ha girado la universidad no da para quedarme por mucho tiempo. ¡Hay que sacarle tiempo al tiempo!

Fernando al quedarse solo se sintió por un momento nostálgico por los años idos. Al mismo tiempo inquieto, confundido. ¿Por qué había nacido la noticia de su presunto noviazgo con una dama a quién no conocía? ¿Quién lo inventó? ¿Era una habladuría de mala fe? La cosa era como de novela. ¿Desde cuándo se estaba hablando? ¿Quién era Blanca Morin? ¿A qué familia pertenecía? ¿Dónde vivía? ¿Qué grupos sociales frecuentaba? Sonia le interrumpió anunciándole a un cliente.

A PEDIDO DEL DIRECTOR DEL COLEGIO secundario, Fernando Montiel asumió el dictado del curso de Historia. Regresar a su Alma Mater fue para él un emocionante acontecimiento. Se reencontró con los viejos claustros románicos del edificio que antes fue un convento de franciscanos, las aulas, los patios orillados de hierba, la campana colgada bajo un arco que seguía señalando los cambios en el horario de clases, los recreos, las formaciones para las grandes ceremonias. Estaban sus maestros, entre ellos el P. Augusto Fernández, Esteban Solís que estudió medicina en Paris, el P. Talio Romero que era un poeta del álgebra. Había profesores nuevos: el P. Heriberto Gonzáles, de pensamiento postmodernista, siempre elegante, el único lujoso de todos los sacerdotes de la ciudad, que manejaba un costoso automóvil y se hizo construir una casa de estilo cubista frente al seminario, entre el

bosquecillo de eucaliptos, y tocaba piano; Armando Roca, de ojos azules, cara y barba rojas, que enseñaba lengua castellana y escribía en el semanario *La hora*, que además era presidente de *La Peña Cultural*. No todos simpatizaron con él. De los antiguos, había varios que le tenían desconfianza, sobre todo el director de estudios que sintió que el suelo se le resquebrajaba bajo sus pies porque los estudiantes empezaron a aplaudirle no como antes, sino menos, en tanto que a Fernando Montiel le aplaudían con vehemencia cada vez que hablaba en las ceremonias. El presidente de la *Peña Cultural* le invitó a incorporarse a esa institución, y fue en el almuerzo que se organizó por este motivo y se sirvió en un restaurante en la campiña del lado sur de la ciudad, que conoció a Blanca Morin.

El presidente Armando Roca se la presentó. Era bonita y bastante joven, con ojos ligeramente rasgados en su cara blanca y rosada, un poco redonda y con pómulos pronunciados. «Figura grácil», se dijo Fernando al mirarla. Creyó que el celeste era su color favorito, pues de ese tono era su ropa elegante; de su cuello terso pendía un collar de perlas negras de formas oblongas y sus zapatos negros tenían tacos ni altos ni bajos. La suavidad de su mano derecha que se la estrechó al ser presentado, le impresionó e igual sus uñas pintadas con esmalte negro le encantaron. Su imagen era distinguida, un poco arrogante, ni muy alta pero tampoco pequeña; de ella trascendía un aire de paz y un discreto perfume francés. «Esta es mi novia que no he elegido», siguió diciéndose, al ritmo del tintineo musical de sus pulseras que brillaban en sus muñecas. Después de los cumplidos, luego también de la primera ronda de vino, al son de una música suave, y de las palabras iniciales al comienzo de una nueva amistad, quiso preguntarle si ella estaba enterada del

comentario que jugaba en la boca de mucha gente, sobre todo en la escuela donde trabajaba. La mirada de Blanca Morin, como que expresara temor, una fingida altanería, algo que no se podía saber qué, le hizo desistir. Además se dio cuenta que no hubiera sido correcto, sino inoportuno y exageradamente prematuro hablar de ese tema. Terminado el almuerzo que fue delicioso y transcurrió con alegría sin que faltaran miradas sospechosas cuando se dirigían a Blanca Morin y Fernando Montiel, la gente de la *Peña Cultural* salió del comedor que se había llenado de otros comensales, miembros de empresas, instituciones, o de familias que por ser sábado se sentían libres y festejaban. Algunos se sentaron en las bancas frente a los jardines para charlar, leer, comentar un libro, fumar o tomar cerveza, otros se fueron por la campiña que se abría frente a ellos. Fernando y Blanca que se pusieron a conversar animadamente, como si se hubieran puesto de acuerdo se fueron alejando por un sendero bajo saúcos en flor y cerezos que iba casi en línea recta por entre unas plantaciones de trigo. Ella le contó que tenía un hermano que en Lima ejercía la abogacía y que al mismo tiempo era secretario del ministro de educación. Después le dijo:

-Vivo en casa de mi hermana Zoraida.

¿Quién es Zoraida?-, se preguntó interiormente Fernando. Blanca Morin como adivinando su pensamiento, habló:

- Zoraida está casada con el juez Tomás Revelo.

Las acacias rojas han empezado a florecer, se dijo Fernando Montiel como si ese momento fuera el del tiempo en que iba caminando por la calle con destino a su

bufete; interregno en que inexplicablemente, le nacía espontáneamente el deseo de pronunciar en su interioridad esa frase que más parecía un poema: *Las acacias rojas empiezan a florecer*. ¿Acaso recordaba un verso del poeta italiano Salvatore Quasimodo (que escribió: *Mater dulcísima, el naviglio está a las puertas*) o de Françoise Villon? De igual manera, como si en ese tránsito él imaginaba que la gente al oírle pronunciar en alta voz lo que se iba diciendo, se pondría en guardia. También en ese instante en que caminando paso a paso, como dos amigos desde viejos tiempos o enamorados, iba conversando con Blanca Morin, (la dama vestida de celeste), tuvo temor de que se le escapara una palabra, una sola, significando ilusión, compromiso o desesperanza, cosa que podría afectar profundamente el espíritu de ella. Se prometió a sí mismo tener mucho cuidado para no lesionar la sensibilidad de esa joven bonita que gentilmente le acompañaba sin que mediara entre los dos ni una antigua ni reciente amistad ni mucho menos el amor. Dándole a su voz la suavidad de la seda, le dijo:

-¿Tienes novio, Blanquita Morin?

Pero luego de hacerle tal pregunta se sintió defraudado de él mismo, pues se dio cuenta de que acababa de cometer un exabrupto a pesar de haberse prometido ser cuidadoso. Ella, cogida casi desprevenida, le respondió diciendo que no tenía. Dejó pasar unos segundos o quizás minutos de silencio, luego le hizo a él la misma pregunta:

-¿Tú tienes novia?

Fernando que no presintió que ella le devolvería la pregunta, le respondió de manera casi neutra:

-Aún no; y quizás mi respuesta te extrañe mucho. Pero es cierto. Pues, antes de comprometerme tengo que... (se le enredó la lengua). Debo pensarlo bastante.

-¿Por qué?-volvió a interrogarle ella, con la misma gentileza de antes.

-El amor. ¿Sabes?- le contestó él. No solo amor le debe el esposo a su esposa. Sino mucho más. Protección, amparo, sobre todo ternura, cariño, respeto, amistad... Igual la esposa al esposo. ¡Creo en eso! Casi de manera ciega, fanática, si se quiere.

No quiso decir más. Se calló cautelosamente. Se dio cuenta de la circunstancia insólita del presunto noviazgo entre los dos. No debía haber empezado a discurrir sobre un tema extremadamente delicado. Además, en lo recóndito de sus facultades se sentía incapaz o dudaba mucho de brindar esas cosas que había mencionado. Él mismo quería gozar de esas potencias, lo que le hacía caer en el convencimiento de cómo iba a ser un protector si era un individuo que buscaba amparo.

Blanca Morin también se abstuvo de hablar. Quizás por temor o porque empezaba a confundirse.

-Las acacias rojas empiezan a florecer-dijo Fernando.

-¿Qué dices?- dijo ella, casi susurrando, asombrada. Se desorientó al escucharle esas palabras hermosas, pero que no encajaban en el tema que ocupaba la conversación entre los dos, como tampoco correspondían al tiempo en que

empezaban a conocerse y estaban caminando juntos por un agreste camino que a ratos serpenteaba por la espléndida campiña verde y florida, primaveral como la edad de los dos.

-No te asombres, Blanquita- le dijo Fernando Montiel-. Una novia no ha de ser solo mujer, amiga, hermana, amante, esposa, sino mucho más...

Blanca Morin, un poco disgustada porque Fernando no le explicó por qué dijo esa frase bonita acerca de las acacias, después de un silencio ni corto ni prolongado, habló:

-¿Sí? ¿Algo cómo qué? ¿Puedes decirlo, por favor?

-Como una madre-dijo Fernando con pletórica serenidad.

Blanca Morin, al oír su respuesta que hubiera querido que hubiese sido de otra manera, nuevamente se sorprendió. Sin embargo sintió que una vibración cálida, como una corriente eléctrica, corría por todo su cuerpo. Su cara se afiebró y tuvo vergüenza de que él se diera cuenta de su sonrojo. A su mente confundida no asomó ninguna idea interesante. Por eso, optó por callarse.

-¿Sabes que soy huérfano?- le preguntó Fernando, de improviso.

Blanca Morin detuvo sus pasos, se volvió hacia él y con su mirada le envolvió de la cabeza a los pies. Una mirada que ella misma no supo, ni sabría jamás, si fue de ternura, de compasión, de amor o ¿desprecio?... Ese joven que no pasaba de los veintitrés años, ni alto de estatura pero tampoco pequeño, de ojos pardos y rostro que irradiaba amistad y confianza a pesar de cierta arrogancia que aureolaba a su

figura, se le apareció ante ella como un varón que se hacía querer. La anciana profesora que trabajaba en la misma escuela donde ella enseñaba le había contado que Fernando Montiel soñaba con un mundo nuevo; que con su hijo Manolo Reina discrepaban en ideas y discutían encarnizadamente, pero así y todo eran amigos de uña y carne. «Mi hijo ama el mundo tal como es, pero Fernando Montiel quiere el cambio. Sueña con el cambio», le había dicho la anciana. Pensó si su familia cuyas ideas eran como las del hijo de la anciana profesora, ¿llegaría a quererlo? ¿Toleraría su pensamiento en favor de la reforma agraria? Se dio cuenta de la diferencia. La familia de Fernando Montiel era de viejos comerciantes, en tanto que la de ella era de terratenientes. ¡Dios mío!, se dijo. ¡Somos muy diferentes! ¡Cómo no me había dado cuenta! Por su pecho ascendió un suspiro, doloroso como una espina. Quiso hablar, «¿pero de qué?», se dijo. No sabía qué decir, qué preguntar, qué afirmar. Se quedó callada. Fernando, como insuflado de una inspiración apasionada, prosiguió:

-No conozco el amor maternal-dijo- He sido, soy y seré por la eternidad un huérfano de ese amor. Ya nada cambiará mi problema, tampoco nadie podrá remediarlo, ni mi padre, ni mis hermanas, tampoco mis parientes y amigos. ¡Ni Dios! El destino me desterró de su territorio desde el instante en que nací. Quiero decir que al nacer caí en un desierto. Por eso pienso como te acabo de decir. El amor de un esposo igual que el de un hijo o hija apunta a una mujer. ¿Qué es la mujer? Un edén, un paraíso. ¡Una hermosa cordillera de seda desde la cabeza hasta los pies! Sus hombros son planicies que sostienen el jardín de su rostro con su cabeza donde amanece el día. Sus senos son dos lagos dormidos por donde brota el agua de la

vida desde ignotas profundidades que la ciencia jamás podrá describir, más abajo su vientre como un valle que se amansa y apacigua con el hoyo de su ombligo que señala el centro del cosmos, en cuya profundidad se forja el ser, bajo su piel olorosa que cubre toda la ingeniería de su cuerpo diseñado por Dios. ¡Ingeniería sostenida por las dos columnas de sus piernas bellamente construidas por uno que es más que arquitecto, esculpidas por uno que es más que escultor! Y... toda esta maravilla vive, palpita, crea y ama gracias a un sistema de la más refinada y sofisticada sabiduría que se aloja en su cerebro y corazón.

Blanca Morin se quedó completamente anonadada. ¿Fernando divagaba? ¿Fernando Montiel estaba perdiendo el juicio? ¿Había empezado a enloquecer? ¿O estaba ya loco desde antes? ¿Si no era loco era un visionario, un brujo, un profeta? ¿Ese era el hombre inteligente a quien aplaudía la juventud y admiraba la gente de la ciudad? ¿Era un pobre diablo? ¿Por qué alimentaba ideas extrañas? ¿Por qué dijo: *Las acacias rojas empiezan a florecer?* ¿Qué ha querido decirme?», pensó. Sintió desmadejarse. Su alma y su corazón se sintieron compungidos. Pensó que hubiera sido mejor no haberlo conocido personalmente para no escuchar su plática extrañísima. Pensó que jamás debió tolerar la noticia de su imaginario noviazgo con él. «¿Por qué no la desmentí?, si lo hubiera hecho, el infundio que alguien lo inventó habría fracasado, he actuado mal al sonreír y no negar esa habladuría; al sonreír he ido aceptando una mentira otorgándole veracidad», se dijo. Quiso interrumpir la caminata, la conversación, todo eso, pedirle disculpas inventando cualquier problema o excusa para despedirse. Pero no lo hizo. No pudo hacerlo.

Una acuciante curiosidad ardía desde el comienzo en su mente y quiso preguntarle qué pensaba de la madre. Pero le ganó la pregunta de Fernando:

-¿Conoces la orfandad?

Blanca se sintió en aprietos. Su mente no tenía nada qué decir. No sabía qué era la orfandad. Jamás ni siquiera intentó imaginarla. Nunca había presentado que alguien le haría esa pregunta. Prefirió no hablar, solo movió la cabeza negativamente.

-Entonces eres feliz. En cambio yo la vivo-siguió diciendo Fernando. La carga sobre mis hombros. Ella va conmigo, jamás me ha abandonado, no me dejará nunca. ¿Piensas que soy feliz con ese peso encima?

Blanca Morin eludió la respuesta y con estudiada calma habló:

-¿Qué es para ti la madre?- le dijo poniéndose a la defensiva y con mucho temor de no obtener respuesta.

Fernando Montiel pareció sentirse cogido por esa pregunta difícil. Pero no, sin que transcurrieran minutos, ni segundos, dijo:

-Todo lo que vive y muere nace de una madre-. La madre es una realidad tan verdadera como la vida, como la muerte. La madre es vida y es muerte. Ella es la única fuerza que protege sin castigar toda forma de ingratitud. Es el único amor que cura, cuida, protege y castiga. Todo lo que nace de una madre muere, solo Dios no muere porque no tiene madre. Dios no ha nacido de una madre. Él no tiene madre, por eso es inmortal. La madre no es el desierto, no es un erial ni un páramo. Solo

en su vientre somos inmunes a las bellezas y tragedias del mundo. A las agresiones y premios de la existencia. Solo allí estamos amparados de modo cierto y perfecto. Allí hemos debido quedarnos para siempre y no ser eyectados al mundo.

Dejó de hablar. Se quedó agobiado. Hizo un gesto como si hubiera querido cogerse a algo, o de algo buscando la salvación como uno que se ahoga. Volvió a pronunciar la frase temida por Blanca Morin:

«Las acacias rojas empiezan a florecer».

Blanca Morin se sintió en la cima de la estupefacción. Sin embargo no persistió en su renuncia a inventar un pretexto para irse, escapar de ese joven que con una convicción irrefutable pronunciaba ideas y conceptos extraños que jamás pensó ni intuyó que los escucharía de él y de nadie. Decidió no abandonarlo, sino permanecer a su lado, pues era su novio y ella su novia y por consiguiente se debían mutuas atenciones, cuidados, apoyos, alivios, consuelos. Un novio nacido de la fantasía, claro, todo el mundo lo sabía, pero así y todo era su novio. Sus ideas discrepaban con las de ella y nunca en la vida estarían de acuerdo los dos. Empero se sentía fuertemente atraída por él. Este al cabo de instantes empezó a contarle que en su infancia tuvo muchas madres, aquellas que escogió entre las señoras que en su imaginación eran las más bonitas y bondadosas.

-A esta altura del tiempo-dijo con una voz imprevistamente hecha leve- en las calles aún las puedo ver, algunas han envejecido, otras aún siguen fuertes y hermosas. A las que no las veo, porque quizás están muertas o se han ido a vivir a

otras ciudades, las sigo imaginando hermosas, tiernas, buenitas. Ninguna tiene idea de que yo las considero mis madres desde mi infancia. Ninguna sabe que les dedico mis pensamientos y las llevo en mi corazón. Igual consideración dedico a mis hermanas y a la hermana de mi padre, que también fueron mis madres. Estoy caminando por la vida, imaginando cómo habría sido mi madre. ¿Sería pequeña? ¿Alta? ¿Cómo sonaría su voz? ¿Cómo sería su rostro? ¿Su pelo? ¿Sus manos? ¿Cómo sería su regazo? ¿Cómo me habría querido? Así. Temo amar a muchas mujeres y no quedarme con ninguna. Todas podrían ser, encuentro o fracaso en la búsqueda de mi madre...

Pasaron segundos que parecieron siglos. El corazón afiebrado de Blanca Morin palpitaba desaforadamente. Ella venció su vergüenza, dijo lo que no le preguntó a nadie porque siempre tuvo miedo, o porque pensó que los jóvenes que conoció y conocía no tenían capacidad para darle una respuesta clara y convincente:

-El amor. ¿Qué es el amor, Fernando Montiel? Dime.

Fernando Montiel no le respondió de inmediato. Pareció meditar, quizás no quiso responder a esa pregunta. O bien, no pensó en nada. Por su mente pasó el deseo de tomarla a ella de las manos, atraerla hacia él, luego abrazarla con desesperación, besarla con locura como si el mundo estuviera a punto de acabarse, pero renunció, porque Blanca Morin, se dijo, podría interpretar su gesto como una confesión o promesa de amor futuro y eterno. Deshaciéndose penosamente de esa poderosísima fuerza, al fin habló:

-¿El amor?-suspiró. ¡El amor! ¡Siempre el amor! El amor, mi bella y tierna señorita Blanca Morin. El amor es una palabra milagrosa, brillante como una estrella. Siempre iluminará al mundo, aunque sin poder salvarlo.

Dijo así. A continuación repitió con cuidada y suave lentitud:

«Las acacias rojas han empezado a florecer».

Blanca Morin más asombrada que nunca, casi al borde de la locura, se quedó mirando la Luna en plenilunio que aparecía pálida en el cielo infinito; su mirada no pudo abarcarla en toda su magnitud, porque por ser de día el Sol la opacaba con su potentísimo brillo. Faltaban muchas horas para que llegara el crepúsculo, luego la noche.

CAPÍTULO XII

SENTADA ANTE SU SOBERBIO ESCRITORIO, Esperanza Martínez, la directora de la Escuela Normal, entre dos bustos pequeños de mármol, uno de un Amauta y el otro de Johann Pestalozzi, frente a la carpeta de vidrio grueso debajo de la que había fotografías de París, Londres, New York, Madrid, Barcelona, museos, bibliotecas del otro lado del Océano Pacífico; frente a rumas de libros nuevos con lomos de letras doradas, el intercomunicador chato, el teléfono, bañado todo por la luz dorada que entraba del exterior, después de la lluvia del día anterior, con estilo camarlengo, habló:

-Mi sobrino Fernando Montiel, no es un hombre hueco, Dios no ha relleno su cabeza de aserrín y su cuerpo de paja. Que el Supremo me libre si él es así.

Habló de modo contundente porque, como en toda ciudad pequeña, las noticias y los acontecimientos, mucho más cuando son malos, circulan con la velocidad de un rayo. Pues se enteró que el personaje a quien acababa de nombrar había sufrido un percance y a esa hora toda la ciudad lo sabía. Después de hablar se quedó serena, con su acostumbrada solemnidad y bonhomía.

Quienes la escucharon fueron el P. Augusto Fernández, el presidente de los padres de familia cuyos hijos estudiaban en la Escuela, señores distinguidos y señoras respetables. Algunos de ellos laureados por canas que iban en aumento. El P. Augusto Fernández, capellán de la Escuela y amigo de la directora Esperanza Martínez a quien conocía desde hacía muchísimo tiempo, era el más conmocionado de todos los presentes que habían sido convocados, desde hacía cinco días, a la

ceremonia con misa y actividades artísticas por la inauguración del cuarto año académico.

El religioso, sentado frente al escritorio con la dama, tenía a su costado, sobre el parquet brillante que recientemente encerado olía a miel de abeja su maletín negro que contenía sus ornamentos para la misa ante los estudiantes y el público invitado; tenía sus piernas cruzadas, el talante sereno, su cara rasurada y su cabeza con cortos pelos ondulados que al orlar su frente le daban a su persona el aire de la imagen de San Expedito. Tan pronto se calló la directora, habló:

-La ciudad nunca va a atreverse a pensar que el doctor Fernando Montiel es un hombre con aserrín en la cabeza y el cuerpo relleno de paja, señorita Martínez, menos los alumnos del colegio. Conozco a su sobrino desde pequeño, no en vano ha sido alumno mío. ¿Quién puede dudar de su competencia y de la sinceridad de sus pensamientos? Lo que pasa es que él dice cosas a las que la gente no está acostumbrada. Esto es lo que da pie a que yo, a mirarlo como a alguien a quien no quiere nadie comprenderlo.

Los circunstantes guardaron silencio, algunos cruzaron miradas, otros consultaron sus relojes pulsera, hicieron como si de repente estuvieran resfriados y se hicieron víctimas de accesos de forzadas toses, y no vibró ninguna otra palabra más, ninguna opinión. Implícitamente, con el silencio, aprobaron las afirmaciones del P. Augusto Fernández. ¿Quién no lo conocía a él? ¿Alguien había que dudaba de su palabra y de sus enseñanzas? Él, lo sabían los circunstantes, cuando llegó a la ciudad, bastante joven, recién ordenado de sacerdote fue el orador más escuchado;

para todos era el pico de oro cuyos sermones encandilaban a sus oyentes que colmaban las misas dominicales o las novenas dedicadas a la Virgen en las noches del mes de mayo que se llevaban a cabo en la iglesia de San Francisco. Tampoco ignoraban que las bellas jovencitas andaban idealmente enamoradas de él, y cada vez que subía al púlpito, en sus bancas donde estaban sentadas, elegantes, perfumadas, se sonrojaban, se pasaban la lengua por sus labios, y ni un instante despegaban sus miradas de su persona hasta que él cansado, con la garganta seca bajaba para irse derecho a la sacristía a tomar un vaso de clara de huevo batido, porque su garganta empezaba a sufrir a tal punto que el obispo le prohibió por temporadas a no predicar.

La directora Esperanza Martínez recordando a T. S. Eliot, su poeta preferido, y pensando en su sobrino que en ese momento no sabía que lío estaría enfrentando, interiormente repitió sus versos: «*Somos los hombres huecos /Los hombres rellenos de aserrín /con cabezas embutidas de paja*». Los versos le iban sonando como música de misa gregoriana, no en vano, ella, en Londres había rastreado las huellas del bardo, más tarde en París, o sea hizo una hazaña al revés de la trayectoria del poeta que en el otoño de 1910 recaló en París y luego de años en Londres donde escribió el poema que siempre le conmovía sobremanera hasta hacerla, a veces, rabiar y derramar lágrimas, más si algo pretendía atravesársele en su camino como si fuera el Muro de Berlín, o le hacía sentirse encadenada: «*¿Me atrevo / a perturbar el Universo? //¿Y hubiera valido la pena, después de todo?... // haber cortado el asunto con los dientes sonriendo / haber exprimido el Universo hasta hacerlo una bola?*» ... ¡El poeta, sus versos! La duda. «*Me atrevo / a perturbar*

el Universo» ¡Miles de dudas! Su proyecto de tenderle la mano a la gente que corría el riesgo de desperdiciarse para hacerle entender la utopía de llegar a ser otra. Su decisión de perturbar el mundo donde nació. ¿Me atrevo a perturbar el Universo? ¿Me atrevo? Parafraseando los versos de su poeta querido, interiormente discurrió diciendo: «No soy un asistente, uno que sirve solo para llenar un paso, iniciar una escena, aconsejar a un jefe; un instrumento fácil, contento de servir, un político cauto y meticuloso, lleno de mucha inteligencia, pero un poquito obtuso. En una palabra, nunca he querido ser una oveja, una mujer tontamente ilusa, así como nunca he sido ni seré una mierda, ni algo que se le parezca». Concluida su divagación, dijo:

-Vamos distinguidos amigos. Nos espera la ceremonia, que es como decir un nuevo compromiso y un juramento que debemos avalar con nuestra fe de que no estamos desperdiciando la vida, todo eso que nos preocupa y abre las puertas de un paraíso que podemos ser nosotros mismos. Vamos amigos, nos espera la alegría.

Salieron con calma. Ceremoniosos, sin arremolinarse. Ella presidió la marcha, porque así lo quisieron todos, la siguió la gente vestida meticulosamente porque la fecha era importante. Al caminar, mentalmente fue repitiendo el verso: *¿Me atrevo a perturbar el Universo?*, para luego decirse: «Mi sobrino Fernando se ha atrevido a perturbar el mundo. Me hace sentir valiente como si fuera una mujer joven». Atravesaron la puerta de la oficina, luego el patio de brillantes piedras oreadas, pasaron bajo el dintel de la puerta bajo el arco y sobre el arco una buganvilla que colgaba sus flores rojas. Quien se quedó en el despacho con su maletín fue el P.

Augusto Fernández que al convencerse de que estaba realmente solo, cerró la puerta y le puso el cerrojo, para ponerse, primero la casulla blanca, luego se amarró el cíngulo, sobre la casulla se puso la sobrepelliz reluciente como el armiño... La comitiva desembocó en el segundo patio alargado, donde a ambos lados estaban las aulas, todas exteriormente albas, interiormente celestes o rosas, con carpetas unipersonales con asiento y respaldar tapizados. Sus puertas daban a los corredores embaldosados de losetas rojas, ornadas de columnas corintias como en las viejas arquitecturas de los pasados tiempos, sus ventanales marrones todos abiertos para dejar pasar el aire fresco sin un gramo de polvo flotante. La directora y su comitiva llegaron al sitio donde a falta de auditorio se llevaría a cabo la ceremonia. Había filas de sillas; se sentaron en las de adelante; el público quedó a sus espaldas y detrás del público los estudiantes agrupados en sus respectivas secciones de acuerdo a los semestres que cursaban. Al frente, en la larga galería, se había levantado un altar, con mesa cubierta de immaculada manta y jarrones de flores blancas. Hasta allí llegó el P. Augusto Fernández con las manos juntas cargando el sagrado cáliz cubierto con un paño albísimo con bordados de flores con hilos de oro e incrustaciones de gemas. El acólito agitó la campanilla con forma de floripondio que esparció sus agudas sonoridades y todos se pusieron en actitud de oración.

¿Me atrevo / a perturbar el Universo? Mi sobrino se ha atrevido. Está perturbando el Universo. Dios le salve, amén.

¿POR QUÉ LA ANCIANA DIRECTORA de la Escuela Normal sufría preocupación y disgusto? Había sucedido lo que el P. Augusto Fernández le había contado, pero este santo varón no conocía los detalles porque no se lo dijeron, además en su versión pudo haber introducido él, sin desearlo, modificaciones que hicieron variar al texto que escuchó. La ciudad estaba erizada, voces venían, voces iban, se cruzaban, se chocaban o sobremontaban, cada voz distinta en su manera de narrar el mismo acontecimiento.

A esa hora, las once y cinco minutos de la mañana, en que la doctora Esperanza Martínez y los invitados: padres de familia, autoridades, el público y los muchachos y chicas estudiantes escuchaban las primeras partes de la misa en homenaje a los cuatro años de vida pedagógica de la Escuela Normal, Fernando Montiel recibía la notificación, en un ambiente de la prefectura donde había sido recluido luego de su detención a las nueve de la mañana de ese mismo día, para ser interrogado por la autoridad competente por su participación y lo que dijo y por qué lo dijo en la ceremonia que se había realizado en el local de la biblioteca de la Sociedad de Obreros y Artesanos, en la noche del día anterior... Hacía una semana que había recibido de esa Asociación una comunicación por la que esa entidad le solicitaba su participación en la ceremonia que se estaba organizando para celebrar la inauguración del nuevo edificio de la biblioteca y de su incremento bibliográfico. La lluvia, la noche y el frío que venía de la cordillera, los charcos en las calles no fueron motivo de tardanza o inasistencia para la gente. Una multitud asistió: gente que trabajaba en los mercados, vivanderas, vendedores de ropa y golosinas, los que vendían comida al paso, los estibadores, empleados, asalariados, intelectuales,

algunos oficinistas, empleados de banco, estudiantes. El salón de la biblioteca a ser inaugurada, lucía casi blanco por la radiante iluminación eléctrica; había anaqueles, que aún olían a madera y barniz, repletos de libros, a un lado los que habían sido o eran leídos intensamente y tenían marcas, inclusive roturas pegadas con cinta scotch, y los nuevos en otro, relucientes, joyas que incitaban a ser tomadas con las manos para leer en sus contracarátulas o solapas y saber de qué trataban, si eran novelas, poesía, ciencia, técnica, ciencia-ficción, arte, filosofía, si eran novelas como historia o historia como novelas, ¡la desnudez de la humanidad! La humanidad misma con sus grandezas y tragedias, en suma libros que al haber sido reunidos en la biblioteca de los obreros y artesanos, esta era como cualquier otra, de cualquier lugar o ciudad del mundo, de países con cualquier lengua; un universo de silencio absoluto y puro si nadie acudía a leer, pero si acudían los lectores se convertía en un universo que vibraba en las voces que al brotar de las páginas venían de lejanos siglos, de países distintos que hablaron lenguas hoy muertas pero que merced a la lectura resucitaban, o también pese a ser distintas dejaban paso a la intuición y adivinación para saber lo que dicen. Voces de pueblos, de etnias desaparecidas que hablaban a través de intermediarios; o de los mismos autores, algunos vivos, otros muertos. Voces de continentes desaparecidos o soñados, inclusive del más allá o de la misma muerte. Voces que brindan millones de datos, cifras, fechas, informaciones diversas, alucinaciones, actos oníricos, aventuras, pérdidas y búsquedas, codicia, amor, odio, fracasos, guerras, maldades y la mar de la mar de las cosas de la vida, del hombre, de Dios o de dioses, que hay muchos en el universo-mundo donde vivimos; de purgatorios, paraísos, avernos, infiernos, Itacas eternamente verdes.

El público se fue engrosando con algunos profesionales, médicos, abogados, curanderos, profesores y el alcalde que llegó sin la compañía de ninguno de sus regidores o del funcionario de asuntos culturales. No habían acudido el presidente de la Corte, de la Cámara de Comercio, del Colegio de Ingenieros. Estaba sí el prefecto, un personaje vanidoso cuyo pensamiento era que ser terrateniente era ser la divina pomada; ahí estaba con su alta estatura, vestido de negro, con camisa blanca y corbata de lazo, con lentes calzados sobre su nariz en rostro blando, redondo y mofletudo, con sus guardaespaldas, loco porque la ceremonia fuera corta para gustar del vino de honor que se serviría concluido el acto, del pisco *sauer*, que eran su debilidad (pues los bebía todos los días, inclusive en su despacho). La aguda, nostálgica, dulce música de *El cóndor pasa*, a bajo volumen, saturaba el ambiente, a ratos vibraban los vals de un músico local (no de Jaimito Cáceres), también a ratos música folclórica ejecutada con charango, violín, guitarra o flauta dulce, asimismo notas de jazz norteamericano, y las de un popurrí variopinto.

En esa ceremonia, a la mitad del programa, después de los discursos y de música y canciones, Fernando Montiel, el invitado especial, leyó primero dos poemas de Constantin Kavafis: «*Conserva a Itaca siempre presente en tu espíritu*» y «*Nuevos sitios no has de encontrar, ni encontrarás nuevos mares*» en traducción de Marguerite Yourcenar; después, poemas de César Vallejo: «*Los heraldos negros*», «*Los mineros salieron de la mina*» y «*Al final de la batalla*»

A LAS NUEVE DE LA MAÑANA el din-don del domicilio de Simón Montiel donde vivía su hijo Fernando, se estremeció cuatro veces seguidas lanzando como nunca erizados sonidos que se prendían de los nervios. Acudió la empleada y retornó para decir alarmada y pálida que eran unos hombres desconocidos:

-Dicen que quieren hablar con el doctor Fernando Montiel.

Fernando Montiel estaba desayunando solo, su padre se había ido a su oficina de gerente de la fábrica de cerveza y gaseosas –ya no ejercía el comercio y había liquidado su tienda hacía más de un año-. Tampoco estaban Chantal y Michelle, cada una se fue antes de las ocho a la Escuela de Bellas Artes y de Danzas, donde ahora daban clases. El joven abogado aún untó el pan con una bolita de mantequilla un poco endurecida por el frío. Sorbió el café de blando aroma que deliciosamente se expandió por su boca y lo respiró disfrutándolo. Agotó la taza, se caló el saco que tenía colgado en el respaldo de la silla en la que había estado sentado, fue a la puerta mientras el din-don con sus erizados sonidos al sumarse a la noticia que la empleada dijo asustó mucho a la señorita Josefina Montiel que desde la lavandería donde había estado remojando la ropa en la lavadora corrió al comedor, después a la puerta, pues ¿por qué una gente extraña quería hablar con su sobrino? Cerca de la puerta y antes de que Fernando la abriera, dijo:

-¿Qué cosa, sobrino? ¿Quiénes te buscan?

-Descuida, tía, deben ser clientes que han venido de provincia-habló, Fernando-. Tranquilícese.

La señorita Josefina Montiel serenada por las palabras de su sobrino retornó a sus quehaceres.

Los desconocidos eran tres; un gordo con más años que los demás, de humanidad ancha, casi cuadrada; los otros dos casi jóvenes que se parecían mucho físicamente a tal punto de que hacían suponer que eran gemelos. Los tres con saco y pantalón azul, camisa blanca, corbata negra de baja calidad, zapatos negros con punta aguda y tacos más altos que los normales, todos con el cabello cortado al rape.

-Señor, dijo el gordo y cuadrado- mostrándole una placa metálica con el escudo nacional.

Ahí, Fernando se dio cuenta que quienes le buscaban eran de la policía.

-¿Qué se les ofrece?-les dijo

-Nada, señor-le respondió el gordo y cuadrado aún con la placa en la mano. Venimos donde usted, porque el prefecto nos ordena decirle que le invita a su despacho.

-¿Por qué? ¿Para qué?-replicó Fernando.

-Eso no nos concierne, señor. Es una orden. Tenemos instrucciones de que si usted se resiste lo llevaremos a la fuerza.

Los tres hicieron el ademán de cogerlo de los brazos.

En la prefectura, el hombre de negro que había asistido en la noche a la inauguración del edificio de la nueva biblioteca de los obreros y artesanos, que

cuando habló a invitación del público, en su discurso dijo *ceremonía*, (en lugar de “ceremonia”) al recibir en su despacho al gordo cuadrado que le informó que habían traído preso a Fernando Montiel, estaba en su segundo vaso de vino, sentado ante su escritorio. Orondo y mofletudo como un peluche con anteojos redondos.

-Reclúyanlo en una oficina-ordenó fríamente.

Allí, Fernando Montiel, una hora y media más tarde fue notificado que sería interrogado.

La noticia de su detención voló por la ciudad. El gerente Simón Montiel no pudo salir de su despacho; un asunto importante de mucho interés para la compañía lo retuvo. Telefonó a Ernesto Salazar, su amigo, el director propietario de *El país*. El colegio de abogados estaba ya enterado del problema, por eso cuando le llamó el director del periódico, el presidente le dijo que tomarían cartas en el asunto.

Media hora más tarde, Fernando Montiel, desde el interior de la oficina donde lo habían recluido, vio por la puerta que se quedó abierta, la llegada del presidente de la Asociación de Obreros y Artesanos acompañado de los miembros de la directiva. Entraron al despacho del prefecto con la cabeza descubierta, sin el sombrero puesto sino llevándolo a la mano. En ese mismo instante hicieron su aparición en el dilatado patio de piedra, dos hombres más; Fernando los reconoció, eran sus amigos impresores, Julio y Raúl Sánchez, hermanos los dos. Estaban borrachos, decían palabras incoherentes y hacían gestos de protesta e intentaban subir las gradas de la escalera de piedra labrada que conducía al despacho del prefecto, hasta que un policía los expulsó a empujones porque ambos hicieron resistencia.

A ESA HORA, EN LA ESCUELA NORMAL, la misa se seguía celebrando. El P. Augusto Fernández extrajo con sus manos del cáliz sagrado la Divina Hostia, la campanilla trino prolongadamente agitada por el acólito. La anciana directora, sus invitados, el público, los estudiantes cayeron de rodillas. El sacerdote elevó el pan sacrosanto, un segundo lo retuvo en alto, el corneta horadó el aire con el sonido largo de su instrumento, que hirió oídos y se expandió por los alrededores de la ciudad. El sacerdote se dio la vuelta, partió el divino pan, comulgó y bebió el vino sagrado. «Dios proteja a mi sobrino, lo mismo a los que soñando el bien se han convertido en perturbadores del mundo», pensó la anciana dama. Fue la primera en comulgar; después se acercaron algunos padres de familia e invitados y muchos chicos y muchas chicas.

EN ESE MISMO INSTANTE, AFUERA, EN LA CIUDAD, los tres sabuesos de la policía que aprehendieron a Fernando Montiel por mandato del prefecto recorrían las librerías. Habían recibido órdenes de incautar todos los ejemplares de la revista que publicaba el detenido. No incautaron ni uno solo, la edición había sido íntegramente vendida. Entonces se encaminaron a los talleres de *El país* donde se editaba e imprimía. El director y propietario del periódico había salido a la calle, de tal modo que cuando llegaron los hombres que parecían ser gemelos más el gordo y cuadrado que se sentía orgulloso de poseer la placa metálica con el escudo nacional que le hacía feliz cada vez que tenía la oportunidad de exhibirla ante alguien que

tenía que ser aprehendido, no lo encontraron. Cuando el gordo presionó enérgicamente el timbre del edificio que por ser grande era taller en una parte, y residencia del director y su familia en otra, quien acudió a la puerta fue la esposa. Sus empleadas habían ido al mercado a comprar víveres para el almuerzo y la cena y aún no habían regresado. La señora al abrir el zaguán luego de haber atravesado una galería que encerraba al espacioso patio cubierto de losetas rojas y azules, con macetas de naranjos, se dio con los tres sabuesos de la policía. El gordo y cuadrado medio que se sonrió al saludarla. Sonrió al mostrarle a la señora la placa de metal diciendo que tenían orden de incautar ejemplares, las pruebas de página, los textos y demás materiales de la revista que dirigía Fernando Montiel.

-Fernando Montiel ha sido detenido, señora-agregó.

-¿Ah, sí?-replicó la señora con absoluta sangre fría. ¿Y por qué?, indagó.

-Por subversivo- contestó el policía.

-¿Qué quiere decir eso, señor?- dijo la señora.

El gordo y cuadrado no pudo contestar, se puso rojo de vergüenza. Dijo:

-Tenemos orden para ingresar a los talleres del periódico.

-¿Orden de quién?-replicó la dama.

-Del prefecto.

--¿Y eso por qué y para qué?

El hombre gordo y cuadrado que no pudo decir palabra acerca del significado del término «subversivo» le dijo que la finalidad era incautar los ejemplares y demás materiales de la revista de Fernando Montiel que se imprimía en los talleres de *El país*. A la señora la noticia le cayó muy mal. ¿Allanar su casa? ¿Su propiedad? ¿Esos tipos querían entrar en su casa a manosear sus cosas? ¿Con qué derecho? La señora que desde el principio se sintió mal con la presencia de esos sujetos, en ese momento sintió furia y repulsión. Esos que estaban a un metro de distancia de ella, en la vereda, no entrarían. Ella, que admiraba las ideas nuevas si estas tenían como meta el progreso de la humanidad, esposa del jefe del partido conservador, primer elector desde hacía tiempo, que proponía candidatos para el nombramiento de autoridades, que además era hermana de los más poderosos empresarios de la ciudad, dueños de una red de casas comerciales en la provincia, no iba a permitir semejante incursión. ¡Sería una afrenta! ¡Una estupidez! Llamó al jefe de taller y cuando este se hizo presente, tal como estaba con su mandil de cuero y sus manos manchadas de tinta negra que olía a la distancia, le dijo:

-Que vengan todos, agarren palos, lo que sea, estos esbirros quieren invadirnos. ¡Eso es, invadirnos porque no tienen orden del juez! Tampoco saben lo que hacen.

PASABAN LAS HORAS. Fernando Montiel vio salir a la comisión de los obreros y artesanos cabizbajos, cada cual con el sombrero en la mano lo que le hizo sospechar que no obtuvieron resultados favorables; los vio caminar hacia donde él estaba encerrado, se acercaron a la puerta, agitaron las manos a manera de saludo,

quisieron pasar, pero les impidió el guardia civil apostado allí. Cruzaron palabras de aliento: «Estamos con usted doctor, no se preocupe, no nos van a derrotar».

Luego se fueron. La mañana se fue gastando, pasado el mediodía vio en el patio a su tía Josefina, avanzó hacia él, quiso entrar, e igual, como en el caso de los obreros y artesanos, el guardia civil que se apoyaba de cansancio en su fusil le dijo que tenía órdenes de no dejar pasar a nadie, el preso estaba incomunicado. Tía Josefina le alcanzó un paquete con la comida y una gaseosa, estaba muy contrita, casi a punto de llorar. «No se preocupe», la animó Fernando, «todo se va a resolver bien», ella se fue. Al verla irse triste, con su adorable cabeza encanecida, tuvo pena. Pensó en su madre a quien no conoció. Pensó en sus hermanas. Pensó en sus amigos. Un calor hirviente le mojó el corazón doliéndole como una espina. «Si Chantall y Michelle hubieran estado aquí», se dijo, «habrían venido las dos. Pero es mejor que se hayan ido lejos, así no pueden verme preso. Miami y España no están a la vuelta de la esquina».

Fernando Montiel había pensado y aún seguía pensando en muchísimas cosas, todas relacionadas con su detención. «Por qué tanto pensar, para qué», se decía, «lo que me está pasando es usual en toda democracia bárbara e inútil. ¿Caer preso, como un delincuente por leer a Constantin Kavafis? ¿Es delito leer a César Vallejo? ¿Merece pena de prisión ser escritor?» El orden viejo se rearcaizaba, se hacía cavernario y más bárbaro y cruel. En la ciudad capital, donde funcionaba la Asociación de Artistas y Escritores, quién no sabía, quién no comentaba que al profesor Dante Bottino, el ministro lo subrogó de su plaza en el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe, por haber explicado en una clase de Literatura Peruana, la

vida de César Vallejo y había dado a leer a los muchachos poemas de *Los heraldos negros* y *Trilce*, e igual por haber mencionado, ¡solo mencionado! a José Carlos Mariátegui y su libro: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Fernando conocía al hijo de Dante Bottino, habían hablado mucho de su padre, de libros, de textos que admiraban y de los que se sabían de memoria muchas páginas. También habían tomado café y pisco en el local de esa institución que era hermoso para soñar en aventuras, declamar, beber vino con las damas que eran poetas, profesoras de literatura, actrices, cuentistas, bailarinas de ballet clásico, intercambiar ideas, aunque el hijo de Dante era tímido en este punto, quizás por el trauma a consecuencia de lo sucedido a su padre que estaba ya muerto.

Se gastó la mañana irremediamente. «¡Qué se va a hacer!» se dijo Fernando Montiel furioso, impotente. También la tarde fue declinando, el sol se ausentó del patio, ya nada nuevo había para mirar. Le aburrió todo lo que vio y seguía viendo de ese edificio antiguo y hermoso, propiedad de alguna familia muerta o que migró a la capital o quizás al extranjero, o que al empobrecer lo tuvo que vender para seguir subsistiendo, con patio que antes seguramente fue bonito, situado en terreno bajo y el despacho estaba arriba y a este se accedía por una escalera de piedra de granito con gradas excelentemente labradas por alarifes indios, con balaustradas a ambos costados que en sus partes iniciales y finales tenían una enorme bola, también de piedra. Ese paisaje se le hizo insufrible, quería irse, salir, huir, ponerse fuera del alcance de toda esa podredumbre con el prefecto ignorante y borracho, el policía y empleados. La tarde fue expirando. Los empleados empezaron a irse y en instantes todos se fueron caminando como sonámbulos. El viento soplaba doblando

los geranios del patio, que en sus macetas florecían inocentes e ignorantes de todo cuanto estaba sucediendo. No había indicios de lluvia, el cielo estaba pálido, con retazos de nubes que iban cambiando de colores; la tarde expiró. Las cosas se hicieron borrosas, el aire pesado, los pájaros piaban, se llamaban los unos a los otros, no querían estar solos, les daba miedo el silencio, la oscuridad, la soledad de la noche que se iba descolgando sobre la ciudad; de rato en rato rasgaban el cielo bandadas de pericos que al pasar volando daban gritos como niños durante el juego. Fernando miraba todo eso, su mirada era distante, le ardía el pecho, tenía amargura, anocheció. Se encendieron las luces, el guardia civil que estuvo apostado en la puerta, todo el tiempo inmóvil como si fuera un muerto, apoyado en su fusil para no dejarse vencer por el cansancio se fue al ser relevado por otro igualito a él que también se apostó en el mismo sitio. El prefecto no se fue, vivía allí con su familia en las piezas interiores de ese enorme edificio. Se cerró el despacho donde todo el día no había dejado de sonar el teléfono con llamadas de muchas partes, transmitiendo voces de autoridades, personajes influyentes, de políticos, senadores, diputados, del padre de Fernando, de intelectuales, del director de *El país*, todo ello que mantuvo en suspenso lo que le debía suceder al aprehendido abogado y profesor del colegio de varones, Fernando Montiel, calificado por la autoridad máxima de la ciudad, como un subversivo de alta peligrosidad. El prefecto estaba empeñado en que debía ser remitido a la ciudad capital, para que las instancias superiores lo juzgaran, pues el acontecimiento del que había sido protagonista era grave y agraviaba a la democracia, eso decía en su informe. Su obsesión formó un nudo, un terrible problema difícil de ser resuelto porque las voces que estuvieron machacando todo el día y aún seguirían opinaban de modo distinto.

A las diez de la noche tocaron con fuerza a la puerta de la prefectura, también el timbre chilló incesantemente. Allí, en la calle, en la vereda, estaban los abogados jóvenes del Colegio de Abogados con su presidente a la cabeza. Traían la decisión del primer ministro, pues muchos personajes, intelectuales, escritores, periodistas importantes de la capital que habían atendido el llamado de su institución y la de los obreros y artesanos opinaron que el prefecto había cometido un injustificable error al haber hecho un uso abusivo de la autoridad de la que estaba investido y lo presionaron para que anulara su decisión. Fernando Montiel debía ser puesto de inmediato en libertad.

CAPÍTULO XIII

PASARON LOS AÑOS. ¿CUÁNTOS? No interesa cuántos. Lo innegable fue que pasaron. Un día y una fecha amanecieron lucientes después de una lluvia que duró toda la noche. La mañana se desplegó cristalina, azul. En la verde flora de jardines, patios, parques y avenidas, las gotas de rocío rodaban lentas, de una flor a otra, de una hoja a otra. Eran abalorios. Daban la impresión que al caer emitían música. La cristalería y joyas de la ciudad se pusieron a vibrar, las cucharillas en el desayuno, el agua humeante al caer en las tazas, el azúcar color de abeja. En los patios, alguna gotera rezagada caía con un intermitente ¡plop! ¡plop! en el agua estancada de un cántaro de caderas brillantes.

En algún punto de la ciudad salida de la fiesta musical de la lluvia nocturna, en un estudio, tibio por los leños de eucalipto que ardían en una chimenea, frente a un patio de muros rosados, columnas con eco sevillano, palmeras enanas, espadañas, trinitarias en flor... Allí Fernando Montiel, junto a una vieja máquina de escribir, alta la cabeza, la mirada fija en un lugar que solamente él conocía, con camisa de franela negra a cuadros, en su sien la mano derecha que sostenía sus anteojos. ¿Reflexionaba? ¿Soñaba? ¿Recordaba? ¿Imaginaba? ¿Tenía su pensamiento en cero?

Lo que pasó, pasó. Lo que estaba pasando, también pasaría. Pasaría al recuerdo la espina, ardiente como la púa larga y escamosa del cacto que todos llamaban «la vizcaína», que Blanca Morin llevó clavada por meses en su lindo y joven corazón, pensando contradictoriamente, a ratos con rabia, a veces con emoción y ternura, en

Fernando Montiel, en cómo habría sido la vida de los dos si ella se hubiera casado con él. De tanto pensar fue descubriendo que la vida no era como hasta entonces había soñado; que el amor no era una verdad sencilla. No justificó la invención del noviazgo que nunca existió, así como tampoco no le perdonaría a ese hombre extraño, llamado Fernando Montiel, no haberle dicho nada acerca del amor. Así y todo renunció a olvidarlo porque le era grato el ardor de una pasión desconocida que implantó en su corazón. Blanca Morin se quedó mirando el mundo desde una torre de cristal blindado tratando de saber qué era el amor, qué era la mujer, qué era ser mujer.

ESCUCHA, SE DIJO FERNANDO MONTIEL. ESCUCHA LAS VOCES de la ciudad. La voz de los hombres apasionados que actúan como caballos enloquecidos por la pasión que les quita el sueño y aguijonea como la espina de las vizcaínas. Escucha la voz de los vencidos y maltratados que reptan por el pavimento de las calles; calles con miles de huecos mil veces parchados, pero siempre rotas, lo que las hace iguales hasta casi ser hermanas del hombre... Escucha la voz tibia de las mujeres que despiertan, un rato descansan al salir del sueño, se deshacen empujándola o pateándola de la ropa de cama, estiran sus brazos, sus jóvenes piernas, suspiran, bostezan, se alisan con las manos los cabellos en escombros, salen del lecho arrastrando una albura de sábanas que se resisten a abandonarlas por amor a sus primaverales desnudeces y se deslizan por el piso como huellas de granizo del tiempo que presagia las grandes lluvias... Escucha. Escucha la voz del trueno anunciador de catástrofes, hijas de espesos nubarrones del resentimiento de los vencidos y

humillados que acumula el cielo siglo tras siglo. Escucha. Escucha a tu corazón. Escucha tu propia voz... Escucha la voz del futuro insondable, al que la misma historia no puede intuir, adivinar o presagiar.

Cogió un bolígrafo –dentro de un vaso de cerámica tenía muchos, de diversos colores-. Hurgó con su mano derecha en cuadernos, libros, fotocopias de libros, artículos, separatas, entre cuartillas, buscando una hoja de papel en blanco. Eligió una para escribir las ideas que le bullían en su cabeza. Pero su mano se detuvo en el aire, el bolígrafo entre sus dedos horadó el vacío como una pequeña lanza porque de abajo, del salón, de la biblioteca, del comedor, de la cocina o del atelier o de la sala de danzas- Fernando no lo pudo precisar- ascendió la voz de tía Josefina en tono de urgencia. De mando:

-¡Fernando! ¡Una sorpresa! Apresúrate, baja. ¡Date prisa!

Fernando Montiel bajó presuroso. Recaló en la sala. Allí estaban su tía y Alicia. ¡Oh sorpresa! Él que minutos antes estuvo embobado reflexionando como un filósofo, sintió que el corazón se le salía.

«Vaya sorpresa», se dijo, «como para matar a un toro». Lo que el tiempo se llevó, no solo el recuerdo lo devolvía, sino el mismo tiempo. El desborde del recuerdo le devolvió la tarde del primer beso, del olor de las flores de la madre selva, la fiebre del sol, el roce de un cuerpo femenino en crecimiento, al que la fuerza de la vida lo iba modelando dotándole de hermosas redondeces, con perfume de la ropa recientemente lavada. ¡El beso! Los labios de la Alicia de aquel tiempo ido, las sombras palpitantes de los almendros del jardín. Ahora, esa Alicia que estaba de

regreso, le estaba mirando; y, era una mujer en la edad de una fruta en su punto, adorable. Codiciable.

-¿Alicia?-dijo con voz sorprendida, casi susurrante porque no pudo decir otra cosa.

Al abrazarla sintió lo que antes no gozó. Los senos de ella se aplastaron contra su pecho, después del abrazo sus manos se quedaron en las suyas por un largo rato, su belleza de fruta le embriagó no de sueño sino de vida real. ¡Su cara, su cabeza con rizos de bronce, su cuerpo al que cubría un traje elegante de seda! ¿Qué podía decir? No encontró la palabra o las palabras exactas para describir su emoción. La voz de tía Josefina interrumpió su delirio:

- Alicia ha regresado para vivir aquí.

Fernando escuchó a su tía como si ella le hubiera hablado desde las nubes.

-¿Sí? ¿Es verdad que te vas a quedar?- dijo por decir dirigiéndose a Alicia.

-Es cierto- le respondió ella. Mi marido ha sido nombrado vocal de la corte.

-¡Te casaste!-exclamó Fernando abriendo los ojos con exacerbada sorpresa.
¿Quién es tu marido?

-Todo es una historia muy larga. Ya les iré contando. Lo cierto es que viviremos aquí, aunque no sabemos por cuánto tiempo. ¿Y tú, Fernando? ¿Qué haces? ¿Tienes novia? Tuve noticias de que te ibas a casar, sí, con una chica, oh Dios, Diosito lindo, ¿su nombre? ¿Creo que lo he olvidado? No, claro que no. Sí, se llama Blanca Morin.

Mientras Alicia fue diciendo estas cosas desde el sofá donde se había sentado, Fernando se sintió lejos, estaba en la tarde del beso, con la risa de Chantal y Michelle que los sorprendieron. Pero retornando de su ensoñación, dijo:

-Ese noviazgo, ¿qué dirás?, fue una hermosa mentira. Alguien o muchos la inventaron. No existió jamás. Blanca Morin nunca fue mi novia. Es para caerse de espaldas, cuando nació esa novedad y la gente la propalaba por la ciudad yo a ella no la conocía. ¡Créeme!

Alicia no hizo ningún comentario. Apenas dijo con cierta displicencia:

-¡Cosas y casos que suceden en la vida! Suceden, pero luego qué.

Preguntó por Chantal y Michelle.

-Ya no están-le respondió tía Josefina. Repitió lo que le dijo a la prima Esperanza Martínez el día de su visita al retornar a la tierra nativa, que Chantal estaba en España y Michelle en Miami.

-Al verte se habrían alegrado, las dos te quieren mucho, mucho.

Al rato, Alicia como saliendo de una duda, preguntó:

-¿Escribes, Fernando?- Yo adoro a los escritores. ¡Quién me creería! Alguna vez soñé casarme con un novelista, sentirme orgullosísima ante el mundo cuando le otorgarían el Premio Nobel. Eso, aunque dicen que un escritor es una persona muy complicada, que por tanto vivir con él es muy difícil, no sé. Pero alguien debe saber. Dicen que todo escritor es un hombre enigmático, mentiroso, cariñoso, sensual,

proclive a la soledad y al egoísmo, que nunca deja de tener problemas de dinero, no sé, ¡no sé!... ¡Dios!

Fernando dudó en darle una respuesta. La apreciación que Alicia acababa de hacer del escritor le confundió. Empero, algo tuvo que decir:

-Escribo para *El país* y no me tomes por un conservador. Escribo de acuerdo a cómo pienso y observo al mundo, eso lo sabe don Ernesto Salazar, él me ha brindado una columna sin condiciones y yo escribo lo que debo y deseo escribir.

Alicia no dijo nada. Paseó su mirada por la sala como escrutando el paso del tiempo.

-Perdónenme-dijo tía Josefina. Voy a salir para preparar algo. Vamos a brindar por tu regreso.

-¿Has venido con tus padres? ¿Vas a vivir en la casa de al lado?-le preguntó Fernando.

-No-, contestó ella. Mis padres están ya viejitos y se han quedado en casa. Por otra parte, esa casa nunca fue nuestra, sino una que tomamos en alquiler. Ahora hemos rentado una frente al parque de la iglesia de Belén.

Tía Josefina entró con una bandeja con tres copas de vino y empanadas frescas.

¿POR QUÉ FERNANDO MONTIEL antes del llamado de su tía Josefina, buscó casi con desesperación un bolígrafo y una hoja de papel? Sucedió que columbró una luz en

sus especulaciones. Los protagonistas del desborde popular, olvidados por siglos, conquistaron un espacio en la vida y la imagen del país cambió drásticamente. Se produjo el derrumbe del antiguo régimen. Pero los especialistas no querían ver los fenómenos nuevos solo Dios sabía por qué. No les interesaba el caos que siguió al desborde. ¡La anomia! El desborde es un desembalse, se dijo. Cinco siglos de vida negada al romper su dique ha precipitado un aluvión humano con su secuela de catástrofes. ¿Cuál es el remedio? Humanizar a esa tempestad humana, instruirla y dotarle de instrumentos para crear un nuevo orden en un futuro también nuevo y evitar toda clase de conflictos, en una palabra eliminar la crisis, la discriminación que no es solo racial, sino el choque de civilizaciones. Este era el tema que había querido anotar para desarrollarlo en los siguientes días, cuando la voz de su parienta le instó a bajar al salón...

Transcurrida una semana después de la escena en el salón con su tía y Alicia, escribió un artículo que publicó *El país* y que días después fue reproducido por el diario más importante de la ciudad capital. La lluvia descansó. A la noche lluviosa le sucedieron días con escampe. El mundo se hizo lúcido, los glaciares brillaron en el horizonte. La ciudad continuó vibrando musicalmente como el corazón de tía Josefina Montiel que quería ponerse a cantar cada vez que trinaba el timbre din-don, porque le inspiraban los mil sonidos de las cosas que se ponían a vibrar: la cristalería, la locería y joyería de la casa; la vibración metálica de las campanas, de los relojes públicos empotrados en las torres de las iglesias al dar las horas, la musiquilla de los caramillos de los afiladores de cuchillos que recorrían las calles, de los cornetines de los vendedores de helados con aroma de frutas, de los niños

cantores que subían a los buses, inclusive le parecía música el brillo de las nieves de la cordillera azul.

Por esa colmena musical caminaba Fernando Montiel, con destino a la Escuela Normal. Por los balcones y ventanas caían a la calle el sonido de los celulares y teléfonos fijos, las melodías de las radios, los acordes de piano que no podían ser apresados. Todo eso le hacía imaginar juegos de agua, colores en vuelo, almendros en flor; su imaginación recreaba las pinturas de Botticelli, las melodías de Vivaldi e inventaba laberintos de personas, sonidos, arquitecturas, imágenes, ciudades, todo eso que no tenía fin... Por donde asentaba sus pasos había una red de cuerdas sonoras como las de la guitarra de Jaimito Cáceres, que a esa hora quizás ponía fin a su taza de café con bizcochos, revisaba sus cuadernos de música, sus partituras, perfeccionaba la escritura de sus composiciones, improvisaba con su guitarra músicas que le salían del corazón o elevaba sus preces a Dios o hacía tal vez qué. Llegó a la puerta de la Escuela y ya no fueron los sonidos de los teléfonos y radios, de los cornetines y timbres, de las campanas, que le atravesaron el pecho. Cruzó el umbral; y adentro, en la galería que rodeaba al patio, un niño de diez años hacía vibrar una batería de jazz. Corros de chicas y chicos llevaban el compás con el cuerpo al mismo tiempo de hacer palmas. Gritaban de alegría, bailaban, se reían felices. No era para menos, el niño, nieto del músico que era director de la *Orquesta Gonzales*, cuyo local estaba a dos cuerdas al este de la Escuela Normal, tocaba como un consumado experto. Se sentía en la gloria, le brillaban los ojos, sonreía. No daba señales de fatiga, sino de mucha fuerza. Fernando tramontó la segunda puerta y desembocó en el segundo patio. Allí reinaba el silencio. Las aulas tenían

las puertas cerradas, de algunas salía la voz de un profesor o profesora. Caminó hasta el aula cuyo número tenía anotado en su vademécum e ingresó. Se extrañó al no encontrar a nadie que le presentaría a los estudiantes. No le importó. Los muchachos y muchachas que habían estado conversando, riendo, escribiendo, se quedaron quietos y a la expectativa. Cesó todo bullicio y movimiento. Fernando se presentó a sí mismo con frases escuetas. Un joven le preguntó su nombre y cuando lo dijo todos se le quedaron mirando.

CAPÍTULO XIV

-¿QUIÉN ERES TÚ?

Ella, era solo una sombra. Una imagen entrevista en una duermevela en los días enervantes de verano o invierno que predisponen al sueño del que es difícil salir.

-¿De dónde vienes?

-De muy lejos. De un punto cerca del mar. Mi pueblo envejece en una campiña verde. Más allá es todo desierto. Arena y más arena, polvo y más polvo, que es como decir que mi pueblo vive con una eterna sed. Sed de agua y de horizonte que siempre se van por la carretera que lo parte por la mitad en dos, de sur a norte, de norte a sur.

-¿Tu nombre?

La sombra no respondía. Callaba. Se disolvía como una burbuja que estalla en el instante menos previsto.

Diálogos así vivía Fernando Montiel. Los fue imaginando después de un día de clases en la Escuela Normal, de vuelta a casa, cuando declinaba el día. Luego de cenar, acostado escuchaba sus músicas favoritas (no tocaba su guitarra eléctrica pretextando que estaba muy cansado). Cuando el sueño le iba invadiendo apagaba el equipo. Permanecía en su lecho sin moverse, en la oscuridad. Le llegaba el momento en que se sentía otro y entraba en diálogo. Diálogo mudo. En realidad monólogo. Todo lo decía solamente él. El otro, el interlocutor no existía, era él

mismo. Era él mismo, pero este él mismo era la imagen que representaba a una figura de carne y hueso: una chica real que era aún casi una niña.

Sucedió que al final de una clase, mientras los alumnos salían del aula, él se fue quedando porque la cremallera de su maletín se le atoró y no supo en qué guardar sus libros y demás cosas para irse. Al verlo padecer se le acercó una alumna.

-¿Me permite, señor?-dijo con su voz fina, que por suave parecía húmeda.

-Eres mi salvación -le respondió él. Muchas gracias.

La chica tomó en sus manos el maletín, observó la cremallera con detenimiento, la recorrió con su diestra a través de todo su largor; tentó con suavidad y repetidas veces el cierre, ¡y el milagro!, la cremallera funcionó.

-Ya está, señor-dijo la niña.

Después se fue. Salió por la puerta. Se disolvió en la amarilla luz de la mañana, con su vestido de dos piezas: una blusa azul-pálido y su falda blanca de tocuyo hindú. ¿Por qué no salió de inmediato tras las huellas de esa niña que le pareció no cierta? Permaneció en el aula sin causa alguna, sin recordar que en su bufete tenía para ese día y esa hora un asunto muy delicado. Mientras permaneció en esa inmovilidad, en su mente reapareció la imagen de la niña, sus manos no muy blancas sino casi rosadas, o casi con el color de las perlas, sus uñas pintadas con esmalte negro que estaba en moda, su cabeza con trenza francesa; sus ojos negros, que por brillantes parecían húmedos; su mirada, ¡esa mirada que seguramente a ella le hacía ver hasta el alma de las cosas! Así se dio cuenta. Se

dio cuenta que mientras exponía la lección, ella no le perdía de vista, parecía que no se le escapaba ninguno de sus movimientos, ninguna de sus palabras. Sus ojos le seguían por todas partes. Lo memorizaban. Con esta actitud ella era diferente de todas las chicas del aula; diferente también de todos los chicos. Se mantenía siempre atenta, siempre viva como una flor que queda incólume después de una tempestad de granizo y lluvia. A veces asistía enteramente de negro. Otras, de azul. El negro resaltaba sus manos, su rostro claro, su cuerpo espijado y arrogante.

En ese instante, en esa aula de la Escuela Normal desbordante de una luz amarilla de un día soleado y dulce, nació el diálogo-monólogo.

-¿Quién eres tú?

-Una que te cuida con su mirada sin saber por qué. Una que se alegra al verte, que se siente segura de sí misma al escuchar lo que dices imaginando lo que no has dicho o lo que vas y puedes decir... ¡Qué más puedo decirte!

-¿De dónde vienes?

-De un pueblo viejo en medio del desierto en cuya orilla verdean arrozales.

-¿Cómo es tu nombre?

-Ponme tú un nombre. Llámame como quisiera que con ese nombre me llamaras solamente tú. Si me das un nombre lo llevaré por toda la vida como un recuerdo.

¿POR QUÉ ALICIA NO ME CONTÓ que había traído a una hermanita? Se preguntó Fernando Montiel por muchos días. El deseo de saber por qué no se lo dijo, nació como consecuencia de una conversación real y fortuita entre él y la chica:

-¿Quién eres tú?

Ella medio que se avergonzó. Sonrió con alegría. Un poco demoró (quizás para ganar aplomo) guardando su Smartphone. Miró hacia adelante. ¿A la pizarra blanca, con la pantalla corrida donde durante la clase jugaron luces, colores, sonidos, imágenes? Dijo:

-Soy su alumna, señor. Me encanta su curso.

-¿Lo dices en serio? ¿Qué temas te gustan? ¿Los puedes decir?

-Ese tema de la *weltanschauung*, de *El Uno o el Otro* (de Soren Kierkegaard), eso del *no lugar*, del *no casa*, del *no cobijo*. Todo. ¿Todo es poesía? Me fascina el tema del *sí mismo*.

-¿Te gusta el tema del *no lugar*?

-Sí. Ayuda a descubrirse a sí mismo y descubrir al otro.

-Para mí el tópico del *no lugar*, es del mundo del desamparo y de la desesperanza. El *no lugar*, es el mundo de la soledad, que infunde mucho miedo. Yo pienso que allí nacen los terrores.

Luego de pronunciar estas palabras, Fernando Montiel se quedó asombrado. «¿Qué le he dicho?», se preguntó. «No he debido hablarle de ese tema y en la

forma como lo he hecho». Pero ya lo había hecho. Ya nada podía hacer. Le era imposible recoger sus palabras. A continuación se dijo: «La imagen de ella equivale a un feliz presagio. ¡El mundo del amanecer con un futuro nuevo! ». Dejó pasar un rato para decirle:

-¿De dónde eres?

-De muy lejos- le contestó ella. Mi pueblo está junto a un río grande y siempre turbio, con un puente larguísimo igual al que se nos aparece cuando estamos en el sueño y nos da miedo. Es polvoriento por ser muy viejo. Más allá, después de la estrecha campiña, por el norte, por el sur, por el este y el oeste, está el desierto; de ahí vienen el polvo y el viento que no cesan ni de día ni de noche. La carretera que pasa por el medio lo parte en dos. El mar está cerca. La playa es llana y blanca.

-¿Cómo es tu nombre?

-¿Por qué me lo pregunta si usted lo sabe? Yo siempre digo: ¡presente! en voz alta para que usted me escuche cada vez que lee la relación de los alumnos para anotar las inasistencias. Lo que pasa es que nunca me mira.

-Discúlpame si no he sido atento contigo, a veces me gana mi carácter de distraído. Te prometo que en adelante estaré atento. ¿Cómo te llamas?

-Aurora...

-¿Aurora? ¿Solo Aurora? ¿Aurora qué?

-Aurora Vassallo Ripalda.

Fernando Montiel pestañeó y se calló. Ella se dio cuenta de su sorpresa, dijo:

- Alicia Vassallo es mi hermana. Es su amiga, ¿verdad? Ella me habla de usted, señor. Sabe que es mi profesor de Filosofía. Se lo he contado.

Fernando Montiel quedó profundamente impactado. El nombre de esa belleza en ciernes era la antípoda del *no lugar*. *No lugar*, madre y origen del sufrimiento y del miedo. En tanto que el nombre de Aurora era el de *un futuro nuevo en un lugar*. Era la tierra prometida. El orto. Un futuro feliz.

LA PUERTA SE ABRIÓ CON MUCHO CUIDADO, lentamente. Fernando Montiel hablaba por teléfono con un cliente que le había llamado de la provincia vecina. Sonia dejó escapar un ¡ay! de sorpresa, se detuvo con sus dos pies dentro de la oficina y su diestra cogida de la perilla de la puerta, indecisa entre avanzar o volverse y aguardar otro rato, permaneció así entre el bullicio que venía de la calle, y el chasquido del periódico que tenía en su mano izquierda, hasta que al fin Fernando terminó de hablar y sonó el ruido del fono cuando él lo colgó.

-Sí, Sonia-dijo Fernando volviéndose hacia su secretaria.

Ella se soltó de la perilla a la que estuvo asida como eludiendo un peligro, avanzó hasta el escritorio.

-Mire, doctor. Lea lo que dice *La hora*- dijo alarmada.

-¿Algo malo? ¿O algo demasiado bueno?-bromeó Fernando.

-Es un artículo que no me gusta nada, ¡de verdad!-contestó Sonia alcanzándole el periódico. Es una cosa que debe ir directamente a la basura. ¡Sin misericordia!

-Está bien. Lo voy a leer, gracias. Entretanto, por favor, tenme listo el caso de las vivanderas del mercado central dirigidas por la señora Amalia Cabana. En media hora debo estar en la Corte.

Al quedarse solo se puso a revisar el diario. En la primera plana no encontró nada alarmante; en las páginas interiores destacaba una crónica sobre un puente que había sido dinamitado por los terroristas y habían quedado aislados pueblos importantes que corrían el peligro de quedarse sin combustible, medicinas, alimentos, así como tampoco podrían exportar sus productos por lo menos durante seis meses, tiempo que demandaría la construcción de uno nuevo. «¿Esto ha alarmado a Sonia?», se preguntó. Retrocedió y se dio con la segunda página. Allí, en la sección editorial estaba el artículo motivo del disgusto de su secretaria. Era un balazo disparado a quemarropa contra él. El texto firmado por uno llamado Néstor Espinoza era extenso. En una parte decía: «¿Qué induce a un individuo que perturba la democracia para asumir la cátedra de filosofía en un centro superior cuya misión es formar educadores?» Abundaba en insidias; Fernando comprendió el porqué de la publicación en la misma fecha de ese artículo de mala fe y de la noticia de la destrucción del puente por los terroristas. La intención ruin era visible, el atentado había sido asociado a su cátedra. Por unos instantes la cólera le invadió, pero luego la serenidad retornó a su espíritu. Pensó: «¿La respuesta de rechazo a esta infamia vendrá de alguna parte? ¿De los intelectuales, obreros o estudiantes?» Su balance llegó a un resultado desfavorable. «Las ideas han sido

desmontadas por el régimen», se dijo, «Nuestro mundo ha sido desideologizado por la política del dictador, hoy prima la individualidad que prevalece deslumbrada por el consumismo a la que se rinde la subjetividad... Más vale no pensar en esta desolación». Siguió volviendo páginas, sus ojos se detuvieron en un título: *¿Aún estamos vivos?* Era un artículo firmado por Manolo Reina. En una parte decía: «En este contexto de corta duración el intelectual o ciudadano que piensan y aún festejan que las ideas han muerto, se equivocan. Todo el mundo sabe que los bordes son resistentes. Están surgiendo inéditas formas de resistencia tanto aquí como allá» Fernando respiró fresca. «¿El artículo se lo habría dejado a *La hora* antes de volver a la capital?», pensó. «O se lo ha enviado luego de escribirlo?» Sus pensamientos se pusieron en suspenso. Extrañó con dolor a Chantal y Michelle.

CAPÍTULO XV

UNA OLA DE INTENSO CALOR ENVOLVIÓ A LA CIUDAD. Florecieron las acacias rojas. Igual, las plantas de clima tórrido traídas de lejos. Flores, florones amarillos, rojos, rosados, blancos, reventaron en cercas, muros perimétricos, jardines, parques, avenidas. Ese escampe cálido de comienzos de diciembre con cerezos que se iban llenando de frutos en la campiña provocó dos reacciones. Los adoradores de la naturaleza se preocuparon mucho. Es el calentamiento global, dijeron maldiciendo a toda forma de agresión al medio ambiente. ¡Nuestros glaciares van a desaparecer! ¡Santo Dios! A otros no les importó. Pero cuando el río que partía en dos a la ciudad bajó de la cordillera, cargado, turbulento y barroso debido al deshielo y a las lluvias torrenciales, arrastrando restos de árboles, de casas destruidas, y cadáveres de animales, la ciudad se puso nerviosa, mucho más cuando los periódicos trajeron noticias de destrucciones espeluznantes. Los islotes del río con pasto y alisos de verdor transparente se inundaron de lodo. Allí ya no podrían retozar los domingos. A diferencia de todos, a la señorita Esperanza Martínez, le inspiró organizar una velada literario-musical en su Escuela Normal.

La noche de un jueves, a las 6.30 de la tarde, la escuela abrió su portón adornado con un arco de flores aderezado por los alumnos. El público fue ingresando: damas, señores, funcionarios, empleados, gente de negocios, la juventud, amigos, padres y parientes de los estudiantes. En el segundo patio se fueron instalando en sillas, frente a un escenario armado en una galería del costado norte, en el mismo sitio donde el P. Augusto Fernández oficiaba la misa en las fechas de celebración. Una música suavísima saturaba el aire que olía a flores de limonares; era como una

inasible lluvia de frescura que flotaba en vaivén armonizando con la luz de un azul pálido y rosa de los tubos de neón instalados en sitios no visibles. A las siete, cuando poquísimas sillas estaban vacías, un grupo de alumnas apareció para entregar a cada asistente un ramillete de los muchos que portaban en un cesto tejido con filamentos de sauce. Instantes después, la dama de hermosa ancianidad, directora de la Escuela, se puso en pie, se apartó del grupo de la plana docente sentada en la segunda fila de sillas -la primera la ocupaban los notables e invitados especiales, entre ellos los hermanos Montiel: Simón y Josefina- subió al estrado, dijo palabras de saludo y presentó la velada. Cuando terminó de hablar llovió papel picado de colores sobre el público. Sonaron aplausos. Empezó la velada. La luz azul se hizo tenue, una niebla se esparció por el aire. El público se transportó a una irreal-realidad. Olvidó tensiones y problemas. Se sintió mecido como si pronto iba a entrar en el sueño. En el escenario, de la niebla surgió una dama de azul y blanco, puro cendal, cantando *El cóndor pasa*, acompañada de un violín que trinaba como un pajarillo en el feroz invierno, entre glaciares. Luego aparecieron niños y niñas vestidos de mariposas y pajaritos jugando a posarse dando saltos en los arbolitos de un huerto con luz que al brotar del suelo ponía a arder al follaje de un prado donde brillaba el rocío; después vino un poeta que declamó sus versos que transportó a los escuchas a huertos marinos, a una cena en un jardín, y así, hasta que el público volvió a sentirse habitante de la tierra cuando el saxo de la *Orquesta González* ejecutó un jazz y otro y otro, con timbales y sonoridades de metales arrancadas por el niño que una mañana, en la galería del primer patio mantuvo suspendido del encanto a todo el mundo con su pericia de un experto tocador de batería. Luego, en un momento que a nadie le pareció que

transcurrió, emergió una bailarina , Su cuerpo era una luz en movimiento; se movía al son de la sexta danza húngara de Johannes Brahms; en sus manos y cabeza, en la gracilidad de su figura que ritmaba la danza, estaban todas las melodías de los violines zingaros, suspirando y deshaciéndose en pétalos que emergían de sus pies que no parecían pisar tierra sino deslizarse por el aire. En un instante una pantalla se encendió en el fondo del escenario y apareció un paisaje vivo, en primer plano un trigal, el viento lo peinaba y las espigas se alisaron ondulando y esa palpitación se fue extendiendo y el trigal entero fue un mar de oro ondulante hasta el infinito donde había montañas azules con glaciares de los que caía un torrente en un atardecer, y surgió un pastor tras un rebaño de ovejas que desaparecieron caminando por un sendero que finalizaba en un punto que nadie pudo precisar. La bailarina extendía sus brazos, sus manos eran avellanas que aleteaban. Su rostro en actitud de beber el aire, su nariz un punto de luz... La música afiebraba a cada uno de sus movimientos y entonces ella pareció volar en círculo, sus brazos se curvaron en actitud de abrazar el universo; sus manos, en ese instante, hicieron el gesto de coger estrellas como si fueran manzanas. El violín incendió sus notas, y cuando la artista, hizo un movimiento con la cabeza en dirección al cielo, se le vio la cara. ¡La bailarina era una niña que parecía un ángel!... El público no pudo contenerse más, rompió en un estruendo de asombro y la aplaudió con frenesí, porque cuando terminó la danza, la gente comprendió que el arte eleva a la criatura humana y le induce a soñar con lo que puede ser. El violín calló, la bailarina se desvaneció. Pero el público puso el grito en el cielo pidiendo que se dejara ver, entonces, ella vino, con sus lentos pasos de seda se acercó, se puso al borde del escenario entre las candilejas, se inclinó tres veces hacia la multitud feliz, en señal

de agradecimiento, luego se irguió con arrogancia. Era Aurora que en un segundo se esfumó.

Luego lentamente, en ese espacio penumbroso de oro pálido y azul se fue dibujando una figura humana. Cuando se disipó la atmósfera humosa se delineó la figura de un hombre delgado, de elevada estatura, vestido enteramente de negro; la americana le ceñía el pecho y su camisa de cuello redondo, debajo de su mentón tenía una mancha blanca brillante. Era Jaimito Cáceres sin su ropaje de seminarista; su palidez era como la de los huesos, y le aureolaba la seriedad de un santo. Un instante se movió, dio pasos cortos hasta alcanzar una silla donde se apoyaba un violonchelo. Se sentó, tomó con sus manos el instrumento, pareció tomar aire, cogió el arco y empezó a tocar. El violonchelo emitió un gemido y siguió de largo. Era el sonido del agua que corre con irisaciones de plata y oro; y sobre el agua un cisne o muchos cisnes de altos cuellos inmaculados rielando como una danza de mujeres etéreas, todas vestidas de blanco, como en un medallón. El violonchelo sonaba quedamente como la voz de un joven que tararea con la boca cerrada, suave y lentamente, movido por la alegría de un alma serena ante la vida. La multitud respiró con pasmosa calma siguiendo la ondulación de la música que se elevaba, bajaba o se mantenía en línea, ondulaba, imaginando lo que tenía en el corazón o soñando lo lejano e imposible, conmovido por sus recuerdos o con su inteligencia reducida a cero o solo al amor. Jaimito terminó la interpretación de un pasaje de *El carnaval de los animales* de Camille Saint-Saëns. Se encendieron las luces. El aplauso sostenido del público lo obligó a ponerse de pie e inclinarse agradecido varias veces. Mientras tanto, envuelto por la niebla que volvió a opalizar el escenario se

fue deslizando una mesa blanca con una guitarra encima. Después de su tercera inclinación y del desvanecimiento de la niebla opalina, Jaimito Cáceres se irguió recogiendo emocionado la ovación. Cuando se apagó el último aplauso, retrocedió con calma, se puso detrás de la mesa en cuyo tablero reposaba la opulenta guitarra de madera marrón. Aún hizo otra venia hacia el público que permanecía sumido en un silencio profundo, luego se le salió un gesto como de quien hace la operación de arremangarse las mangas de la camisa; tentó las cuerdas. Luego de un instante en cero se inclinó sobre la guitarra con sus dos manos en alto que se mantuvieron en el aire por un segundo, para luego, en un santiamén caer como halcones sobre las cuerdas. Y empezó a tocar *La pampa y la puna*, no como todos, sino como solo él sabía, con la yema de los dedos como le había enseñado su maestro Osmán del Barco, discípulo del divino Pujol. Cuando terminó tocó el huayno: *Negra del alma / negra de mi vida*, después de esta: *Adiós pueblo de Ayacucho, perlaschallay*, y luego otro que hacía llorar a los enamorados de toda condición social que acudían a las fondas de mala muerte de los suburbios, junto al río y en los bordes de la carretera, donde los charanguistas, tocadores de guitarra, arpa, violín o flauta con sus melodías populares les calmaban el corazón. El público deliró. En su edición del día siguiente *El país* publicó un artículo elogioso sobre este evento firmado por Armando Roca.

CAPÍTULO XVI

CON EL RETORNO DE ALICIA también regresó un fragmento de la niñez de Fernando Montiel. El tiempo de su existencia que osciló entre lo que dejaría de ser para convertirse en otro de quien nada se podía saber. En su corazón nació una alegría en la que se mezclaron el dolor y la Alicia de sus nueve años que le ilusionaron tanto, haciéndole feliz en las escenas que el sueño inventaba distinto para cada noche. Pero lo que tenía que suceder sucedió. En algún momento llegó a su mente la terrible pregunta: ¿Existe la Alicia de mis nueve años? La respuesta surgió espontánea y sencilla. Esa Alicia no existía más. Estaba perdida o desaparecida para siempre. La Alicia que había regresado era otra. Sería una total desconocida si es que un hilo tenue la unía a ella, la amistad de niño, la amistad que en el tiempo ido, no era tal, porque ¿qué entienden los niños de la amistad? En esa edad todo lo que hay es una relación ingenua teñida de cariño y de algo que jamás nadie logrará definir. La Alicia que había regresado era definitivamente otra, una mujer a quien no conocía, porque era una señora, una mujer casada a cuyo marido tampoco conocía. Fernando se sintió muy solo. «Soy como un erial, se dijo; aún peor, un erial pese a la aridez y la quemazón solar tiene cactus que dan frutos jugosos y dulces; sirven de hogar a pájaros acostumbrados a las arenas, al viento, a la soledad». Si Chantal y Michelle hubieran estado en casa les habría confesado sus pensamientos. Empezó a escribir poemas.

LA OLA DE CALOR SE AGRAVÓ. Se intensificaron las lluvias. La lluvia se convirtió en una ola que se iba extendiendo por todo el país, inclusive caía sobre el litoral árido desde siglos, y había llegado a la ciudad capital a pesar de que en esa zona la estación era invernal. Esta ciudad extensa, construida en el desierto, con millones de habitantes y centenares de villas nacidas como hongos en los arenales empezó a padecer, fenómeno que se agravó con los atentados terroristas, que en el momento menos pensado hacían volar torres de alta tensión eléctrica y la gran ciudad quedaba a oscuras. En el norte del país estallaron lluvias torrenciales que en corto tiempo sumieron a las ciudades en pantanales y los desiertos donde se formaron lagos empezaron a cubrirse de vegetación.

Un sábado, en la tarde, hubo una reunión en casa de Fernando Montiel. Sucedió que él ganó un juicio que por años otros letrados no lo habían logrado. Juicio de interdicto de recobrar que una comunidad campesina le había seguido durante cincuenta años contra los abuelos y padres del exprefecto que hacía años lo había puesto preso por leer a Constantin Kavafis y César Vallejo. Fernando, de acuerdo con su padre y tía festejó la victoria. Sus invitados fueron un puñado de sus íntimos: Alicia Vassallo, Armando Roca, Leoncio López, cada uno con su esposa. Nadie más. Pero ocurrió lo de siempre, “un invitado trae a otro invitado”. El esposo de Alicia, el vocal Humberto Miranda se presentó con el juez Revelo y su esposa, la señora Zoraida Morin. Asimismo Alicia acudió con su hermanita Aurora.

-¡A que no te imaginas!-le dijo Alicia a Fernando, radiante de alegría, Blanca Morin iba a venir.

-¿En serio? ¿Ella aceptó?

-Ay, Fernando. ¡No te imaginas! Cuando se lo dije se puso como loca. Pero qué piña, por Dios, la pobrecita ayer se rodó de la escalera, en su propia casa y se ha torcido el pie. ¡Está enyesada!

A Fernando la presencia de Aurora le abrió las puertas del cielo. Ella había venido con un vestido color menta, zapatos color nube, en el cuello una cadena larga con eslabones de corazones dorados, en las muñecas pulseras de bisutería, de plata, las uñas con esmalte negro, el cabello suelto y en cada índice una sortija en forma de alas plateadas. Esa figura era la de una princesa que debía ser admirada con devoción de poeta. Sus ojos hablaban, sus gestos. Era un alma de rosa entre nubecillas, con los pies en la tierra, no estaba en el cielo, era una criatura de carne y de hueso. Fernando no estaba soñando. En el maremágnum de atenciones, él se acercó a ella o ella a él. Ninguno de los dos sabía ni lo supo nunca, que se habían estado buscando y en un momento coincidieron. Aurora no bebía ningún licor, cogía las mil delicias de bocaditos que paseaba la gente de servicio en sendas bandejas, y uno que otro vaso de refresco. Hubo un instante en que los varones formaron con las mujeres un círculo de conversadores para hablar quizás de la política, del clima, de chismes o Dios sabe de qué. Aurora se quedó sola en el sofá donde estuvo desde el principio. Fernando, que se sintió o se hizo el excluido del círculo se le acercó.

-¿Sigues pensando en el *no lugar*?- le dijo abordándola, en tono de broma, sentándose a su lado.

Aurora le miró con la sonrisa a flor de sus labios, la mirada brillante. Entendió la amenidad de la frase, se limpió la boca con la servilleta, puso su vaso vacío en la mesita del centro.

-No, señor-dijo. No pienso en el *no lugar*. Desde hace rato estoy pensando en su triunfo, ¡lo sé!, eso me alegra mucho.

Fernando que esperó que su respuesta hubiera sido otra, le respondió:

-Gracias, me haces feliz. Pero, por favor, no me digas “señor”, llámame por mi nombre o como tú quieras. ¿No me consideras uno de tus amigos?

-Pero quienes también deben estar felices son los comuneros-agregó Aurora.

Fernando, más extrañado por la forma cómo le seguía respondiendo, hizo esfuerzos por conducir la conversación por otros rumbos. Entonces hablaron de otras cosas. De las películas que exhibían las salas de cine, de la música pop, de la danza, del calor, de las lluvias, del río. A lo largo de la conversación, Aurora demostró serenidad al exponer sus gustos y apreciaciones. Fernando, advirtió además, que ella tenía una dicción diferente a la de Alicia. No deformaba como su hermana, el sonido de la “ll”, de la “y” de la “p” y de otras letras.

-¿Conoces el malecón?- le preguntó Fernando. ¿Has ido?

-Claro que sí. Me encantan el río, sus islotes, la espuma del agua, los árboles, los acantilados. Hay mucha diferencia con mi tierra. Si la mía no fuera como es, un desierto que se muere de sed, sino como la tierra de aquí, no sé qué diría, qué pensaría... ¡No sé!

-¿Pensarías ser la princesa del desierto?-dijo Fernando

Aurora simuló no haberle oído. Sonrió. Se quedó callada.

Fernando quiso hablarle de su danza. Pero, o no supo cómo comenzar o se dio cuenta que quizás ella no se sentiría cómoda. Se quedó con las palabras mordiéndole el pensamiento. Quiso, entonces, introducir en la conversación a Jaimito Cáceres. Desistió, porque pensó que eso para ella podría significar olvidar su danza. «¿A qué tabla de salvación puedo asirme?», se dijo. En otro instante que le pasó por su mente deseó hablarle de él mismo. Contarle sus problemas. ¿Acaso a sus oídos había llegado la noticia de su falso noviazgo con Blanca Morin? «Es muy posible que lo sabe, estoy seguro», se dijo. «Alicia se lo habrá contado, sabe también que ella pudo haber estado aquí, entre nosotros, en esta sala, si no se hubiera torcido el pie». Entonces quiso contarle de sus sueños. Esos sueños horrorosos en los que él se extraviaba en ciudades desconocidas, de sus pesadillas y riesgos que corría. De las gestiones que hacía en extrañas oficinas y que todas las perdía por negligencia de los funcionarios o por el tiempo y las distancias que lo devoraban. De los premios literarios que jamás ganaba, de sus ilusiones de casarse con tal o cual señorita que le inducían a proponerle matrimonio a la elegida en el mismo momento de conocerla para no perder tiempo, pero sucedía que nunca sucedía tal encuentro. Saliendo de ese interregno humoso, vencido por la emoción le dijo:

- Estoy escribiendo poemas.

-¿Sí?- exclamó Aurora con i entusiasmo. ¡Eso es la gloria!

-Le voy a encargar a Sonia el compuscrito.

-¿Quién es Sonia?-preguntó Aurora, anhelante y curiosísima.

Fernando iba a responderle. Pero en ese instante estalló un trueno. Se estremecieron las ventanas; el chisporroteo del relámpago hizo arder los cabellos y obligó a cerrar los ojos a los circunstantes. Nadie se había dado cuenta del oscurecimiento veloz del cielo, de la luz que repentinamente se había estado poniendo sombría. El trueno los trajo de regreso a la realidad a los conversadores en círculo, también a Fernando y Aurora.

-¡Ay, Dios, qué miedo!- gritaron las señoras.

No pudieron hacerse oír lo que fueron diciéndose. Instantáneamente cayó la tormenta con un estruendo que apagaba todo ruido. Solo se oía el aullido del viento y el tableteo de los granizos, tan grandes, casi como canicas.

SONIA SALIÓ DE SU CASA A LAS OCHO DE LA MAÑANA. Pisó la acera y la calle le hizo cerrar los ojos. Era una superficie que deslumbraba por blanquísima. Cuando su mirada se acostumbró, le pareció estar viendo una película con avenidas cubiertas de nieve.

- ¡Ay, qué frío!- se quejó.

Sus tacos se hundían y los granizos que habían formado placas se quebraban crujiendo como tablas. Dio pasos y sus tacos siguieron hundiéndose. Había poca gente de a pie, apenas campesinos con altas botas de jebe que hacían crujir el suelo

al romper los bloques de granizo que resistirían horas hasta derretirse. En las veredas, sobre la nieve, se iban marcando las huellas de los peatones, como agujeros. Por la calzada los neumáticos de los vehículos trazaban surcos de nieve manchados de barro negro. Sonia se vio obligada a tomar un taxi. En el recorrido vio calles casi desiertas. Las canaletas seguían escurriendo agua que al correr por las calzadas abrían surcos; había charcos. Vio techos cubiertos de una gruesa capa de granizo que tardaría en desaparecer, gente que a lampazos limpiaba las veredas para evitar que el agua se filtrase a sus viviendas. Se apeó a la puerta de la oficina. La calle del color de la hojalata vieja se estaba convirtiendo en una pista de nieve lodosa por el paso vehicular. Un poco se resistió la puerta, la madera se había hinchado por la humedad. Al interior se habían colado hilos de agua. Allí vio dos hojas de papel impresas. Las recogió. Eran volantes que habían sido introducidos por debajo. Los leyó de un tirón y un gesto de desagrado se marcó en su rostro. Dudó si hacerlos pedazos y tirarlos a la basura o mostrárselos a Fernando. Optó por lo segundo; pensó que él debía enterarse para saber manejarse frente a los que no lo querían. Al rato llegó en bicicleta el repartidor de periódicos, le entregó *El país*. Sonia lo revisó. Había noticias de los estragos de la tormenta. Numerosas casas antiguas del cercado tenían los techos hundidos; el peso del granizo había precipitado la ruptura de las vigas de madera envejecida; en otros casos, los canales de los tejados estaban taponados y la nieve al derretirse había originado goteras que caían sobre salas y dormitorios. En los suburbios los daños eran peores, las modestas viviendas habían colapsado en un número considerable y las demás estaban convertidas en lodazales. El servicio del agua potable sería restringido, las aguas del río que bajaba de la cordillera estaban barrosas y la capacidad productiva

de la planta había sido rebasada. Los reportes daban cuenta de la destrucción de plantaciones de maíz, legumbres, hortalizas, verduras y patatas; no se habían salvado los frutales, los melocotoneros habían perdido sus flores, igual los cerezos, debido al golpe aniquilador como de una lluvia de piedras de la granizada. En la ciudad había sufrido igual suerte la flora decorativa: flores, acacias, buganvillas, galanes de noche. No tenían ni hojas, ni flores, solo tallos. Las clases en los centros educativos habían sido suspendidas hasta la semana siguiente. Sonia se quedó aterrada. «Hoy es miércoles»- se dijo; marcó la fecha en el almanaque.

LLEGÓ A LAS ONCE DE LA MAÑANA en taxi, sin embargo tenía húmedos los zapatos y los bordes del pantalón.

-¿Qué pasó?¡- dijo Sonia viéndole imprimir huellas de agua con lodo en el piso del despacho.

-Ríete, Sonia. Quise venir como siempre, pero a media cuadra renuncié. La cosa es seria, ¿has leído los periódicos? Allí lo dicen todo, pero las radios siguen informando más desgracias.

Entró en su despacho. Apenas extrajo de su maletín fajos de expedientes, Sonia irrumpió diciendo:

-Estas hojas. He dudado en retenerlas Si las traigo es porque quiero ponerte al tanto de todo. ¡Son repugnantes! ¿Las dejo o las boto a la basura?

-Déjalas ahí-dijo Fernando.

Sonia las dejó sobre el escritorio. Ya solo, las cogió. La primera contenía un texto con título: AL PUEBLO. Contenía inmundas falacias. Quien o quienes lo habían redactado atacaban la reforma agraria, la nacionalización de los recursos naturales. Defendían el statu quo y combatían los cambios. En un párrafo decía: «Es aberrante la prédica del abogado Fernando Montiel. Este mediocre literato con ínfulas de pensador sueña destruir el mundo declarándoles la guerra a los propietarios en su peregrina búsqueda de la igualdad, ¿qué clase de igualdad? *El país*, debe haberlo expulsado hace rato». La segunda hoja tenía el título de: UN DIABLO PREDICADOR. Su prosa estrafalaria contenía mucho veneno. Decía: «¿Puede ser sincero aquel que siendo conservador funge de demócrata? Montiel no es campesino ni indígena, por consiguiente no conoce la vida llena de privaciones del trabajador rural. Él es *blanquito*, pero no de arriba; asimismo no es del sector popular y por tanto tampoco conoce los problemas de esta inmensa masa. Él se encuentra en el centro y por eso es ambivalente e inseguro. A nadie engaña el abogado Montiel; él es de extracción burguesa y vocero del ultraconservador diario *El país*. Jamás podrá ser sincero. El pueblo entero lo repudia»

Fernando pensó: «¿En qué quedamos? Los reaccionarios y sus ultras me consideran su enemigo mortal. Igual, los socialistas». Entendió que no le comprendían ni los de arriba ni los de abajo. Estaba en el centro. Corría el riesgo de ser triturado en cualquier rato.

CAPÍTULO XVII

SE DIO CUENTA QUE Armando Roca no le perdía de vista. Sus ojos azules estaban allí como en una especie de persecución solapada. Simuló, entonces, no ser el centro de su atención haciéndose el distraído. Eso le convenció. Le intrigó mucho y lo decidió a un calculado encuentro que no le fue difícil cuando averiguó en qué día y hora podían coincidir de acuerdo al horario. En la sala de profesores donde firmaban la entrada y salida se produjo el encuentro aparentemente casual, la mañana de un jueves, a las ocho. Al cabo de los saludos y cortesías de costumbre, Armando Roca le espetó que deseaba conversar con él. Acordaron que se encontrarían en la tarde de ese mismo día, a las cinco, en el *Palais Fénix*, la pastelería en la plaza de armas. Allí, los dos, cada uno frente a un café capuccino conversaron. Claramente, Armando Roca enmascaraba lo que realmente le interesaba decir, cosa que le fue fácil captar a Fernando. Le dijo que la *Peña cultural* tenía interés en que dictara una conferencia sobre un problema que estremecía al mundo, cosa que Fernando aceptó y de seguido fijó el tema; versaría sobre la rebelión de la juventud y la literatura de la angustia. La conversación no terminó. Armando Roca siguió vacilando hasta que al fin venciendo a sí mismo expresó que había otro tema que le preocupaba sobremanera. «¿Cómo andas en la Escuela Normal?», le preguntó. A Fernando le extrañó mucho su inquietud, pero le contestó diciéndole que allí se sentía bien. Pasaron segundos álgidos. Al fin Armando Roca le contó. ¿Qué sucedía? «Tengo allí a mi hija», empezó. «A ella le creo. Por eso me alarma lo que me ha contado. La alumna Aurora Vassallo muestra a sus amigas la copia de un poemario y la fotografía de su autor; les dice que el poeta es su amigo y que ella es la primera en leer sus versos antes de que se publiquen» Fernando no se alarmó y opinó que en eso no había nada de insólito. Armando repuso que estaba

de acuerdo con él, pero que había el peligro de que los alumnos por broma o mala fe le dieran la vuelta al asunto inventando que ella estaba de amores con el autor o algo por el estilo, cosa que podría traer consecuencias. Fernando no cambió de parecer, siguió diciendo que en eso tampoco había nada de malo. «Sí», le replicó Armando, «El autor de los poemas es un profesor de la Escuela; ella exhibe su fotografía». Fernando se puso serio. Permaneció dubitativo. En ese instante, su interlocutor dijo lo contundente:

-El poeta y profesor de la Escuela Normal, es un amigo mío a quien aprecio y no deseo que se le invente cosas para desprestigiarlo.

-¿Quién es?-preguntó Fernando, con celo.

Fríamente, como el jardinero que poda o el cirujano que opera, Armando dijo que se trataba de él. Que por eso, desde hacía días, había querido hablarle para prevenirle. Ahí terminó la conversación. Fernando no se confundió. Empezó a reflexionar. En primer término se sintió contento. Aurora era su lectora. Le estaba leyendo, cosa que significaba que estaba empezando a conocerlo. Su imaginación la mostró luciente, como a una princesa. No pensó en que la novedad podía desencadenar problemas. Pues, se dijo: «¿Acaso es mentira que en las universidades los profesores se enamoran de sus alumnas y estas de sus profesores?»... Se puso a hacer deducciones: ¿Dónde y cómo pudo conseguir Aurora una copia de sus poemas? Se acordó que él mismo le había dado la pista la tarde de la granizada, en su casa, diciéndole que Sonia se encargaría del compuscrito. ¿Y su fotografía? Eso le habría sido más fácil. El estudio fotográfico

de su amigo Rubén Sal y Rosas, exhibía en sus escaparates la foto de él y de mucha gente de la ciudad.

UNA SEMANA DESPUÉS SE REALIZÓ LA CONFERENCIA en el auditorio de la municipalidad, porque la *Peña cultural* no tenía. A las siete de la noche del día señalado el público rebasó el local. Fernando Montiel empezó mencionando la película *2001: Odisea del espacio* de Stanley Kubrick exhibida recientemente en una sala de cine de la ciudad, metaforizando los cambios drásticos que se estaban produciendo en el mundo. Después, abordando el tema de su conferencia dijo que la protesta que los estudiantes protagonizaban a nivel mundial era fruto de la discrepancia entre la vieja sociedad y la nueva juventud y que no cesaría sino cuando ocurriera la disolución del Ancien Régime. Describió la jornada de mayo del 68 de los jóvenes en París, sus slogans: *La imaginación al poder, Prohibido prohibir, No hagáis la guerra, haced el amor*. Describió la resistencia pasiva de los distintos grupos ante la vieja sociedad: el «Beat-nick», «Los iracundos», «Los hijos del absurdo», «Los hippies». De esta base que enriqueció con datos y argumentos partió para abordar la Literatura de la Angustia. Dijo: «Cada etapa de transición tiene sus sacudidas mortales, solo los héroes o los dioses pueden escapar, como Faulkner para quien: *El hombre y su locura no solo resistirán sino que harán más que eso, prevalecerán*». Hizo una detenida referencia al movimiento *The lost generation* al que pertenecieron Faulkner y Heminway. Se refirió a Jack Kerouac, Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti, Sylvia Plat, John Osborne, Doris Lessing. Dijo: «En una época de barbarie las pasiones son diferentes de las que

campean en una época de paz. Ahora el hombre se deshumaniza y se individualiza. Una gran mayoría de escritores y artistas ha tomado la angustia como concepción del mundo y de la vida, no comprende que la angustia es producto del caos causado por la complejidad de la vida y las contradicciones sociales» Finalizó con optimismo acogíendose a lo que André Maurois había escrito sobre los escritores: *«Solo escriben la nada de la existencia y de los esfuerzos de los desgraciados humanos para olvidar, gracias al erotismo y la embriaguez, la miseria. Los lectores de los siglos futuros se asombrarán: “Es posible, se preguntarán, que los hombres hayan estado tan desesperados?”»*

La ovación lo elevó como una ola. Bajó del estrado entre gritos de quienes lo admiraban. No faltaron los silbidos de los que le tenían mala voluntad. En el momento del agasajo, terminados los aplausos, las felicitaciones y saludos, se abrió paso una joven y llegó hasta él. Era Aurora, a quien no la había visto desde hacía un año; ya no era su alumna porque estaba en un grado superior. Había crecido, estaba más alta, hermosa. Ella, en un instante veloz, le besó en la mejilla y desapareció entre la multitud.

Al día siguiente *El país* publicó un comentario denso firmado por Armando Roca. *La hora*, guardó silencio. Fernando Montiel, esa noche y los días siguientes no imaginó, que en el futuro vería a su princesa solamente una vez más. Fue cuando por una dolencia de su padre fue a una farmacia a comprar medicamentos. Mientras las empleadas demoraban en encontrarlos, vio llegar a la puerta del establecimiento a Alicia acompañada de Aurora. Alicia se detuvo al encontrarse con una amiga con quien se puso a conversar con mucho entusiasmo, con risas y gestos. Aurora se

separó de su hermana, caminó rauda hasta donde estaba él. Se pusieron a conversar .Pero al rato, Alicia, apartándose de su amiga la llamó con voz que urgía:

-¡Aurorita, ya nos vamos!

Alicia hizo como que ignoró olímpicamente a Fernando. Al llegar no le hizo un gesto de saludo con la mano, sino una leve inclinación de su cabeza. Igual, al irse. No le hizo adiós. Él se quedó pensando si Alicia estaría molesta. Aurora se despidió a prisa y avergonzada. Nunca más la volvió a ver.

CAPÍTULO XVIII

SE MURIÓ SIMÓN MONTIEL. Su muerte fue repentina, como el paso de la vigilia al sueño o la salida del sueño a la realidad. Sucedió en la noche. No se supo si el infarto que lo aniquiló ocurrió durante el sueño o cuando estuvo despierto. Fue el final de una cadena de recurrentes malestares que había venido padeciendo. Un dolor en el pecho que le subía estrujándole hasta el cuello, envolviéndolo con una fría sudoración. Cosa que cuando vivía su amigo del colegio, el médico Pío Zelaya, fue cuidado y controlado, pero que desatendió cuando él se murió. «Me he quedado sin cardiólogo», pensaba, lo mismo les decía a sus amigos en tono de broma. «Tengo que buscarme otro especialista». Pero el infarto se le adelantó.

Fernando se sintió muy solo. Le acosó la sensación de cargar sobre sus espaldas un peso demasiado duro. «¿Cargo un pasado terrible?», se preguntaba. «Pero, ¿qué pasado si ni siquiera he vivido tres décadas? ¿Por qué esta sensación? ¿Acaso pago culpas de dos o más generaciones de mis antepasados?»... Ninguna de sus hermanas pudo venir. A esa altura del tiempo estaban más lejos. Michelle se había casado con un noruego; vivía en Oslo donde «todo es tranquilo, casi aburrido, a las dos de la tarde anochece, todo es ordenado, muy diferente a nosotros». Allí abrió su academia de danza clásica y se puso a estudiar teatro. Chantal, estaba establecida en Nueva York con su esposo griego que era curador y vendedor de pinturas; tenían mucho dinero. Fernando veía marchitarse su casa cada día más. Se decía: «¿Acaso las casas viven y sienten?». Había oído decir y aún seguía escuchando que las casas aunque viejas se sostienen si están habitadas, pero si su gente se va y quedan solas, aun siendo nuevas sus estructuras

se aflojan y se derrumban. ¿Quién sabía? ¿Ese pensamiento era poesía? ¿Un elogio a la familia? ¿Una filosofía de la historia? ¿Una elegía?... Un día su tía Josefina, cada día más viejecita y un poco sorda y otro poco cieguita le había hecho esperar un parte matrimonial que llevó a casa un mensajero. Blanca Morin se casaba. La ceremonia se realizó una semana después, a las nueve de la noche de un jueves, en la iglesia de los Padres Descalzos con la asistencia de un gentío que desbordó sus naves. Al altar la llevó su hermano Temístocles que en ese tiempo era ya exsecretario del ministro de educación, porque los tiempos eran otros. En el salón de las recepciones cuando la felicitó después de media hora de espera en la cola de sus amigos, parientes, allegados, le dijo: «Hermanita, sé feliz» ¿Por qué la trató de hermanita? ¿Con esa palabra borró el vacío que vivía debido a la ausencia de Chantal y Michelle a quienes las substituyó con su exnovia, que a partir de ese instante se convirtió en una persona más lejana que antes? ¿Para qué? ¿Acaso vislumbró un futuro en el que se estrecharía la leve amistad que había entre ellos? Blanca Morin, una vez más se quedó pasmada. Lo que le oyó sería la última palabra loca que le dijo él...

Pero otro día fue de alegría. A su estudio, traído por el correo postal, llegó el libro que había escrito Manolo Reina. Se titulaba: *La imagen en el tapiz*. Su tema era la esclavitud negra en la región. Lo leyó feliz con su atención y curiosidad desplegadas a mil grados. En ninguna de sus páginas estaba textualizada la idea del cambio, pero brotaba por sí sola de principio a fin. Subrayó e iluminó lo que le interesó. El libro quedó con mil anotaciones y otros tantos comentarios en los márgenes. El tapiz regional retrataba el área nacional. Allí había respuestas para los conflictos sociales,

la desigualdad, la heterogeneidad, la discriminación, la pobreza, el terrorismo, todas esas lacras que estaban azotando al país. Asimismo hacía intuir las soluciones. El tapiz hablaba de modo prístino como la música sensible, dulce y fina de Vivaldi; reconocible a pesar de su variedad. Pero otro día fue de nueva tristeza. Jaimito Cáceres se murió después de un mes de padecimientos cubriendo de duelo a la ciudad, a sus amigos, parientes y a los miles de sus admiradores. En el cielo, la palidez de su pariente, despertaría la admiración de los santos de la más alta jerarquía como de los más modestos rangos. Desde la gloria celestial tocaría sobre su ciudad que amó mucho, con su guitarra (como solo él sabía hacerlo) *Las cuatro estaciones del Monje Rojo, El cóndor pasa, Esquinita linda, esquina de amores, Adiós pueblo de Ayacucho, perlaschallay, Dolores*, el vals más bello del país.

COMO MANCHA DE ACEITE se extendió por el país la violencia. La mancha se convirtió en fuego y el mundo se puso a arder en llamas. Por el mar vino el cólera regado por un barco pesquero de bandera desconocida. La gente empezó a morir a miles, sobre todo en los sectores pobres y rurales. Por la sequía y las inundaciones llegó la hambruna. ¿Por qué tanto desastre? ¿Tanta muerte? ¿Desesperación? ¿Jaimito Cáceres se llevó la alegría? ¿Manolo Reina se olvidó de escribir en su libro la palabra o las palabras que podrían darle sentido al padecimiento? El fantasma del terrorismo recorría como un torbellino por el campo y la ciudad arrasando, matando, asesinando, incendiando, poniendo coches-bomba que hacían saltar en pedazos edificios y vidas humanas, reduciendo a escombros aldeas y simples chozas El contrafantasma de la represión hacía otro tanto. Se repetía en el país, lo que Antoine

de Saint-Exupéry que combatió en favor de la República en España, dijo que allí se mataba con frío salvajismo, como se tala árboles, tanto en el lado de los monarquistas como en el de los republicanos. Tinieblas. Toques de queda. Dictadura y Danza de Zorba, el griego, en mezclanza. Muerte en ríos, ciénagas, selvas, en montañas. Exterminio. Genocidio. Etnocidio por todos los costados. Dinamita, helicópteros, tanquetas, carros de combate, enemigos invisibles que habían aprendido a disolverse en el día y la noche. Cuchillos, hachas, coches-bomba, gasolina para quemar muertos y borrar los crímenes de Estado, violación de los derechos humanos, fosas comunes... Dios había muerto. Entonces, todo podía suceder.

LA CIUDAD VIVÍA EN VILO. Llegó un pelotón del ejército al mando de un coronel. Los soldados hacían ronda en carros portatropas. Iban embozados de negro, armados como para entrar en acción. A cualquier hora, en la noche o en el día ululaban las sirenas de los carros patrulleros, rompiendo nervios y tímpanos. Bancos y oficinas públicas eran resguardados día y noche por una pareja de militares. Una mañana, a las once, un par de detectives entraron en el bufete de Fernando Montiel. A Sonia no le dieron tiempo para anunciarlos. Apenas les dijo que el doctor sí estaba, se precipitaron sobre su despacho. Lo detuvieron y fue llevado a la delegación. En este local había muchos detenidos, un médico, otro abogado, dirigentes sindicales, los demás eran desconocidos. Cada uno era llamado al despacho del que se suponía era el jefe. Al cabo de dos horas de haber permanecido de pie, igual que todos, en un ambiente asfixiante que olía mal, Fernando fue llamado e introducido en una

oficina, por un oficial. Allí, detrás de un descomunal escritorio, como parapetado y al acecho, estaba sentado un hombrón enteramente de negro incluyendo sus lentes gruesos. Sin ningún preámbulo le espetó a boca de jarro qué sabía de los atentados.

-Sé lo que publican los periódicos de la capital y los de aquí-fue su respuesta.

El hombrón removi6 su cuerpo en el asiento, sin dejar de mirarle agresivamente de pies a cabeza. Hizo una fea mueca. Le dispar6 la segunda pregunta:

-¿A qué partido político pertenece?

-No soy político. No pertenezco a ningún partido.

-¿Por qué? ¿No tiene aspiraciones? ¿No quiere ser congresista? ¿Presidente?

-En el país la clase política es corrupta.

-¡No mienta! Sabemos mucho de usted. Aquí tenemos su ficha.

Agit6 un grueso legajo como si fuera un pañuelo.

-Entonces, si saben de mí, ¿por qué tanta pregunta y por qué he sido traído aquí?-replic6 Fernando.

El hombre le mir6 con fuego en los ojos. Dijo:

-No se haga ilusiones, quizás pronto nos volvamos a ver.

Con su manaza presion6 el timbre. Entr6 el mismo oficial que lo había conducido hasta allí. Le orden6 que se lo llevara. Fernando fue puesto en libertad.

Después de un mes de este incidente, un mediodía, al salir de la Escuela Normal, después de dictar su clase, Fernando se encontró en la puerta, con tres señoritas a quienes conocía. Iban a la secretaría por sus papeles. Habían pasado dos años en que ellas dejaron de ser sus alumnas. Le saludaron con cariño, hicieron recuerdos. Él, antes de despedirse les preguntó por Aurora. Dos de ellas no la conocían, pero sí la tercera. Esta le dijo:

-¿Aurora Vassallo? Al final de su carrera se fue a su tierra. Ya se casó.

CAPÍTULO XIX

TÍA JOSEFINA LE ACONSEJÓ A FERNANDO MONTIEL a ausentarse de la ciudad. Le dijo:

-Con esta cerrazón no se puede vivir. La ciudad vive aterrada. Los soldados. La policía. Los soplones. La persecución. Los enemigos en la sombra. Los coches-bomba. ¿El miedo? Todo el mundo tiene miedo. Miedo a las fuerzas del orden y a Sendero Luminoso. De los dos lados viene la muerte, ¡y nosotros en el medio con riesgo de ser masacrados por subversivos o soldados! Aléjate por un tiempo, hasta que se despeje esta oscuridad. Pero vete sin que nadie se entere. Te cuidaré las espaldas, hijo. Yo te estaré esperando. No temas por mí. No sufras.

Fernando lo pensó: «¿Qué pierdo si le hago caso?» No perdería nada. Al contrario, ganaría librarse del infierno de los sobresaltos. Recordó lo que el hombre grandote de negro le dijo que no se hiciera ilusiones: «Quizás pronto nos volveremos a ver» ¡Era una amenaza que podía cumplirse en cualquier rato! Al día siguiente de una noche de terribles cavilaciones, al amanecer quiso hacerle saber su decisión. Se levantó más temprano que nunca, se rasuró y arregló. «Voy a decirle que me voy». Tocó la puerta del dormitorio de su tía. Ella no contestó. Volvió a tocar varias veces, tampoco. Entonces, empujó la puerta. Adentro reinaba la opacidad, todo estaba congelado. No había ni una gota de ruido, nada, ni de la respiración de la tía, ni sonaron sobre el piso sus propios pasos cuando se fue acercando al lecho. Allí, la cabeza canosa de la anciana, su rostro enflaquecido por los años y el sufrimiento. Su cuerpo que en su juventud tuvo una robustez hermosa, en el lecho donde le sorprendió la muerte, no era ni un lejano reflejo. Toda su lozanía, su vitalidad se le

fueron con el amor con que hizo crecer a sus sobrinos Chantal, Michelle y Fernando. Pues jamás les hizo faltar la ropa limpia, la comida esmerada, la seguridad del refugio para el dolor y las lágrimas.; para las dudas y terrores. Fernando la llamó con el corazón que se le salía: «¿Tía Josefina?», le susurró en sus oídos. No respondió. Ella era solo silencio, palidez de cera, rigidez. Estaba muerta.

A Fernando se le derrumbó el mundo. La orfandad volvió a caer sobre él con su peso de universo reducido a escombros, convirtiéndolo en un ser solitario, huérfano de madre y padre, huérfano de hermanas, huérfano de una tía amada. Estaba solo, sin nadie en el mundo. Pensó en su madre. Por su imaginación pasó la idea de que la inmovilidad de la cabeza, del rostro, la rigidez del cuerpo, la palidez de hueso de su tía habrían sido las mismas de la mujer que le dio la vida, al morir. Su corazón temblaba. Le prometió, al cadáver que en su pensamiento adquirió la calidad de una reliquia sagrada, cumplir su consejo. Se iría después de las exequias.

Salió de noche en el automóvil de Pepe Salazar, hijo del propietario de *El país* que había llegado a visitar a sus padres. En el puesto de la salida rumbo a la capital, los soldados que estaban a ambos costados de la tranquera detuvieron al vehículo apuntándoles con el fusil AKM, gritando al unísono: ¡Alto! Pepe se identificó, les dijo que era el hijo del propietario de *El país*, que él y con quien viajaba eran periodistas al servicio de la embajada francesa. No hubo más requerimientos y los dejaron pasar. En el largo trayecto a la capital casi no hablaron, si lo hicieron fue muy poco, la circunstancia no era para regodearse con charlas. Antes de ausentarse, a Sonia le había dicho que no tardaría en regresar; que le encargaba estar al tanto de cuantos lo buscarían. A nadie más le comunicó de su viaje: fue fiel a la

recomendación de su tía que ya no estaba en la tierra, sino arriba, donde seguro se había encontrado con su hermano y su primo Jaimito Cáceres. Solo hubo una persona de quien se despidió sin ocultarle nada, ni enmascarar sus temores. Ella fue la dama de hierro, su parienta matrilineal, Esperanza Martínez, fundadora y directora de la Escuela Normal. Cuando Fernando terminó de exponerle el motivo de su alejamiento, la dama, sin que se le alterara la voz, ni se estremeciera ni una sola fibra de su ser, le dijo:

-Al perder a Aurora, lo has perdido todo.

Al sobrino le hizo temblar la respuesta extraña de su parienta. Lo que la dama acababa de decir estaba fuera del contexto de las circunstancias. Fernando se preguntó si había oído bien o él o la dama estaban desvariando. Pero se recuperó de la sorpresa instantáneamente. Sí, su tía había dicho lo que acababa de oír. Se preguntó, entonces ¿Ella, había estado enterada de la cremallera bloqueada del maletín, del poema, de la fotografía, del beso en el auditorio de la municipalidad? Presintiendo la tormenta en la cabeza de Fernando, la dama volvió a hablar:

-Todo lo sabía, sobrino. ¡Todo! Me importó un pepino lo que Armando Roca temía.

Una sonrisa leve, como una oscilación ligera y veloz pasó por su rostro, luego dijo:

-Anda, hijo. Cuida tu vida, mucho la vas a necesitar en el tiempo que te falta vivir. Ve con Dios, con los santos, los ángeles, ¡con toda la corte celestial!, y también con esto.

Así dijo, y al mismo tiempo se puso en pie, dejó el escritorio, caminó hacia el joven y le obligó a aceptar un cheque firmado por ella, en blanco, diciéndole:

-Nada de gestos ni palabras de togado, esas cosas hace tiempo se acabaron. No juegues a lo caballeroso de ayer, ese tiempo se fue. La cantidad que vas a precisar no te la estoy regalando, son tus remuneraciones adelantadas, para cuando regreses a trabajar en esta Escuela. Yo no regalo nada; regalar es asistencialismo, el arma con que engañan a los pobres y tontos las falsas democracias. ¡No lo practico porque esa política hace inútil a la gente! Pregúntame si fuera de casa y lejos de la tierra, uno vive momentos álgidos en los que se puede inclusive extender la mano.

Cuando después del abrazo de despedida, Fernando Montiel, con el cheque que guardó en su cartera, caminó hacia la puerta que lo arrojaría hacia el exilio, a la dama de hierro se le enrojecieron los ojos. No los vio el que dentro de pocas horas sería un desterrado.

PEPE SALAZAR NO ERA PERIODISTA NI DIPLOMÁTICO, ni poeta, sino hombre de negocios. Era arquitecto, accionista y gerente de una empresa constructora que había devorado ya más de un centenar de residencias cuyos propietarios empobrecidos estaban muertos o vivían en el extranjero. Su compañía las compró, las hizo demoler y sobre el suelo de cada una construyó edificios de departamentos en zonas de clase media. Conducía el vehículo con pulso firme por la estepa, entre la noche y el silencio. La débil luz lunar lamía la cordillera. La carretera aparecía y

desaparecería brillando entre piedras y peñas como dientes agudos. Pepe sentía una gran simpatía por Fernando y no intentó sacarlo de su silencio. Dejaron la cordillera y las secas sabanas. Ingresaron en el nuboso litoral de cuyo cielo caían gotitas de llovizna. Fernando que esperó con ansiedad ese momento se puso en alerta. Vio, entonces, el río. Un río negro como el carbón, bastante ancho, con islotes de ripio y gramas. Brillaba metálicamente por la luna llena que horadando la capa de nubes chatas caía a su caudal sacándole astillas de luces plateadas. Sus aguas daban la impresión de no correr, parecían estáticas o muertas porque tampoco producían ruido. ¡Tan lento, silente e imperceptible era su movimiento! Por ambos lados del larguísimo puente se abrían los campos: por un lado el desierto sin fin, por el otro la campiña verde. ¿Allí estarían los unicornios? ¿Seguirían vivos alimentándose solamente de frutas?... Entraron en el puente. Ese puente del que Aurora le dijo que por ser demasiado largo daba miedo, porque era como los puentes o galerías que aparecen en los sueños. Después del puente y de una cuesta cubierta de tierra molida y ripio, con cactus polvorientos en sus orillas, follajes encanecidos, con ramas secas de palmeras, plátanos, mangos, limoneros que desde los huertos de cercas corroídas alargaban sus ramas hacia la carretera como brazos de muerto, desembocaron en el pueblo con calles amarillas por el polvo fino al que jamás podría humedecer la llovizna que continuaba cayendo. Pueblo donde nació y creció Aurora, en una casa, en una calle que él no conocía ni jamás llegaría a conocerlas. Pueblo que era un laberinto, con techos que por viejos habían perdido su figura y belleza y daban miedo de que en cualquier rato se desplomarían Recordó las miles de veces que pasó por la carretera que lo partía en dos, en un

tiempo ido en que no sabía que allí vivía una niña llamada Aurora. Sin sospechar que llegaría a conocerla.

Al amanecer llegaron a la capital.

CAPÍTULO XX

AURORA. AURORA VASSALLO / AURORA, esto que escribo es para ti. Te escribo para decirte que antes de conocerte crucé mil veces tu pueblo. De esas mil veces mi última jornada no se parece en nada a las que le antecedieron. Se entiende, claro, porque ahora mi aventura se ha realizado en un tiempo de circunstancias singulares; primero, porque ahora te conozco; segundo, porque hoy he cruzado el verdadero puente del miedo, que no aparece en los sueños, sino en la vida real. Te hablo figuradamente, ¿me entiendes?

Aurora, ahora te hablo, no te escribo. Cuando no escribo pienso mucho en ti. Cuando escribo también pienso mucho en ti y lo que no lo hablo lo convierto en pensamiento escrito.

Ahora te estoy hablando, ¿me escuchas? ¿Te llega mi voz? ¿Te llegan mis palabras? ¿Presientes cómo tengo el corazón? Imagino a mis palabras: pienso que se adelgazan al atravesar la distancia que nos separa; al llegar a tu pueblo, sin duda se echan a buscarte en ese laberinto de muros arruinados, semiderruidos o a punto de arruinarse, preguntando por ti en puertas, en portones despintados llenos de telarañas, caminando por calles con polvo tan hondo y tan denso que cuando la gente camina sus pies se hunden como si estuvieran yendo por una ciénaga. Pero mis palabras son valientes, no le temen al laberinto, todo lo que quieren es llegar a ti, introducirse en tu corazón, no importa perdiendo sonoridad y brillo al pasar a rastras por soleras y umbrales de piedra recrudecidas. Al llegar a ti y sentirse dentro

de la dulce, cariñosa y abrigada catedral de tu corazón, volverán a ser sonoras y brillantes como escudos de los antiguos guerreros.

Hubo una vez, Aurora. Una vez en que crucé tu pueblo. Fue cuando viajamos a la capital con Leoncio López para entrevistarnos con el ministro y pedirle que no ejerciera ninguna sanción contra mí por haber leído en una ceremonia cultural poemas de Constantin Kavafis y César Vallejo. Sucedió que Leoncio López tenía en tu pueblo a un pariente que vivía en una casa ubicada justo al costado de la carretera que al pasar divide a tu pueblo en dos; el costado queda en el lado izquierdo cuando se viaja a la capital, y en el derecho cuando uno regresa. Leoncio López, a nuestro retorno, detuvo su automóvil a la puerta de su pariente. Los dos estábamos contentísimos por la calidad humana del ministro, que era un brillante historiador, hoy muerto hace años. Él, primero nos expresó estar horrorosamente asombrado por la conducta del prefecto «ignorante»- así lo calificó-; segundo, porque de inmediato ordenó el archivamiento del maldito expediente que el prefecto y mis enemigos habían armado y remitido a su despacho solicitando mi expulsión. No ordenó su destrucción porque, nos dijo, que no se debía destruir documentos que los historiadores van a necesitar cuando estudien la evolución de nuestra sociedad, su cultura y mentalidad. Leoncio López, al detenerse me dijo que nuestra victoria contra el horror merecía muy bien una fiesta. Esta fue la razón por qué apagó el motor de su auto junto a una puerta. Conocía muy bien a su pariente y su manera de pensar, él era hermano de su madre, y era un hombre honestísimo. «Se va a alegrar bastante el viejo al conocerte», dijo Leoncio López. «Además, le encanta convidar» Efectivamente el almuerzo fue espléndido, entre nosotros, él y

su señora que también estuvo contentísima. La comida fue deliciosa, el vino abundante y hubo mucha, mucha fruta. Sobre todo esto hubo una gran amistad, mucho cariño. Cuando nos despedimos, ambos esposos nos dijeron que los visitáramos cuantas veces quisiéramos, que seríamos recibidos como reyes. Eso fue muy lindo, Aurora; ahora que lo recuerdo, esas horas las quisiera volver a vivir. Pasó el tiempo y en su largura fue que fui pensando, que tu pueblo por laberíntico es como una colmena, podría ser mi refugio cuando me persiguieran mis enemigos, que allí podría ocultarme y nadie me descubriría, ni los perros sabuesos, ni los soldados y policías. Ni los redactores de *La hora*, tampoco los autores de los libelos. Ni los panfletos mismos. Allí no podrían entrar los camiones con soldados embozados de negro, ni los tanques. Eso pensé, Aurora, de tu pueblo construido en el desierto con adobes rubios que sostienen sus techos de carrizo, hojas de palma y barro, con puertas desvencijadas que se muestran al sol como ojeras.

AHORA QUE HAS VUELTO A VIVIR en tu pueblo, mi corazón viaja allá, para verte. Camina por sus calles, ¿a quién preguntará por ti? Nadie hay en las puertas, nadie en las calles, ninguna mirada a través de las ventanas. Ni un susurro, ni un quejido, ni un solo grito, ninguna voz. Ni un ruido ni de agua al vaciarse de los baldes o al caer de los grifos. Pero tú estás allí, en ese pueblo, como en la mano de Dios. Te encuentras en algún punto, en una casa de ese montón de casas que da a cualquiera de esas calles que se orifican cuando alumbra el día. Estás allí, Aurora, y eres el corazón de ese pueblo, y estás viva, late y tu hermosura florece como la flor del amancay, y tu alma irradia paz como un jardín que uno contempla al abrir

la ventana al amanecer. El problema es que no se sabe, ni nadie sabe dónde vives y no hay ni un alma a quien preguntar. Preguntar inclusive por una escuela, la escuela donde enseñas, porque para eso te formó la Escuela Normal donde te gustaban mis lecciones de filosofía. Llegar a esa escuela sería un acontecimiento muy bello, ¡sería la gloria! Verte rodeada de niñas y niños juguetones, bulliciosos, revoltosos, y tú allí, con tu delantal de flores, leyéndoles, guiando sus manitas para que escriban bien, enseñándoles un juego, enseñándoles a jugar con números y estrellas...

¿Es cierto que vives en ese pueblo que es tu pueblo? ¿Es verdad que te casaste al terminar tu carrera? ¿Tu marido es también de allí? Este es un tema materia de mi preocupación. A veces dudo que te hayas casado y otras acepto la realidad y pienso que tu esposo seguramente es un coterráneo tuyo. Si tu esposo no es de tu pueblo, supongo que no vives más allí, sino en el suyo, otro pueblo más desconocido para mí del que no sé ni sabré nunca ni siquiera su nombre, ni mucho menos dónde está.

MI CORAZÓN VIAJA A PIE, AURORA. Viaja a tu pueblo como un peregrino. Quiero ocultarme allí y eludir a quienes no me quieren y se pasan la vida persiguiéndome. Quiero encontrarte por amor, porque tu amor sería mi cobijo, mi amparo. Cobijo, amparo, no el *no lugar*, sino un lugar en la ternura de tu corazón. Sueño alcanzar el lugar que existe, que es un punto cierto donde crece el árbol que da sombra, alimento, amparo, seguridad, vida. Ese árbol que es tu alma brotado en el suelo de tu corazón. De este modo serías tú, mi madre. Al ser mi madre serías el amor que

me dio la vida, que me dio este corazón que al caminar a pie y llegar a tu pueblo y a ti, hallaría el hogar perdido, al comer la comida que me brindarías rescataría el alimento no comido, en suma en ti encontraría a mi madre. ¡Aurora! ¿Cae lluvia en tu pueblo? ¿Ventea, nieva, graniza? Te pregunto por preguntar. Mi pregunta es vacía, equivocada, absurda. ¿Quién no sabe que allí nunca ha llovido, ni llueve, ni quizás jamás lloverá? ¿Quién no sabe que allí nunca ha granizado, ni granizará? Tu pueblo está suspendido en la neblina. Por eso mismo vive entre la tierra y el cielo. Allí nunca has visto ni verás el arco iris, ni las nubes que florecen como la espuma de la leche y crecen y crecen y al atardecer se ennegrecen y luego truenan y sueltan la lluvia como a través de una inconmensurable coladera... Amo a tu pueblo, Aurora. Si llegara, ¿cómo podría encontrar tu casa, cómo tocaría su puerta?, ¿con miedo?, ¿preguntándome si me reconocerías? Abrirías las hojas de la puerta de tu casa, preguntarías quién soy, a quién busco, y así. Te diría que soy un peregrino, y no me reconocerías, entonces me daría a conocer, entonces dudarías si dejarme pasar o buscarías una justificación para no recibirme, pues tu marido, tus hijos, tus quehaceres domésticos, tu trabajo en la escuela, tu tiempo... Yo, entonces, me vería obligado a seguir mi camino, seguiría buscándote desesperado porque nadie habría para preguntar, nadie en las calles polvorientas, nadie en las puertas, solo los techos descolgados prontos a caer a tierra, balcones desvencijados, solo la soledad, el *no lugar*, el *no casa*, el *no cobijo*, el *no amparo*, solo la muerte, ¿el triunfo del amor?.

PREGUNTÉ POR TI, AURORA. Me dijeron que fuera por aquí, por allá. En ese laberinto de polvo, paja, carrizo, cemento y ladrillo, por obra de Dios llegué al sitio que me indicaron. Había allí una torre elevada y redonda. ¿Una torre?, me dije sorprendido. ¿Aquí? Era toda de cristales en medio de ese mar de polvo, en medio de esos montones de casas ruinosas de barro, todas silenciosas, que parecían abandonadas desde siempre, congeladas o muertas. Un poco se inclinaba hacia el oeste, como la torre de Pisa. Estaba frente a mí que me había quedado boquiabierto. Entré. La galería llena de luz que le sacaba reflejos al piso de negras losetas vidriadas. Nadie había en la recepción. A un costado la plancha de bronce del directorio donde no había nada escrito, ni un solo nombre de institución o de oficina o funcionario. Estaba limpio, pero a la mirada daba la impresión de estar lleno de inscripciones. El ascensor funcionaba solo, sin nadie adentro, respirando y traqueteando; en el muro blanco su caja de acero, sus ojos rojos. Subí, el ascensor sin que yo le hubiese activado se detuvo en el piso 9, número cabalístico, me dije, tres veces tres; tres, número del día de mi nacimiento. Me desplazé por un largo pasillo solitario, encerado y con helechos extraños recién regados: de allí vi el mar que se ocultaba entre neblinas; colinas peladas sin un puñado de hierba, la mancha verde-oscuro de un cañaveral. La puerta se abrió sin producir ni el más leve ruido. Tú, estabas allí, frente a la computadora que irradiaba lucecitas verdes. A tu lado una rosa roja en un florero alargado de cristal. En la pared un televisor encendido, pero con la pantalla vacía donde hormigueaban ondas, miles y miles de puntitos que aparecían y desaparecían como si fuese una fina lluvia intermitente. Estabas vestida con un traje sastre gris igual que las secretarias de la universidad donde estoy dictando clases de historia.

-Voy a mi tierra, Aurora. ¿Quieres viajar conmigo?

-Sí.

-¿Qué esperamos, entonces?

-¿Y mis hijitos?

-Nos los llevamos

-¿Y mi esposo?

Un suspiro largo y desesperado hizo trizas a una luna. ¿Salió de tu pecho? ¿O del mío?

-Mi esposo me amarraría no sé a qué, ¡no sé con qué! Quizás con una soga. Quizás con una cadena de acero. A una columna, a un mueble, al catre de mi dormitorio, qué sé yo.

En alguna parte de la elevada torre sonaba un violín. Sus notas subían, bajaban, se alargaban, suavísimas, melancólicas, suspiraban. Me hacían imaginar un viento que ondulaba. Que al ondular como una tela fina y transparente echaba flores. Pensé solo en ti. Mi amor te envolvió como una capa invisible. Tuve deseos de abrazarte tanto y tanto hasta estrecharte y sentir a pesar de tu ropa y de la mía, aplastarse tus senos a mi cuerpo, en mi pecho. Luego soltarte y retener tus manos en las mías por largo rato mirándote cara a cara. Éramos felices, sin nada serio en qué pensar. Ni en la casa, ni en el agua ni en la comida, ni en el horario del trabajo. Mucho menos en el alquiler del mundo. Éramos seres celestes, no de la tierra, ni de la vida. Solo nos faltaban las alas. Éramos solamente del amor. Un amor con lo

que han soñado, sueñan y aún soñarán por siglos aquellos que murieron y morirán de amor; exonerados de las peripecias que impone la realidad.

El sueño se desvaneció., Aurora. No había ninguna torre, ninguna oficina con la flor. El ascensor, el televisor enloquecido, el violín nostálgico, todo era solo invención. Yo no estaba en tu pueblo, frente a la torre con la oficina donde trabajas. No estaba parado en medio de una calle amarilla desbordante de polvo, metido en un día también amarillo. Entonces recordé. Recordé mis viajes. El ómnibus de regreso de la capital a mi ciudad, entraba en tu pueblo por una calle ruïnosa, con postes de luz orinados por perros y borrachos, pero luego pasaba por la orilla de una plaza espaciosa con árboles, bancas a la sombra, jardincillos, rodeada de casas con puertas marrones, todas cerradas y silentes. A mí que la miraba desde la ventanilla, me parecía húmeda igual que los muros de las casas que rezumaban agua, porque en tu pueblo siempre reina el invierno. Invierno de nuestro litoral desértico, sin lluvia, sin nieve, sin granizo, pero con un frío y una humedad infernales que te doblan predisponiéndote a la pereza y deseos de volver a la cama. En el centro de esa desamparada plaza cenicienta, el monumento a Simón Bolívar. El héroe a caballo, en posición ecuestre, con la mano derecha blandiendo la espada, bajo una evanescente llovizna que nunca cesa. Bolívar estuvo en tu pueblo, alojado en una casa, sudando su enfermedad que en tiempo corto lo llevaría a la tumba, pensando en las últimas batallas que José Antonio de Sucre, su hermano de ideales y amigo, el más leal y noble, estaba organizando para alcanzar la definitiva independencia; soñando con la victoria, sin pensar ni un solo minuto, ni un solo segundo en la muerte. Esto es historia, Aurora. En nuestra historia están las respuestas acerca del

porqué de la tragedia que se está comiendo a nuestro país. Lo dice una novela: *El séptimo sello* de un olvidado escritor peruano. En una ciudad que no nombra, ni se sabe dónde está, hay una casa; en la casa hay un estudio cerrado hace muchísimo tiempo; allí está el escritorio del padre muerto de un diplomático que regresa de Europa. El diplomático está convencido que los gobernantes creyendo estar manejando bien el mundo lo están haciendo muy mal. Por eso viaja de retorno a su casa a buscar en las gavetas de ese misterioso escritorio, los libros de historia que escribió su padre. Su corazón abriga una inmensa fe de encontrarlos. En sus páginas están las respuestas a las preguntas: por qué hay terrorismos, cuándo nacieron, dónde; por qué surgieron, cuándo brotan y cuándo no; y también están los antídotos. Sea o no utopía, este es el tema que les estoy transmitiendo a los muchachos en mi nueva cátedra de la universidad que me ha acogido en la ciudad capital. Ahora, además de ser un perseguido soy un exiliado a quien no lo quieren ni los de arriba ni los de abajo, ni los ricos, ni los pobres, ni los vencidos y marginalizados. Los pobres me consideran un burgués más y por tanto un ciudadano repudiable; los ricos me odian a muerte porque para ellos soy un enemigo que cuestiona el *Ancien Régimen*. Por eso, ahora hay mil razones para hablarles de esa utopía. ¿Me crees, Aurora? Encontraré esos libros. Voy a leerlos hasta que sus ideas se hagan carne de mis ideas, espíritu de mi espíritu. Te lo prometo, Aurora. ¡Adiós, mi princesa!

CAPÍTULO XXI

EL POLICÍA GORDO CUYA NARIZ ha recibido la bendición del zorzal negro que cantaba feliz en la rama, aborda el coche celular. Desde adentro abre una puerta trasera. Fernando Montiel es conminado a entrar. Cuando ha entrado ingresan con brusquedad los dos policías que parecen gemelos, que al sentarse a cada uno de sus costados, lo flanquean en el medio del asiento zaguero. El policía gordo que se ha puesto al volante, con bestiadad mete de hocico al coche celular en el torrente vehicular que truena; no le importa que los conductores le miren con rabia. No le importa que lo insulten, que le griten: «¡Aprende a manejar!» «¡Desgraciado!» «¡Tarado!» “¡Caracortada!”». Sigue de largo a velocidad, zigzagueando por entre las latas motorizadas, el humo, los chirridos, los traqueteos. Después de tres cuadras, el coche cambia de rumbo torciendo por la izquierda. Ahora corre entre edificios altos y elegantes; aparece un parque largo e inmenso con altos árboles muy ramificados y de copa redonda. Por la estrecha abertura de la ventanilla el abogado alcanza a ver solamente los troncos costrosos, la cerca de campanolas con flores rojas sobre un entretejido de alambres con púas, pedazos del pasto verde. El policía detiene el coche. No suena ninguna voz de orden, porque todo está planificado. El policía gordo sale del coche y le imitan los otros dos y el prisionero es obligado a abandonar su asiento. Nadie habla. Nadie mira a nadie. Los cuatro se ponen a caminar por la ancha vereda que rodea al inmenso parque. A pocos pasos está aparcado un coche cuatro por cuatro negro, con lunas polarizadas; se detienen junto a este vehículo que por hinchado parece un espantoso sapo de los cuentos de terror. De adentro una mano abre la puerta delantera; por allí se mete el policía

gordo. De la panza del monstruo salen dos policías y conminan a Fernando a entrar por la puerta zaguera y sentarse en el medio del asiento. Los otros dos que le flanquearon en el coche anterior, se quedan en la vereda. La puerta se cierra y el cuatro por cuatro arranca como una flecha. Fernando Montiel mira su reloj en su muñeca izquierda aherrojada por el hierro del grillete que le hace doler; son más de las doce del día. No sabe, no puede saber en qué sitio de la ciudad se encuentran. «¿Vale la pena saber?», se dice, «¿serviría de algo?». Él sabe que nada serviría de nada. Tampoco le servirá saber de antemano qué va a suceder, qué le va a pasar en las horas futuras. «¿Qué puedo hacer?», se dice. «¡Nada!» Está separado de la vida, ha sido arrancado del calendario de sus actividades. A partir del instante de su detención de nada le servirá pensar en el plan de sus labores profesionales y académicas, porque no podrá realizarlas, no podrá vivirlas, no será protagonista ni activo ni pasivo de su agenda. Las calles se corren para atrás, la riada de gente, los edificios. Los vehículos avanzan de cuadra en cuadra por la intensidad atroz del flujo vehicular. Ve los puestos de comida al paso en las veredas mugrientas, los puestos que venden jugo de frutas, los comensales de toda edad y todo oficio, todos gente del pueblo, que comen o beben sentados a mesas raquíticas o en el filo de las veredas o de pie. El cuatro por cuatro avanza con dificultad y los que lo llevan preso no dicen nada, tosen de rato en rato, se mantienen mudos como si tuvieran miedo de decir una sola palabra o que se les gaste la lengua. Al fin el vehículo sale del atolladero, desemboca en otra calle un poco raleada de autos, pero con gente, comerciantes informales. Corre cuadras y cuadras, tuerce a la derecha, avanza. Aparece un hospital cuyo edificio es enorme; en la vereda, junto a la puerta principal de su largo frontis empieza una cola de pacientes que se alarga por toda la cuadra

y tuerce aún por otra cuadra que Fernando no puede ver. De repente todo se detiene: autos, camiones, peatones, pues los semáforos siguen apagados. La corriente eléctrica se ha ido hace horas. En alguna parte ha sido derribado un poste de alta tensión, los terroristas, ahora, no aguardan la noche para sus fechorías. El cuatro por cuatro es otro sapo más entre cientos de sapos que se han quedado sin respiración, igual que toda clase de vehículos con motor y ruedas. Tiene que esperar por un tiempo que no se sabe. Dos policías de tránsito se desgañitan, agitan sus brazos, tocan sus silbatos, dicen cosas que nadie escucha, hacen lo que pueden para normalizar el tránsito. Se oye el retumbar de los grupos electrógenos que las casas de comercio, los restaurantes, los negocios grandes, las clínicas, las universidades, se han visto obligados a comprar desde que menudeó el derribo de postes. Fernando no sabe si el hombre que está al volante es un policía o un chofer contratado. Conduce al monstruo por una avenida que a medida que avanza es más tranquila y más adelante casi silenciosa. Pasan frente a un terral atorado de bolsas de basura que se elevan como montañas. Después del terral el aire ha empezado a oler a humo; el olor se va acentuando, sin que se divise humo por ningún lado; las casas, los viejos edificios que se descascaran no echan humo, no se incendian. Suena el teléfono, el gordo que va sentado junto al chofer coge el fono con el cordón anillado que no deja de oscilar. Suena una voz neutra y ronca. El gordo escucha. Deben elegir otra ruta porque a diez cuadras donde están se ha incendiado el depósito de libros y materiales del ministerio de educación. “Entendido”, dice el gordo “Fuera”. Cuelga el fono. Ahora todos saben por qué el aire huele a humo. Quinientos mil libros editados para las escuelas y colegios se están reduciendo a cenizas junto con treinta mil laptops.

El cuatro por cuatro ha torcido por la izquierda, luego de dos cuadras tuerce a la derecha, corre por una ruta que a ratos parece y no parece carretera. Árboles, de tiempo en tiempo casas, un puente, después del puente una campiña hirsuta, cerros de roca podrida y negra, sin rastros de verdor, ni siquiera de cactus raquíuticos y semimuertos. Arriba, en las cumbres, entre dientes de piedra y flora raquíutica con espinas, soldados de pie que parecen estatuas, seguramente armados hasta los dientes: fusil, granadas, cuchillo, revólver, con uniforme negro, casco, borceguíes con plantas como orugas de tanque, con las caras tostadas, los brazos descubiertos por las camisas sin mangas largas. El chofer aprieta el acelerador. El vehículo recula, vuela. Llegan.

EL EDIFICIO ESTÁ FORTIFICADO. Rodeado de un bosque, ocupa varias hectáreas: quizás tres, cuatro, cinco o más. El cuatro por cuatro entra por un inmenso portón de hierro pintado de negro, bajo un arco donde está inscrito su nombre, que es el de un general caído en una guerra por límites con un país vecino. Feroces soldados resguardan los exteriores, parapetados en torreones que hay a cada treinta metros, con la mirada en el horizonte y el arma lista para lanzar un torrente de metralla. Después del portón que se ha cerrado rechinando empujado por dos soldados, el vehículo resbala por una larga pista pavimentada. Hay sol en el cielo y sus rayos le sacan brillo a la superficie metálica. Todos los ocupantes del cuatro por cuatro salen. A Fernando Montiel le ciega la lumbre solar, pestañea, no puede defender sus ojos con sus manos por tenerlas aherrojadas; y en ese instante se da cuenta. Hay dos filas de soldados armados de fusiles; todos dan la impresión de que tienen los

maxilares eternamente apretados, lo que les hace parecer como que estuvieran haciendo mucho esfuerzo, por estar estreñidos, sobre el wáter. Una abrupta voz de orden que sale de alguna parte, le obliga a caminar por el medio de esa fila de soldados de mandíbula apretada. Camina hasta el final donde otro soldado que es un oficial le espera armado de un revólver. Le apunta con su arma como si va a matarlo. Fernando Montiel piensa que en ese instante va a morir. Piensa en su padre. En su tía Josefina como si ella va a aparecerse para ampararlo. Pero ella está muerta igual que su padre, ambos dormidos eternamente en el cementerio de su tierra nativa. Piensa en la esposa de don Ernesto Salazar que defendió su revista y amenazó a los policías que pretendían invadir la imprenta con sacarlos a palos. Todo eso pasa por su mente con la velocidad de un solo segundo. Al final se da cuenta que está solo. Chantall y Michelle están ausentes. «Estoy solo», se dice. «Nadie sabe que estoy aquí. Nadie podría saber si aquí me asesinan». Se da cuenta. Ve en su imaginación a su tía muerta en su lecho. El oficial que le sigue apuntando con el revólver le ordena caminar hasta la puerta de una enorme galería donde hay más soldados y también civiles de los que él no sabe si son empleados, funcionarios, servidores u otros aprehendidos como él. El oficial le obliga ir a un lado donde hay como un mostrador grande y tras de este varios oficiales frente a computadoras encendidas. Allí le saca las esposas. Luego, es instado a declarar al que está frente a un computador sus datos, como si fuera su hoja de vida: nombres y apellidos, edad, profesión, estado civil, domicilio, centro de trabajo, actividad que realiza, partido político al que pertenece, etc. Le quitan el reloj pulsera, el celular y todo lo que lleva consigo, inclusive dinero, bolígrafo y papeles. Cuando todo termina el mismo oficial lo conduce a los interiores. Caminan por galerías que se suceden,

pasillos, por entre puertas cerradas, columnas, escaleras que suben y bajan. Se cruzan con soldados, oficiales, unos armados, otros con fólderres o papeles en las manos, todos apresurados, con la mirada semidormida, los carrillos morados, los pelos aceitosos o secos y resecos. La caminata no tiene fin. Se multiplican los pasillos, las galerías penumbrosas o iluminadas a no más no poder; por algunas ventanas se filtra una luz como de quirófano. Por instantes el silencio da miedo, es sobrecogedor, pero a ratos hierven respiraciones ahogadas; por algunos huecos salen quejidos o ruidos extraños como de azotes o bofetadas. Fernando Montiel, «no me engañan», se dice, «enseñar historia me ha hecho conocer las prisiones de las dictaduras. La parafernalia de las torturas en las profundidades tenebrosas de las salas de tormento: los braseros para enrojecer hierros, tenazas para arrancar uñas, caballetes atestados de cuerdas, poleas para moler cuerpos, recipientes de agua helada para ahogar, cuñas, mazos, penes eléctricos, en fin. Todo eso a lo que la técnica moderna le ha dotado de una eficacia feroz, cruenta, inhumana. El laberinto se va poniendo tétrico, cada vez más lúgubre y parece no tener fin. Fernando siente mareos y empieza a dudar si está soñando o si se ha extraviado en un monasterio. Se acuerda de un pasaje de una novela de Alejandro Dumas (padre): *La reina Margarita*; la escena en que el futuro rey de Francia Enrique IV es conducido prisionero por los oscuros sótanos de la prisión del castillo de Vincennes, al tropezar con algo que se parece a un surco para que circulen las aguas de la lluvia, pregunta si allí llueve, el oficial que lo conduce le responde que efectivamente allí llueve, pero no lluvia sino sangre humana. ¿Estoy soñando?, se dice. Si estoy en el sueño debo estar en una mazmorra de la Santa Inquisición. En ese instante el empujón que le ha propinado el oficial lo introduce de un solo envión en un pozo de

tinieblas. Luego oye el chirrido de la llave que hace correr la chapa de la puerta que queda cerrada herméticamente. Fernando Montiel manotea en la oscuridad, descubre el hueco de su prisión. En su memoria se agolpan en un revoltijo inmisericorde infinidad de cosas a una velocidad de relámpago: la rosa marfileña de la mañana, la higuera negra, la avenida atestada de vehículos, el café de mala muerte, el recuerdo de Patricia, de Michelle y Chantal, todo eso que se ha puesto en movimiento por la visión de la rosa marfileña. Se encienden en su mente la imagen de Alicia, de la niña que se murió de tuberculosis, de su padre, de tía Josefina y tía Esperanza. Se suman la de Jaimito Cáceres, de Sonia y Andrea, de Blanca Morin. Aparecen también la imagen de Leoncio López, Ernesto Salazar, Aurora, Pepe Salazar. Todo tiene su tiempo, se dice. Hay un tiempo para todo. Tiempo para amar y tiempo para morir. Tiempo para la alegría y la tristeza. Su imaginación vuela al pueblo donde nació y creció Aurora y adonde ella retornó al concluir sus estudios en la Escuela Normal. Pueblo donde él soñó refugiarse para que nadie lo pudiera encontrar, ni sus amigos ni enemigos. Aurora ocupó todo su pensamiento, su alma y corazón se llenaron de melancolía y le salió un doloroso quejido que sacudió todo su cuerpo. Atrapó la noche de su beso en el auditorio municipal, delante de toda una multitud afiebrada por la disertación que les ofreció. Imaginó que ella, allí, en ese su pueblo ruinoso, inentendible como un laberinto, polvoriento y viejo, enclavado en un extenso desierto, le había brindado refugio y estaba en su casa. Allí, como en el vientre materno, único lugar seguro en el mundo entero, estaría amparado contra el desamor, el odio, la envidia, la persecución, la venganza, como Simón Bolívar que siempre estuvo pensando en la victoria contra

el enemigo y ni un solo minuto en la muerte así como tampoco sintió miedo a la muerte.

SUS OJOS DEMORARON EN acostumbrarse a la oscuridad. Cuando lo lograron, Fernando Montiel fue descubriendo sucesivamente el pozo adonde había sido arrojado. Era una estrecha habitación penumbrosa. A un costado, junto al muro había un camastro; al frente, en el muro, a dos metros del suelo, había algo como una raya blanca; era una hendidura, no una ventana propiamente, sino sencillamente una abertura para dotar de aire al horrible pozo, así como también de una mísera luz. Al otro costado, a la vista, porque no había ni puerta, ni biombo ni una estera, estaba el retrete que era solo un agujero en el centro de una loza como un pozo, con dos planchas con forma de la planta de un zapato adelante, rayadas, para que se asentaran los pies del que lo usara. De ahí, de ese hueco salía un mal olor que envenenaba el aire húmedo que reinaba en el ambiente. Fernando Montiel cerró los ojos, rechazando instintivamente ese rincón hórrido donde permanecería por un tiempo que no pudo calcular, que en el fondo de su inconsciente, tampoco quiso decirse hasta cuándo. Su reacción de animal vivo le hizo cerrar los ojos en expresión de rechazo. En las tinieblas de su interioridad rodaron mundos en un laberinto diabólico, mezclándose, revolviéndose, devorándose en una secuencia sin fin. No era necesario pensarlo ni poco ni mucho. Estaba en una prisión. Prisión dentro de un fuerte militar, adonde ninguno de sus amigos, parientes y compañeros de trabajo podrían fácilmente visitarlo, porque seguramente era también difícil de ser descubierto. Un fuerte, donde de seguro, según sus cálculos y lo que observó

mientras lo condujo el oficial, eran encerrados luego de ser secuestrados, los enemigos acérrimos del poder del dictador, para que se fueran muriendo a pausas pero con seguridad, o serían asesinados luego de padecer demoníacas torturas para obtener confesiones que sus esbirros las manipularían a su regalado gusto y de acuerdo a sus intereses. Fernando Montiel nunca imaginó habitar ni siquiera un minuto una prisión de esta naturaleza. Su vida, su trayectoria profesional, su trabajo intelectual siempre fueron muy prístinos. No era un funcionario corrupto, un aventurero, un político tráfuga, oportunista y brutal, un delincuente, un narcotraficante, un asesino. ¡Nada de eso! Pero estaba allí, metido en ese diabólico pozo. Había sido secuestrado. ¿Por qué? ¿Por lo que había venido escribiendo en los periódicos desde *El país* hasta *El tiempo* que le brindó sus páginas cuando arribó a la ciudad capital? ¿Pagaba el precio de su desprecio a las amenazas del dictador y del DOC? Se convenció de ser víctima de una persecución que no había cesado ni un solo minuto. Desde la del ignorante y borracho exprefecto de su pueblo, del plumífero Néstor Espinoza, redactor de *La hora* hasta la de los sabuesos del Servicio de Inteligencia. Su mente se colmó de amargura. «Sin embargo», se dijo, «no me rendiré». «No soy un cobarde, ni alguien que sabe enmascararse y fingir. Seguiré luchando. Soy un abanderado de la verdad contra la injusticia. Estoy convencido que desde mi ciudad natal me han venido persiguiendo los tentáculos del poder, también de la mala fe, del odio, de la envidia».

Se sentó en el camastro. Su cerebro que se negaba a seguir pensando le hizo sentirse como si estuviera fuera del mundo. Su mente y su cuerpo completamente agobiados, en un segundo lo empujaron a desmadejarse. Se tumbó sobre el

camastro y se quedó instantáneamente dormido. No sabría jamás qué tiempo durmió. Despertó bruscamente cuando la puerta se abrió. Al principio no tuvo conciencia de dónde se encontraba: ¿En su departamento? ¿En su bufete? ¿En la cafetería de la universidad? La ráfaga húmeda que entró le obligó a llevarse ambas manos al cuello donde sintió un frío pegajoso, para abotonarse la camisa. Entró a la habitación un soldadito con un plato de comida en las manos. El olor que se desprendía de allí le dio la idea de encontrarse en un lugar feliz. Instante fugaz, porque la realidad se impuso borrando la delicia de la irrealidad. El soldadito vaciló, miró por todos lados sin saber dónde poner el plato, ¿en una mesa que no existía o dárselo directamente al prisionero? Descubrió una destripada silla de hierro que se estaba descascarando en una esquina de la celda. La arrastró hasta ponerla frente al hombre para quien había traído la comida. Allí la puso. Después se fue, sin decir nada, rígido, extraño. Cerró la puerta con estruendo. Fernando Montiel miró la comida, era frejol con arroz. El aroma le despertó el hambre, no un hambre exigente por normal, sino uno desgano. «¿Estará envenenada?» se preguntó. Tuvo temor por su vida. Tía Josefina, la víspera de su muerte le había dicho que se alejara de la ciudad, porque tenía que cuidar su vida que la necesitaría mucho. Defendería su vida. Recordó una película con tema medieval. En un capítulo, un prisionero era conducido por soldados de a caballo al lugar donde sería decapitado. En el trayecto tuvo sed y pidió agua. Los soldados le respondieron que en una cantimplora quedaba un poco. El prisionero rechazó la oferta. “Yo, dijo, bebo solo agua caliente; el agua fría me da vinagreras”. Los soldados se echaron a reír, se burlaron. Uno le dijo: ¿por qué estando próximo a morir te preocupas? Él le replicó diciendo que se

trataba de su vida. Que defendería su vida hasta el último minuto. Fernando Montiel decidió no comer los frejoles.

CAPÍTULO XXII

HAN PASADO MUCHAS LUNAS, decían los viejos cuentistas al empezar sus relatos. Ahora, también han pasado muchas lluvias. El sol ha tenido muchas mudanzas, asimismo el tiempo. El dictador que domina al país no se ha marchado. Quizás no piensa aún en irse.

Al revés de la desgracia, el dictador ha bailado, no porque era su cumpleaños o el de su mujer; aniversario de sus nupcias o algo por el estilo. Danzó en el estrado, en una larga avenida, en un andamio levantado frente al Palacio de Justicia al iniciarse la noche, de cara a la mancha de sus seguidores que cantaban la misma canción acompañando a la música enloquecida que los altavoces lanzaban a los cuatro vientos que volaban a los cuatro puntos cardinales de la ciudad capital. Las músicas, todas movidas: *Sugar, sugar, Blame, Taxi*, y otras... Esa multitud daba gritos dando vivas, aplaudía, agitaba banderines y cartelones con el retrato del dictador o pronunciaba a voz en cuello slogans. Había sido traída del norte, del centro y sur del país, de la selva, del altiplano; de muy lejos y de los contornos, bajo paga, a cambio del regalo de una botella de aceite o un kilo de arroz, con engaños o bajo presión. Eran gente que vino con sus danzantes, sus carteles, banderas y músicos, en ómnibus, en camiones particulares, en carros del ejército y de la policía, en mototaxis o caminando a pie. Todo eso, porque llegó el tiempo de la campaña eleccionaria y el dictador tenía hambre desesperada de ser reelegido por tercera vez para entronizarse en el poder y fundar una dinastía de cuño asiático. El dictador para engatusar a sus partidarios estaba vestido de un sudado polo blanco y un jean maltratado que le quedaba chico, prendas que armonizaban con su esmirriada

figura, famélica, de pequeña estatura, con cabeza aplastada, erizada de cabellos demasiado lacios que parecían cerdas; su boca torcida que cuando hablaba adquiría la forma de una abertura oblicua. Después de él bailó el primer ministro, un señor, de quien dicen que es un celebrado internacionalista, que cuando habla tiene la fea costumbre de darle a su boca angosta y redonda la forma de un artefacto que se usa para normalizar el flujo del desagüe del wáter. Al danzar, como si hubiese entrado en el delirio, giró dando vueltas y más vueltas, levantó y agitó sus brazos de derecha a izquierda, movió la cintura, juntó sus manos como si iba a aplaudir, sus pantalones grises excesivamente anchos flamearon con el viento. Como en un poema del insigne Giorgio Seferis, el corazón de Escorpio no había declinado y el tirano que habita dentro del hombre no se había marchado. Y ahí estaban, los dos, juntos, como el maestro y el discípulo, ¿pero quién era el maestro?, ¿quién era el alumno? ¡Los dos de igual calaña! ¡Ambos, hijos de la misma cepa! Danzaban felices, dueños del mundo, dueños del dinero que robaron. Dinero producto de las ventas de todas las empresas nacionales que al pasar de las arcas estatales a sus manos dejó al país totalmente desmantelado, exangüe, pobre. Esas danzas, expresión de artes diabólicas, de burla y mofa a la dignidad e historia de un país, eran festejadas por el gentío estafado con promesas que resultaron al revés, rodeados todos: danzarines y multitud por los más abyectos maleantes, sicarios del narcotráfico, bribones de todo calibre que conformaban su guardia pretoriana cuyos efectivos escogidos llegaban a miles y miles, frente a un invisible *Memento mori*, en ese ritual pantagruélico del poder.

Después de la fiesta y de la danza, pasados varios días, ocurrió lo que tuvo que pasar. En la parte sur de la ciudad capital, en un distrito cuyo nombre significa mirador para divisar flores que se abren, ondulan, se besan frente al mar, hay un parque bautizado con el nombre de un presidente norteamericano a quien sus enemigos hicieron asesinar. Allí, frente a ese parque con frondosos árboles que sobreviven al pasado, bancas a su sombra, surtidores de agua, artesanías que muestran al fornido y elegante toro de Ayacucho, exposiciones al aire libre de pinturas con imágenes de la ciudad del Cusco; una ciudad que flota entre nieblas azules, con casas que se caen y no se caen, que se libran de la destrucción por sus cimientos oblicuos que se hundan en la tierra que siempre aparece lamida por una luz de oro, que se alarga sin fin; también con ciudades de los Andes, que no existen tal como están representadas, todas idílicas, falsas, que dan ganas de vivir en ellas; también con ferias de golosinas criollas en carritos rodantes que empujan damas gordas. Allí, en ese mundo de acuarela, se multiplican sin misericordia, camadas de gatos. Los hay de todo color, de toda raza, edad; gatos viejos, adultos o adolescentes. Los turistas de todo color y procedencia, en su mayoría europeos o norteamericanos, jamaicanos, australianos, holandeses, coreanos, españoles, en fin: jugadores, falsificadores, clonadores de tarjetas, chicos gay y chicas lesbianas, gigolos, burriers, etc., les obsequian deliciosa comida que compran en los restaurantes de primera, se hacen fotografiar junto a ellos o con ellos en sus brazos; los acarician, los miman, los besan, no temen el contagio de la rabia, de los ácaros y demás bichos, engolosinados les dicen: ¡mimí!, ¡mi mimí! ¡minino! ¡minina! Les sacan chispas de sus pelambres pasándoles la mano por el lomo que los animales arquean regalones, coquetos. Igual les hacen los paseantes nativos, habitantes de

las inmediaciones, o los que vienen del norte, del sur, del oeste y este y de sus respectivas variantes, ¡todo eso!... A tres cuadras de ese parque idílico ocurrió lo que tuvo que suceder. Había allí un edificio romantizado por el silencio poético, y los cafés de enamorados y bardos y arbolitos espumosos que susurraban con el viento. En un atardecer, cuando se fue acercando la noche que como siempre tendría luces de colores, besos de novias o enamorados, lirás invisibles de poetas y periódicos y revistas en los quioscos que vendían golosinas para el sueño, misioneros de una secta religiosa hindú con ropa anaranjada, cabeza rapada y pies con sandalias que pasaban cantando, con sus panderos, sucedió lo que pasó. De repente el suelo se estremeció, onduló, se encabritó como miles de caballos y tronó el mundo. Volaron en pedazos lunas, escaparates, automóviles, paseantes, parroquianos de cafés, paseantes, empleados que salían de las oficinas. El alto edificio de dieciséis pisos, con oficinas, despachos, departamentos para familias, escaleras, ascensores, galerías, estalló víctima de la barbarie terrorista. Sus añicos volaron y cayeron en un área que abarcó muchas cuadras.

Todo eso, y muchas elegías sucedieron en el tiempo de las mudanzas de la luna, de las marchas del sol. El edificio se llamaba *María-Pozo*, nombre legendario. Cuando lo terminaron de construir con capitales de una millonaria a quien en la pila bautismal, hace cerca de un siglo, le pusieron el nombre de María, palabra que hacía música con su apellido de Del Pozo, aparecieron nubes de mariposas de todos los colores que supuestamente salían de las filas de ceibas y acacias que decoraban las avenidas y parques de los contornos. Eran una furia esas nubes de mariposas que volaban, se pegaban en puertas, muros y ventanas y no

desaparecían ni con las fumigaciones. Entonces, los ingenieros y arquitectos que se encargaron de su construcción, decidieron ponerle al edificio el nombre de *María-Pozo*. Claro, todo en son de broma. Pero la broma les gustó a los capitalistas del consorcio y ese nombre se quedó no para el edificio sino para la memoria. Nombre hermoso, que hacía imaginar escenas novelescas, con una mujer fabulosa, fresca y bella, cristalina como las linfas de los pozos del desierto sahariano o como las aguas huidizas, evanescentes, insabibles por los siglos de los siglos de los espejismos.

CAPÍTULO XXII

NO TIENE SU DNI. NI SU CELULAR. NO TIENE NI UN BOLÍGRAFO, tampoco papel. Todo se lo quitaron. Todo se quedó en poder de los militares del edificio fortificado, que él no sabe que en las noches aparece nimbado por una luz como la de un quirófano. Característica que a la gente que la ve de lejos, le preocupa. Quieren saber de qué se trata. Por qué esa luz difusa, que a nadie le gusta, rodea al edificio cuando llega la noche. Los que más andan indagando son aquellos que han estado en un hospital tendidos en una mesa de operaciones, rodeados de hombres, que a ellos por estar sumidos en una especie de alucinación y terror, les pareció que eran seres extraterrestres que los habían secuestrado.

Fernando Montiel no tiene nada. Piensa qué no daría por tener un celular, una laptop. Una laptop aunque inservible le serviría; le sería utilísima. Le serviría mucho en el instante en que luego de encenderse y entrar en el Windows, haría el milagro de iluminar venas finas que no tienen fin. En una vena, espontáneamente viva, aparecería el pajarito que se desliza, como un suspiro o un botecito, hacia unas hojas, y después de las hojas se lanza al espacio infinito. ¡A la libertad!

Fernando Montiel recuerda. Al día siguiente del plato de frejoles con arroz que no lo comió, a las nueve de la mañana otra vez se abrió la puerta. Un soldadito que no fue del día anterior, sino otro, pero que se le parecía mucho por su estatura baja, su contextura que no era la de un muchacho fuerte, dejó casi rozando la puerta un carrito cargado de tazas de fierro enlozado. Cogió una y entró en la celda. Él, desde el camastro donde había despertado a las cuatro de la mañana, quiso hablarle,

preguntarle si sabía hasta cuando lo tendrían preso. El soldadito retiró de la silla el plato de frejoles sin decir ni pío y en su lugar puso la taza y un pan. Luego se fue, frío, indiferente que ni siquiera le miró, cerró la puerta, como el soldadito del día anterior, produciendo un horroroso estruendo. Fernando tenía sed. ¿Bebería el café? Cuando lo miró recordó el café mugroso del restorán de medio pelo que le dio gases haciéndolo eructar varias veces. Se levantó para dirigirse directamente al caño de agua cuyo grifo goteaba intermitentemente junto al retrete sobre un lavabo de cemento gris con puntos negros. Bebió hasta hartarse para apagar la sed que le había puesto la boca pastosa y amarga. ¿Comería el pan? Pensó, quizás no estaba envenenado. Lo comió masticando a pausas. Le supo ácido, además era elástico y estaba a punto de secarse hasta ponerse duro.

Sentado en el borde del camastro no pudo organizar sus ideas. No tenía nada. Ni su DNI, ni su celular, ni un bolígrafo, ni una hoja de papel. No tenía nada. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo podría comunicarse? ¿Nada podía hacer? ¿Cómo haría para no perder el hilo del tiempo? No tenía su almanaque de bolsillo. Para él el mundo se había quedado afuera, lejos de la celda, fuera también del fuerte militar con nombre de uno que feneció luchando por el respeto a la frontera del país, ante el vecino agresor. ¿Qué haría para llevar la cuenta del paso del tiempo, de las horas, de los días? Pensó en su bufete. No se preocupó del que dejó en su tierra natal; ahí, Sonia habría asumido el trabajo y la responsabilidad consiguiente, pues ella era abogada, con él, en su estudio, había estado sondeando los vericuetos del oficio, aprendiendo el teje y maneje. Se preocupó por su despacho en la ciudad capital. Andrea aún no se había recibido de abogada, aunque pronto lo haría. Coursaba el

último año. Con los días llegó a la conclusión de que ella se las arreglaría para seguir adelante. Se sintió aliviado.

Fue pasando el tiempo. «¿Dejaré de pensar?», se preguntó. «Ellos quieren que no piense. No dejaré de pensar. Dejar de pensar y no generar ideas, sería aceptar una forma de muerte». Él no debía morir, no solo porque era joven, sino porque aún era como un árbol que aún no había dado frutos. «Debo dar frutos», se dijo. «Mi vida no será jamás una tabla rasa, ¿Aquí donde estoy es un *no lugar*? ¿Un lugar sin casa, sin cobijo, sin amparo? Este lugar donde me han encarcelado tiene un significado. Es un lugar del olvido. Del silencio. Quieren que olvide y me convierta en un idiota o un mudo. Si no llego a idiotizarme como ellos quieren, tampoco me voy a animalizar y ser como un cerdo. El olvido me mataría, el mutismo igual, yo sería el perdedor y la víctima. Los ganadores serían ellos, pues mi olvido los beneficiaría. Entonces, este lugar no es un *no lugar*, sino un lugar de lucha invisible. Puede ser un lugar de *no casa*, de *no cobijo*. Pero el poder del espíritu llega a crear en la víctima el poder de ser *el sí mismo*. ¡Esto es la invencibilidad! El triunfo. La gloria. La resistencia. La víctima es el ganador y los victimarios son los perdedores. El poeta José Santos Chocano, el Aladino de la Poesía, en su poemario juvenil: *Iras santas* escribió un poema proclamando que a los tiranos los vencería, los encerraría en una prisión donde purgarían sus crímenes y fechorías; como rejas les pondría su lira. Mis escritos son la causa de mi encierro. ¡Una paradoja! Mis ideas son las rejas de mi prisión. Por todo lo que he escrito, el dictador y sus cómplices me han arrojado a esta mazmorra. Pero ellos no saben, que esas rejas, en todo el mundo,

porque en el mundo hay miles y miles de liras, tarde o temprano corroerán el antipensamiento de los bárbaros».

Con los días y sus desayunos de café aguado y pan de mala muerte y sus comidas que le daban miedo, Fernando Montiel se fue dando cuenta que el amor es una fuerza salvadora. «¿A qué debo aferrarme para que la corriente malsana del horror, de la desesperación y aburrimiento no me devore con sus vorágines?», se preguntó días y noches. Vislumbró que esa fuerza bienhechora era el amor.

QUIERO ESCRIBIRTE, AURORA. Decirte muchas cosas. Decirte ideas, recuerdos, nostalgias que me asedian. Escribir, por ejemplo: A mediodía el Sol hierve. Las calles se llenan de brillante acero. El sol desde el cenit cae a plomo con su fuego de rayos ultravioletas que son venenosos. Los árboles enmudecen, se muestran inermes, estáticos, a sus pies no hay ni una brizna de sombra. Por doquier los edificios emiten reflejos y calor desde sus huesos acerados y su cuerpo de cristales y aluminio cromado; desde sus torres con miles de cuadraditos de cristal de roca apresados por listones de aluminio y pegamento. Nada te salva del fuego, tampoco de la sed que calcina. El alma y el cuerpo padecen. No se aparecerá el viejo, el corpulento y barbudo Moisés bíblico para golpear con su nudoso cayado de madera dura no rocas, sino el pavimento, los cristales, el hierro y el acero incandescentes para hacer brotar un chorro de agua fresca. Entonces, ante un mundo así, quiero que mi madre regrese de la muerte para cobijarme en la frescura de su paraíso verde; y yo retornar a su fuente de aguas vivas.

Cuando hierve el sol de mediodía me acuerdo de tía Josefina. En el huerto, una vez, cuando yo tenía ocho años, en mi mano derecha, aún regordeta debido a mi niñez, puso en su centro, ahí en el hoyito donde confluyen muchas y complicadas líneas, un pedacito de tallito delgado y seco. «Mira», me dijo. Yo cumpliendo su pedido abarqué toda la extensión de la palma de mi mano. El tallito estaba allí, en el sitio donde lo implantó, de pie, no vacilaba, no se inclinaba a ningún lado, no daba trazas de caer. Estaba erguido como el mástil de un barco. «Sigue mirando» continuó diciéndome, «¿Hay sombra a sus pies?» Yo agucé mi atención y mi mirada. Observé todo lo que pude y no descubrí ninguna sombra. Todo era luz. Todo era sol. Tía Josefina continuó hablándome. Me dijo: «Así hacen los pastores en las praderas o las colinas, aún en yermos donde apacientan al ganado. Si quieren saber si es mediodía implantan un palito en el medio de la palma de una de sus manos; si el palito permanece de pie, no se cae y no echa sombra, es mediodía»

Esos años, Aurora, eran tiempos de paz, diría hasta de felicidad. ¿Qué otra cosa puedo decir? Pero, después fueron pasando los años y yo, ya no era el chiquito de ocho años, sino un sujeto a punto de ser un jovencito. Frisaba doce años y cursaba el tercero de secundaria. En el colegio tenía un amigo, de él me acuerdo hasta de su nombre, se llamaba Ciro y yo lo asocié al rey persa del mismo nombre, y a él le gustaba que le llamara así. Cierta día, a la hora del recreo, en el campo de básquet, en el bosquecillo de eucaliptos tiernos por cuyo costado pasaba un arroyo, Ciro, no sé por qué se le ocurriría; la cosa es que me llamó, me pidió que le presentara mi mano derecha abierta. Cuando lo hice, implantó en el centro de mi palma un palito seco de eucalipto. El palito se quedó allí, enhiesto, sin vacilar, sin inclinarse ni a uno

ni a otro lado. Con su lenguaje familiar, dulce y suave de provinciano, me preguntó: «¿Ves algún *guani*?» Yo le repliqué diciéndole qué era un *guani*. *Guani*, me respondió, es la sombra que echan los árboles. Miré el palito y no había sombra por ningún lado; cuando se lo dije, él me explicó, que esa era la manera de calcular la hora del mediodía sin necesidad de consultar el reloj o escuchar y contar el tañido de los relojes de la plaza de armas o de otras plazas... Extrañamente todo fue igual a lo que hizo y me dijo tía Josefina. Hoy, a muchos años de distancia, las dos escenas que te acabo de contar me obligan a pensar, pues en ellas late una antigua sabiduría y un enigma. Esos años, repito, eran tiempos de tranquilidad. Aún más. Eran días de alegría. El mundo era alegre como la música de Jaimito Cáceres o de la suite *Los patinadores* de Meyerbeer o una canción de Roberto Carlos. Dulce como el vals: *La rosa del sur*, de Strauss. Ahora, este recuerdo que podría proporcionarme paz, no lo hace, sino al contrario me mueve a la nostalgia. A reflexionar. ¿A qué conclusión llegan mis reflexiones? Sencilla y llanamente a la orfandad. La orfandad es una forma de vida privada del disfrute de una protección, de un cariño, de un amor, de un afecto que te hacen sentir seguro y protegido en el mundo. El árbol y el palito son diferentes. El árbol al brindar sombra alivia al hombre, lo protege del torrente solar, le ampara de la tempestad. El palito seco, por estar muerto, no emite sombra y por tanto no cobija, ni ampara. Así, el amor, si realmente es amor verdadero, salva al hombre de todas las orfandades de la vida. Orfandad de la madre y del padre, orfandad de hermanos, orfandad de parientes y amigos. Acude a mi recuerdo una canción antigua, pensada y dicha en quechua. Traducida dice: *Dudando, siempre dudando, / vine a caer en un amor /que como un árbol de mediodía / no prodiga ninguna sombra* . No recuerdo bien sus versos, pero el

pensamiento encerrado en lo que he escrito es el que he acabado de explicarte. ¡La orfandad! La desolación. ¿Qué puedes pensar de estas cosas, Aurora? Hay actos, ideas, gestos, costumbres, palabras que con sus significados van más allá de lo que podemos pensar o intuir. Rebasan nuestras especulaciones porque aunque tratemos de penetrarlas, en su fondo quedan asuntos que escapan a nuestro entendimiento. Este es el caso de lo que le sucedió a un amigo que es también docente en la universidad donde yo doy clases de historia. Sucedió que antes de migrar a la capital, vivía en una ciudad de provincia. Un terremoto catastrófico dio por tierra con su ciudad de la que no quedó ni una piedra sobre piedra, porque todo fue reducido a polvo y montañas de escombros. Él quedó atrapado en la profundidad de un edificio de tres pisos que íntegramente cayó a tierra. Mientras pudo gritó cuánto pudo pidiendo auxilio. Nadie escuchó su plañido. Agotado, en el límite de la resistencia se sintió definitivamente vencido. Perdida la esperanza de la salvación quería ya morir y librarse de la tortura de la agonía. Pero se produjo un milagro. Oyó pasos por la superficie de los escombros que lo habían sepultado. Por última vez y con voz desfallecida clamó auxilio y el que caminaba por encima de él, le escuchó; le prometió pasarles la voz a los sobrevivientes que pululaban en la plaza. Ellos lo salvaron escarbando los escombros. ¡Escarbaron hasta con sus manos a falta de herramientas! Años más tarde, en la universidad donde empezó a trabajar, cuando menudearon los temblores se puso a conversar con una señorita que trabajaba como secretaria de la facultad. Ella le contó que aquel terremoto que sepultó a mi amigo, sucedió cuando su madre estaba embarazada de ella. Es decir, mientras él estuvo a punto de morir, ella aún no había nacido. Él no imaginó que mientras él agonizaba bajo los escombros, la hermosa

mujer a quien conocería era una niña que recién tenía cuatro meses de concebida en el vientre de su madre. Con ella que tiene nombre romano y apellido frutal: Patricia Granados, se casó.

¿Qué piensas de esta historia, Aurora? ¿Te intriga? ¿Te induce a querer vivir una aventura igual? ¿A soñar? La vida y la muerte jamás andan distantes. Siempre están lado a lado. Así, por la eternidad. El amor de tu vida no sabes dónde está. Puede suceder que esté en cualquier parte. A la vuelta de la esquina. Inclusive a medio camino de tu muerte o de tu tragedia. Inclusive en la vida aún no del todo hecha. Entonces hay que apresurarse a amar, antes que el amor, como el hielo en manos enfebrecidas se derrita gota a gota hasta agotarse para siempre. Ahora, Aurora, después de decirte estas cosas, te digo que entre Patricia Granados, que ahora es la esposa de mi amigo, hay un extraordinario parecido físico con otra Patricia que conocí en mis años de estudiante de Derecho. Ella era Patricia Gonzales, amiga de mis hermanas quienes al haberse ausentado y por vivir lejos me han dejado huérfano de ellas. Mi infortunio es que de esta Patricia hace siglos que he perdido sus huellas. Nada sé de ella, no sé si vive o está muerta; si está viva, no sé cuál es el pueblo, la ciudad o aldea dónde vive. Igual, si está muerta no sé en el cementerio de qué lugar está su tumba. No sé si continúa trabajando en el poderoso banco donde la conocí. Tampoco sé si está casada o divorciada. No sé nada. ¡Nada! ¡Por Dios!

CAPÍTULO XXIII

EL PAJARILLO VERDE SE DESLIZA. Es un suspiro. Un pensamiento en el hilo blanco del tiempo. Un sueño que navega por el surco fino que enlaza el mundo celeste. Ascende al firmamento. Al llegar a las hojas verdes, vivas como mariposas, se detiene allí y feliz bebe gotas de rocío. Se refresca, se regocija y continúa deslizándose; es un suspiro, un pensamiento, un sueño. Llega hasta un punto adonde tu mirada, por débil, no puede llegar. El pajarillo, que ya no está en tu mirada sino en tu imaginación, está ahora, volando por la inmensa libertad... Este es el sueño del que te escribo, Aurora. Este es el pajarillo verde que vuela en la pantalla del computador. El pajarillo es el sueño de mi sueño. Mi sueño de estar libre bajo el cielo inmensamente azul. El pajarillo es mi pensamiento, Aurora, porque mi pensamiento tiene alas y es libre, es un ave invisible, traducible como un libro, un texto, un poema. No se le puede tocar, medir, ni oler, ni describir ni ver su forma y color. Pero lo puedes oír, acoger en tu pecho, saber si te hace reír o llorar o soñar. Quiero escribir diciéndote que con mi pensamiento voy a realizar la proeza de llegar a ti, Aurora.

ESTOY EN TU PUEBLO. Tu pueblo es de oro. Es un pueblo azul. Su río es de aluminio, su puente de bronce bruñido. Al otro lado de la carretera que lo divide en dos, tu pueblo es hermoso. Más hermoso de lo que aparece en mi deseo. Hermoso como su lado polvoriento con edificios de columnas a punto de romperse por el peso de los años y la nostalgia. Es su lado occidental, frente al mar, aunque el mar no se ve

en su integridad por ningún lado, pero se advierte su línea verdosa que minuto a minuto se encabrita, se retuerce y espumea y luego se amansa hasta convertirse en una lámina verde; un verde diferente de la escasa maleza que crece en el desierto con dunas blandas que un día están aquí y otro están por allá, e inclusive desaparecen sin dejar huellas. También distante del verde de los arrozales, de los sombríos frutales y plantaciones de maíz. Las dunas me hacen recordar los cuentos de Alicia que me decía: «Allí, en los arenales, en el desierto viven los unicornios». Que los unicornios venían en las noches a los huertos a comer frutas, higos y racimos de uvas sobre todo, porque ellos no comían pasto. Los cuentos de tu hermana me deslumbraban; los oía boquiabierto cuando me decía que los unicornios tenían una pelambre inmaculada como la nieve, que brillaba a la luz de la Luna. ¿Todo eso, era verdad, Aurora? ¿Es cierto? El silencio que envuelve a tu pueblo es el de siempre; cae a gotas sobre los techos, al caer suenan: *plass*, en el pavimento, en las ramas, en las cornisas. Me pongo a caminar por sus calles. Los muros pintados de verde-limón, de blanco, de celeste, devuelven mis pasos en ecos. Los ecos se expanden como círculos cada vez más abiertos y extensos, como cuando tiras una piedra al corazón de un lago y de inmediato surgen ondas en círculos que se extienden como rizos hasta ganar la orilla donde desaparecen. Una niña o mujer riega las macetas de alhelíes, malvas o geranios en su balcón. El agua se convierte en llovizna. Empieza a caer suavemente sobre el pueblo, humedece las cornisas talladas de madera, moja las barbas de los musgos brotados hace tiempo en los cables aéreos, cae a las calzadas donde escribe miles, millones de puntitos negros que en un instante se secan. Aparecen personas; muchas personas que caminan como si estuvieran moviéndose dentro de una niebla ligeramente

morada, pero tan pronto desvió mi mirada, se evaporan, cosa que me hace sentir como si estuviera soñando... Frente a una vereda de baldosas negras y grises hay una mansión blanca de estilo dieciochesco, orlada por cornisas pintadas de naranja, con una puerta de madera esmeradamente pulida y barnizada; sobre su portón un letrero que dice: *Museo Bolivariano*. Me detengo. Observo. Del techo cuelgan buganvillas rojas que floridas semejan las ruedas de los fuegos artificiales de los grandes festivales. Sus flores no caen a tierra, se balancean con el viento, son como campanillas, y tintinean.

SIMÓN BOLÍVAR SUEÑA CON EL SANTO GRIAL. Sabe que el Santo Grial no está en los dominios de Klingsor. Está en la estrategia que día a día va organizando y montando en su imaginación. Esta creación le causa fiebre y está enfermo. Divina enfermedad que padece y resiste. El enviado de Colombia, Joaquín Mosquera, se queda pasmado cuando a su pregunta de lo que piensa hacer, le responde con una sola palabra: ¡*Triunfar!* «¿Cómo?», medita asombrado el colombiano. «¿Así acabado como está? ¡Dios mío! Estoy frente a un loco».

Con los días Bolívar mejora. El aire, el sol, la buena compañía hacen el milagro. El sueño de alcanzar la libertad para un inmenso territorio le da alas. Este sueño apasionado, como una fiebre se expande por todo el país. Entonces, Bolívar, en el salón de esa casa solariega, (hoy *Museo Bolivariano*) baila con las damas más bonitas de Pativilca. El nombre de este pueblo que lo ha acogido le suena a El Dorado, y tú, Aurora, en esa época aún no habías nacido; tu padre y tu madre

tampoco habían llegado a este mundo, y quizás tampoco tus abuelos. En ese entonces, ¿vivían unicornios en los huertos? ¿Para alimentarse tumbaban con el único cuerno que tienen en medio de la frente, los higos de color violeta que caían sobre la hierba? ¿Comían los mangos dorados? ¿Las uvas? ¿Las mazorcas tiernas de maíz?

Para Bolívar, allí, en Pativilca, el mundo no es *un no lugar*, tampoco un mundo de *no casa*, ni de *no cobijo*. Él es huérfano de padre y madre; huérfano de su esposa María Teresa del Toro. Pero su corazón está lleno de Hispanoamérica; por eso no es huérfano. El Nuevo Mundo es su patria. Su Madre y su padre. Su familia. Tiene amigos que le admiran y respetan; que creen y tienen fe en él. Él es la salvación. Igual, él tiene fe en sus guerreros, en sus lanceros de la sabana que derrotaron al feroz Boves, en José Antonio de Sucre, que es como su hermano. El futuro lo convertiría en creador de América Latina y su muerte crearía una América Latina huérfana de un maestro.

VOY EN TU BUSCA, AURORA. He de hallarte tal como mi corazón quiere que te encuentre. Eres el agua entre dunas, gotas de rocío entre hojas verdes. Eres un oasis. Álzate, amada, deja en paz la computadora y caminemos por la campiña. Allí, en los apriscos, a la sombra de los mangos cargados de frutos de oro me brindarás tus besos. Tus besos me sabrán a almendras, a leche, a miel de abejas. Un cielo nacerá en tu sonrisa. Allí, en las colinas con cactus floridos que alfombran el suelo de rojo, me darás tus amores. Mi corazón, aliviado, se acunará en tus senos, cerca

de tu corazón, como un cordero; allí soñará feliz al sentirse no en un *no lugar*, sino en ti que serás su cobijo, su casa.

Por segunda vez (la primera sucedió hace mucho tiempo) encuentro la torre, alta y ligeramente inclinada como la torre de Pisa; redonda como la de los edificios de las ciudades modernas, dentro de una cápsula de miles de vidrios cuadrados unidos con pegamento. Como en la primera vez me recibe el pasillo solitario brillante de luz; en el bronce del directorio clavado en un muro ni un solo nombre, ni una sola letra. Al fondo, después de una larga y ovalada mesa de la recepción con televisor en *off* y una computadora solitaria, el ascensor sin nadie, con sus puertas de acero pintadas de rojo vivo; se abre a mi sola presencia, lo abordo. Se pone a subir entre crujidos. Se detiene en el piso 9. Allí, al final del pasillo y después de la puerta que cede silenciosamente, estás tú. No está el alargado florero de cristal, como una copa para beber vino en una fiesta social importante, y no estando el florero tampoco está la rosa roja. El televisor esta vez está muerto al revés de la primera vez. Por el ventanal, a lo lejos, se ve la raya verde de la orilla del mar entre una niebla amarilla que envuelve al desierto de arena.

-¿Quieres viajar conmigo, Aurora?

-¿Adónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Para qué?

-A más de conocer el mundo, para conocernos mutuamente. A descubrir si te amo mucho, a saber si tú me quieres.

-Sí. Claro que sí. Viajaría contigo.

-¿Y tus hijitos?

- No los tenía. Ni los tengo. Te mentí.

-¿Y tu esposo? ¿Te lo impedirá? ¿Te encadenará a una columna, a un mueble, o a tu catre?

- Fue otra mentira. No tengo esposo. No estoy casada.

Abandonas el computador en el que estás digitando sabe Dios qué. Te levantas de tu silla, te sales de detrás de la mesa ovalada. Llegas al espacio libre de la oficina, con solo una mesita de centro donde hay un florero sin flores y desparramadas sobre su tablero de vidrio grueso algunas revistas cuyos títulos no se puede leer. Te acercas, me das a besar tu mejilla, me abrazas, te abrazo con pasión; tus senos se aplastan contra mi pecho, oh maravilla, tus senos que creí amamantaron a tus niños; te retengo así, entre mis brazos, unos instantes que quisiera que no llegaran a su final. Pero el final llega, nos desprendemos del abrazo, pero tus manos permanecen en mis manos que no quieren soltarlas. En alguna parte de la elevada torre suena el viento abriendo o cerrando violenta y estrepitosamente puertas o ventanas. El mundo se estremece, como si hubiera un temblor, un segundo me distraigo. Desapareces. ¡Has desaparecido! No estoy en la torre, Aurora. Todo ha sido solamente una visión. ¡Una pesadilla! A duras penas me abstengo de llamarte a gritos. Se asombrarían los turistas que de un autobús que acaba de llegar a la puerta del *Museo Bolivariano*, comienzan a bajar entre la prisa y el bullicio, los comentarios y risas de entusiasmo, con sus máquinas fotográficas, sus celulares, sus laptops. Me tomarían por un loco.

LEVÁNTATE AMADA, TOMA MI BRAZO, TOMA MI MANO. Coge tu mochila, llénala de alimentos no perecibles, de agua, de medicinas y linterna, de coraje; y viajemos por los mil capítulos de: *El séptimo sello*. Vayamos hacia esa ciudad cuyo nombre su autor no consigna. Por tanto, es una ciudad ignota –diría hasta misteriosa-, de la que el único dato que se tiene es que está ubicada en un lugar de los Andes. Ese lugar es un valle, verde como la Itaca perdida. Guarnecido por elevadas montañas con cumbres de hielo, que brillan como la pelambre de los unicornios. Allí, en una llanura circular está la ciudad. En esta ciudad azul hay una casa. Si digo azul, no es porque tiene ese color; lo digo porque sus puertas son grandes y están todas pintadas de azul tinta. En verdad podría más bien ser llamada, la *ciudad blanca*, porque sus paredes están cubiertas por una gruesa capa de yeso. Esa casa tiene da la impresión de ser la única en una calle poco transitada y en determinadas horas, silenciosa. Allí, el anciano que escribió hermosos libros de historia, resistió a la agonía esperando a su hijo para despedirse de él, pero al cabo de muchos días, vencido, no pudo más y cerró sus ojos aceptando la muerte. Acaso tal vez, en el último segundo de su lúcida agonía vio a su hijo que extraviado en una puna extensísima e inhóspita, caminaba casi corriendo para llegar a él, antes de que se muriera... Llegar a esa ciudad azul, contigo, Aurora. Ambos maltrechos, por los muchos días y noches de mal dormir y mal comer, pero con sed de amores y el corazón como un tordo cantando de felicidad. En el trayecto vencer, primero, al sol ardiente en los caminos abruptos; sol que en los mediodías llameantes hace estallar a las rocas; segundo, escapar de la muerte, entre el fuego cruzado de los

combatientes de Sendero Luminoso y del ejército, a veces con el añadido del fuego del aire que lanzan los helicópteros de la marina; tercero, cruzar a vado un río de aguas que en determinadas horas son mansas y frías, y en otras son hirvientes y chúcaras; cuarto, vencer a la peste del cólera que recorre asolando aldeas, pueblos, chozas; quinto, sobrevivir al hambre, al frío bajo cero de las noches, y la sed en los días ardientes; sexto, vencer el terror, al espanto y susto ante las aldeas y pueblecitos inocentes, que sin tener nada que ver ni con senderistas ni con el Estado, han sido arrasados por los unos o los otros, sobre cuyos escombros flotan restos de huesos, de carne de los asesinados que después de morir torturados fueron rociados con gasolina y quemados. Dirás, Aurora, ¿para qué sufrir tanto padecimiento?, ¿por solo unos libros de historia, escritos por un anciano, un padre desesperado en agonía? Así pensarás, como los héroes griegos que al descubrirse que Helena jamás estuvo en la heroica Troya, gritaron protestando: *Y nosotros, durante diez años, nos pasamos a degüello por Helena. // Tantos cuerpos arrojados / a las fauces del mar, a las fauces de la tierra; / y tantas almas / libradas como trigo a las muelas de los molinos/ (...) por un estremecimiento de lino, por una nubecilla // por una túnica deshabitada por una Helena.*

Vale muchísimo llegar a esa ciudad. Llegar, Vencer miles de dificultades hasta encontrar la casa solitaria. Encontrada la casa, abrir su inmensa y maciza puerta envejecida, transponer su umbral que de por sí impone respeto, oler el aire estancado por años en su patio donde el abuelo del diplomático extraviado, plantó un cedrón que por los años que ha vivido tiene el tronco grueso cubierto de costras y musgo que se seca y revive con las lluvias que retornan, y sus ramas se han

extendido tanto que besan el suelo hasta cubrirlo por completo. Buscar guiado por la luz de la esperanzada desesperación, el estudio del padre muerto. Encontrado el estudio, ubicar el escritorio donde bajo llave están, en un cajón secreto, los libros que tienen la respuesta a la terrible pregunta que toda la humanidad se hace: ¿Por qué hay terrorismos en el mundo?... Pero, ¡oh problema! En el silente y penumbroso estudio con pesado aire por largo tiempo empozado que huele a insecticidas y papel húmedo, atorado de libros que se apolillan en anaqueles de cedro, hay no un solo escritorio, sino cientos, no solo cientos sino miles de escritorios, cada uno con siete cajones y cada cajón con muchos casilleros secretos en su interior. ¿Dónde están las llaves, Señor? Si existen deben estar insertados en innumerables sartaes con cientos de llaves de diferentes tamaños y distintos dientes para cada cajón y cada secreter. ¡Dios bendito, Única Fuerza, Absoluto Poder! ¡Dinos por compasión dónde están las llaves! ... Al dolor de nuestra pregunta, al dolor de nuestra herida, ninguna respuesta, ninguna voz venida de ningún lado, ni la voz de Dios, ni la voz de los hombres. Solo una melodía que baja y sube, se suaviza y afiebra, tocada en laúd, como en el medioevo otoñal. Melodía con suavidad de pluma. Suave y tierna como la túnica vacía de Helena, de color azul por su dulzura. ¿Quién la toca, Señor, en esa casa deshabitada, solitaria desde tiempo, que guarda en secreto, como al Santo Grial, una o muchas respuestas; y donde flota el recuerdo de una familia de la que no se sabe si todos sus miembros están muertos o ausentes? No diría yo que lo tañe un ángel. A un ángel jamás he conocido en toda mi vida, nunca lo he visto ni oído tocar ningún instrumento musical. Pero sí he visto y escuchado tocar a los hombres músicos, algunos de ellos ciegos o inútiles para otro oficio o profesión, sino aptos únicamente para la música, como Jaimito Cáceres. Pero este laúd y esta

melodía, juraría mi Señor, la toca el poeta peruano Leopoldo Chariarse, diestro no solo en el laúd, sino también en el arpa, la guitarra, el piano, además de ser yogui. Él, cuando nos encontramos a su regreso de Europa para retornar a Alemania, a la ciudad de Düsseldorf donde vive, en el puente Ricardo Palma, sobre el metro, me regaló su libro: *Solsticio*. En ese hermoso poemario, Señor, están estos versos:

Cuántas noches en cuántos miserables exilios / iluminó tu mirada nuestro terror / y tu regazo calmó nuestros sueños sangrientos / y ahora eres el temblor de la hierba / que nuestros pies descalzos pisarán.

CAPÍTULO XXIV

LA PUERTA SE ABRIÓ NO COMO DE COSTUMBRE, a las ocho de la mañana, sino más tarde, quizás a las nueve o más, y no apareció el soldado de los últimos días con la taza de café y el pan. Este soldado fue diferente de los anteriores que nunca fueron los mismos, sino cada día otro; todos ellos herméticos, que no soltaban ni una sola palabra, ni siquiera le saludaban. Entraban con indiferencia, dejaban la taza o la comida, más tarde retornaban para llevarse la vajilla y nunca más regresaban. El relevo se los llevaba solo Dios sabía adónde. El último soldado, un jovencito de diecisiete o dieciocho años, también fue impenetrable los dos primeros días, pero al tercero, como por descuido le saludó. Le dijo: “Buenos días, señor”. Puso el café en la silla de hierro, después en la hora respectiva vino con el almuerzo y la comida, recogió la vajilla. El cuarto día, como al desgaire y para sí mismo, dijo: «El tiempo está cambiando», y se fue con rapidez. Fernando Montiel que le oyó extrañado no tuvo tiempo para preguntarle para saciar su curiosidad. ¿Qué estaría cambiando? ¿El tiempo? ¿Se habrían ido las lluvias? ¿Los días ardorosos se estarían anunciando?

Cuando se abrió la puerta quizás a las nueve de la mañana, llegaron el café y el pan. Los trajo otro soldado, que además fue portador de un espejo pequeño, casi como uno de bolsillo, un prestobarba y una pastilla de jabón. Al irse, casi como solamente por hablar, desde el umbral de la puerta, dijo:

-Hay orden de que se prepare.

Fernando Montiel se desayunó con el café igual de mugroso al del restaurante de mala muerte que no se le iba de su imaginación cada vez que desayunaba. Mientras fue bebiendo el café fue pensando: ¿Para qué debía prepararse? ¿Le interrogarían, al fin? ¿Lo transferirían a otra prisión? ¿Qué diablos estaría a punto de suceder? Se devanó los sesos para llegar a la conclusión de que por fin llegaba el día en que lo interrogarían. Sabría, entonces, el rumbo que tomaría su problema.

Le fue muy difícil rasurarse la barba crecida. Pero lo logró limpiamente. Cuando concluyó, su rostro respiró frescura, aunque no su cuerpo. Luego, fue pasando el tiempo. ¿Una hora? ¿Dos?

Al fin se abrió la puerta. Bajo el dintel quien apareció no fue el soldado que trajo el desayuno, el espejo, el prestobarba y el jabón, sino un oficial, que tampoco era el que lo condujo hasta allí el día en que lo aprehendieron. El oficial era otro, quizás uno de grado más alto, pues su porte, su rostro, denotaban superioridad, más edad y mejor educación. Al entrar le saludó:

-Buenos días. Usted tiene que acompañarme con todo- le dijo secamente.

Fernando Montiel le escuchó perfectamente. Pero no entendió por qué le dijo: “con todo”. ¿Era una jerga que usaba el militar?

-¿Qué me quiere decir, oficial, al haberme dicho: “con todo”?-le preguntó.

El oficial, fríamente, sin denotar ni un ápice de sorpresa, le replicó:

-Con todas sus pertenencias.

Fernando Montiel se rio para sus adentros. «¿Qué pertenencias?», se dijo. «Soy solamente yo mismo y mis ropas que han envejecido»

Lo condujo por las galerías del edificio. A algunas, Fernando Montiel creía reconocerlas, a otras no. «¿Son las mismas por donde fui traído para ser metido en el hueco del que acabo de salir?», se fue preguntando. No tuvo ninguna seguridad, como tampoco dejó de tener dudas puestas al rojo vivo. A sus narices, el viento le trajo un extraño olor. Un olor como del cemento al momento de ser mezclado con la arena y el ripio. Un olor como de cal o de yeso convertido en argamasa para taponar agujeros en los muros, enlucir superficies, blanquear las paredes como hacían los albañiles en su ciudad natal. Se dio cuenta. ¿Pasaban soldados con ropa de albañiles? ¿O eran albañiles de a verdad? ¿Los soldaditos estaban trabajando como albañiles, carpinteros, soldadores? Eran muchos y todos caminaban con apuro portando sus herramientas. Empujaban carretillas con bolsas de cemento, pilas de ladrillos y otros materiales. Además de sus ropas con manchas de cal, pintura, usaban altas botas de jebe e iban tocados de cascos azules de plástico. Desaparecían perdiéndose por los vericuetos del laberinto, entre las sombras que parecían hervir. A todo esto se fueron sumando sonidos de martilleos, de taladros, ruidos como de derrumbe de paredes o de golpes en el suelo abriendo zanjas, túneles, fosas, sepulturas. Un olor de polvo se esparcía por determinados tramos. A su lado el oficial caminaba rígido, con el rostro fruncido, daba la impresión de tener apretada la mandíbula. Sobre su rostro cetrino de cerámica, su gorro con la visera rectangular larga le daba un aire de un explorador perdido en una jungla. Los soldaditos le saludaban al pasar y él como si no le importara nada se deslizaba

tieso, con la seguridad de estar quizás en un desfile o en una revista. Había sombras, opacidad en las galerías. A menudo tropezaban con manchas de humedad, con recientes parchados en muros y en el mismo suelo. ¿Acaso el edificio había envejecido de súbito? ¿Estaban reforzando sus cimientos y columnas porque se avecinaba un terremoto? ¿O la locura les había cogido a los habitantes del colmenar? Los parches recientes de cemento en el piso y en las paredes eran de color que tiraba a rojo, de arcilla color sangre. Cuando pasaron por una larga galería con paredes ciegas y ventanas que parecían respiraderos, donde la opacidad era más espesa que en ningún otro lado, Fernando Montiel pareció percibir gemidos, estertores, toses intermitentes y feroces como de ahogo, de asfixia. Eso le hizo pensar en los recipientes de agua helada donde los prisioneros colgados boca abajo eran introducidos de cabeza y los tenían hasta cerca de la asfixia. Pensó en las picanas eléctricas. Se sobrecogió y le entró el miedo. El oficial apuró el paso, a simple vista quería evitar toda demora en el paso de este trecho. Fernando pensó aterrado: «Me van a encerrar en una celda de aquí». Su cuerpo se estremeció de espanto, su mente se nubló tanto que no se dio cuenta que chocó con un oficial que venía en sentido contrario, uno de elevada estatura y pecho ancho como un murete. Se disculpó. El oficial que lo conducía le saludó con la mano derecha que se movió como impelida por un resorte hacia su frente, al mismo tiempo de decir: ¡Mi saludo, mi coronel!, y sus pies taconearon sus botas sacándoles chirridos a los granos de arena regados sobre el embaldosado. Todo eso pasó y siguieron caminando hasta que al fin llegaron a un espacioso patio, con pasto verde recién regado, flores en los jardines y arbolitos decorativos podados formando conos o imágenes de vicuñas. En pastos y jardines había soldados trabajando como jardineros. Alrededor había

un sinnúmero de oficinas. Al ver un lugar totalmente diferente al mundo sombrío que habían atravesado, Fernando Montiel recuperó la serenidad, su terror se apaciguó. Sintió un gran alivio.

SE ACERCARON A LA PUERTA DE UNA OFICINA. Dos soldados armados la resguardaban, uno a cada lado. Se cuadraron frente al oficial y saludaron presentando el arma.

-Adelante-dijo el oficial dirigiéndose a Fernando Montiel.

La oficina era amplia. Su piso brillante reflejaba la luz que entraba por las ventanas grandes con cortinas descorridas y la de los tubos de fluorescentes instalados en el techo. Los dos hombres se detuvieron en seco viendo a un militar que atendía a otro que estaba sentado frente a él, delante de su enorme escritorio con teléfonos, papeles. La espera no duró mucho. El militar terminó de atender al que estuvo sentado que se fue después de cuadrarse y saludarlo con solemnidad., llevándose al brazo un grueso fajo de papeles. El militar de la oficina le ordenó acercarse al oficial que acompañaba a Fernando Montiel. El oficial dio varios pasos hasta encontrarse cerca del escritorio. Se cuadró.

-Misión cumplida, mi general. El abogado Fernando Montiel está a su vista-dijo.

El general, por segundos, se mantuvo imperturbable, luego dijo:

-Correcto, coronel. Puede retirarse.

El coronel volvió a cuadrarse y saludó. Luego giró sobre sus talones dando media vuelta y se fue. El general ordenó a su ordenanza que por el momento no atendería absolutamente a nadie.

A Fernando Montiel que permanecía parado a más de dos metros del enorme escritorio desde que empezó y finalizó la escena, le dijo:

-Acérquese, por favor. Tome asiento.

Mientras Fernando Montiel cumplía la orden, el general se puso en pie, caminó hasta la puerta de una oficina interior, cerca de su despacho. La cerró. Volvió y se sentó en su silla de alto respaldo. Miró fijamente al hombre que estaba frente a él ocupando la silla que minutos antes la calentó el militar de alto grado que se fue con su carga de documentos e instrucciones para mantenerlos en estricto secreto. Fernando Montiel pensó que sería interrogado y mantuvo su sangre fría. «Ha llegado el momento», se dijo. «Debo ser firme y claro. Cualquier dislate me puede ser fatal. Procuraré no ofuscar me para que no se me enreden las ideas». El general aún alargó el silencio que Fernando Montiel interpretó como de mal augurio para su futuro. Empero, en ese interregno su memoria escarbó a una espeluznante velocidad un pasado lejano. Su padre, Simón Montiel, un día le contó que un tío abuelo suyo había llegado a ser general de ejército y fue dos veces ministro en un gobierno de militares, y su tía Josefina también le había contado que su madre muerta Isabelita Montero Martínez era biznieta de un contralmirante que peleó contra los chilenos en la Guerra del Pacífico y ocupó el cargo del presidente

mientras duró su ausencia como prisionero de los enemigos. «Dios», se dijo, «¡cuánto cambian la vida y el mundo!» De su aturdimiento le sacó la voz del general:

-Tengo a la vista, señor, muchos papeles relacionados con usted. Su nombre es Fernando Montiel Montero, ¿verdad?, ¿de profesión abogado y profesor de una universidad?

-Sí, general-le contestó Fernando Montiel.

Esponáneamente miró el escritorio, y ahí, debajo de las manazas del militar, había un grueso fajo. Esos papeles le hicieron pensar que se referían a su persona.

-Han habido muchos cambios. Todos drásticos-siguió diciendo el general.

Esas palabras hicieron darle un salto a la conciencia de Fernando Montiel. Pensó que su situación tomaba un curso seguramente grave. «Me han empapelado», se dijo. «¡Demonios!» Su impresión fue tan impactante que venciendo toda distancia se sintió impelido a preguntarle al general de rostro impenetrable:

-Por favor, general, ¿qué me está queriendo decir?

-No se alarme, doctor-le respondió el militar, secamente. Tranquilícese. Lo que le estoy diciendo y lo que me va a escuchar no se relacionan en nada con usted.

-Comprendo, general-dijo Fernando, serenándose, sacudiéndose de sus aprensiones.

-Todo lo que ha pasado -continuó hablando el hombre de armas- ha sido con el país. Le voy a decir a velocidad y muy escuetamente. Hace tiempo que el dictador

huyó al extranjero. Quienes lo vieron afirman que se llevó más de cien inmensas maletas, como para atorar el avión presidencial. Se supone que en ellas estaban los lingotes de oro que se robó del banco de la nación. Desde Nipolandia envió su renuncia por medio de un fax. Su asesor, consejero y colaborador, el famoso DOC, que fue el jefe del servicio de inteligencia que también fugó ha sido capturado por la INTERPOL en Panamá y traído preso al país; está encarcelado para ser juzgado. El dictador, tarde o temprano caerá también y será inexorablemente remitido a nuestro país; cuando llegue será sometido a juicio que sin duda alguna lo condenará a prisión perpetua igual a su exasesor. El internacionalista que bailó en el estrado con el dictador cuando se inició la campaña eleccionaria, hoy está embarrado. ¡Ha demostrado ser un desalmado! Ha enjuiciado a su padre nonagenario reclamándole su herencia. ¿Qué le parece?

Un rato se detuvo el general. Fernando Montiel presintió la tempestad que de improviso se había desatado en la mente del alto oficial. Este, luego del paréntesis del silencio, prosiguió. Dijo:

-En este momento tenemos un gobierno de transición.

Fernando Montiel recordó las palabras del soldadito que pronunció ante él la palabra cambios.

-El presidente transitorio-continuó el general-, es todo un hombre probo. Ha decidido con sus colaboradores reordenar el país. Pacificarlo. Ha sido apresado el jefe máximo del terrorismo. Todo lo relacionado con Sendero Luminoso y la guerra interna que ha cesado por la captura de su mentor será investigado, estudiado,

analizado exhaustivamente. Hay miles de expedientes. Se ha formado una comisión. La Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Esta se ocupará de esa labor. Hay miles de inocentes presos, como hay miles de culpables fugitivos. Igual, han sido ejecutados miles de campesinos y habitantes de pueblos humildes sin causa probada. Los derechos humanos han sido violados. El mundo lo sabe.

Se calló un rato el general. A Fernando Montiel le pareció que una nube hervía en su mente.

- No sé por qué le estoy dando referencias. No sé por qué le estoy hablando así. Por fortuna es usted un hombre de leyes, además un intelectual. Sé que me comprende.

-Cierto, general-le contestó Fernando Montiel. Lo que me está contando es historia, y por tanto le pertenece a la memoria del país. No es un secreto. Son verdades que no tienen dueño. El dueño de esta historia trágica es nuestro país.

El general se mostró con el rostro más despejado, libre de nubes. Por otra parte, por la mente de Fernando Montiel pasó lo que leyó en algún momento y en algún lugar. Faltando seis días para la muerte de Jorge Luis Borges, en Ginebra, en el encuentro que tuvo con Marguerite Yourcenar, esta le dijo: «Borges, ¿cuándo vas a salir del laberinto?». Él le contestó: «Cuando todos hayan salido»

-En su caso, dijo el general -retomando la palabra- han habido muchas protestas y muchísimos reclamos para ponerlo en libertad, pero eso ha sido en los tiempos del dictador y del DOC. Por eso no surtieron efecto. Desde Suecia, Nueva York, París, Barcelona, de su ciudad natal, de esta capital. Voces de escritores,

periodistas, políticos, profesores universitarios. Igual por el caso de Gustavo Gorriti y otros hombres de prensa que sufrieron secuestro y a veces el asesinato. Desgraciadamente estos últimos ya no podrán usar la libertad. Se está investigando el paradero de Gorriti. El DOC tiene que declarar. Él es el responsable.

Sonó el teléfono. El general cogió el fono. Su conversación fue breve. Devolvió el fono a su sitio y se volvió hacia Fernando Montiel.

-En pocos minutos usted estará libre-dijo- Mis asesores jurídicos han examinado estos papeles exhaustivamente. No hay elementos de juicio para incriminarlo de algo. Todo es un tejido perverso de gente malhadada y maldiciente. Estoy esperando los papeles para firmarlos. No van demorar en llegar. Tengo todo instruido.

Fernando Montiel escuchó el anuncio de su libertad con absoluta serenidad. La emoción le hizo toser, se sintió súbitamente atacado por una especie de ahogo. El general continuó hablándole:

-Mientras lleguen los papeles quiero preguntarle: ¿Usted es pariente de dos señoras, Chantall y Michelle Montiel?

Fernando se quedó petrificado. Su mente, su imaginación como que de repente se hubieran congelado. Demoró en contestar.

-Sí-, dijo con frío laconismo. Son mis hermanas, viven muy lejos desde muchos años-, agregó.

El militar de alta jerarquía, igual que él, hizo una pausa en su discurso, para luego decir:

-Son muy amigas de mi esposa. Me casé hace diez años con Patricia Gonzáles. Ella me ha contado que conoció a sus hermanas y a usted cuando aún era estudiante de Derecho.

El instante que pudo ser un rato para la alegría, se hizo embarazoso. Quizás los interlocutores desearon que no debió haberse dicho nada sobre lo acabado de decir. Ambos se movieron, cada uno en su silla, tosiendo veladamente como si hubieran querido decir algo, pero que la palabra o las palabras no quisieron salir de la boca.

Hubo un ruido sordo, casi como un roce. El general se volvió hacia la puerta que momentos antes fue a cerrarla después de dar órdenes a quienes trabajaban en la oficina, órdenes que Fernando Montiel no escuchó.

Salió un oficial, caminó hacia el escritorio del general, con unos papeles en la mano. Al llegar taconeó al saludar.

-Aquí tiene los documentos solicitados, mi general-dijo.

El general los recibió diciendo:

-Le agradezco, capitán. Dentro de algunos minutos lo llamaré.

El capitán se fue.

-A ellas les debe bastante-dijo sentenciosamente, el general.

-Comprendo, señor- contestó Fernando Montiel.

En su mente, instantáneamente y a una velocidad fantasmagórica el pasado se hizo presente con las cosas y los seres más queridos. Su casa, su padre, tía Josefina, Chantall y Michelle, la ciudad, las noches de colores, el frío cordillerano, las lluvias, la rosa marfileña, el crepúsculo que caía, la higuera, Patricia Gonzáles envuelta en las primeras opacidades del día que se moría poniendo manchas voladoras en la puerta que minutos antes se abrió sin hacer ruido, como si todo estuviera sucediendo en un sueño.

El general, en ese instante así como en el tiempo que vendría, jamás supo de ese remolino de recuerdos que giraron en la mente de su fugaz interlocutor a quien vio y habló por primera y última vez. Estuvo ocupado en leer uno tras otro los papeles que trajo el capitán. Luego de cada lectura ponía su firma. ¿Acaso, en su mente se reproducían las veces en las que su esposa, Patricia Gonzáles, hizo referencias a su ciudad natal, a Chantall, Michelle y Fernando? ¡Quizás!

Terminó de firmar los papeles. Presionó el intercomunicador y llamó al capitán. Cuando este llegó, se irguió en su asiento. Sus ojos se posaron en Fernando Montiel:

-Está usted libre, doctor. Le deseo mucha suerte; mucho la va a necesitar.

Luego dirigiéndose al capitán dijo en tono severo:

-Acompáñelo, capitán.

Se puso en pie. Extendió su diestra hacia Fernando quien también de pie, se la estrechó. Los dos hombres que ese mañana, de ese día que preludiaba la primavera

se conocieron, se miraron mutuamente por primera y última vez. Cuando se cumplieron todos los pasos del ritual reglamentario, el oficial le acompañó hasta el inmenso pasillo donde le fueron devueltos uno a uno todas sus pertenencias. Después le llevó hasta la puerta del inmenso edificio fortificado donde se cumplió el respectivo acto de cortesía.

-¡Adiós, doctor, gusto de haberlo conocido!- dijo el capitán.

-Le agradezco, capitán-le correspondió Fernando Montiel

Se estrecharon las manos, como viejos amigos. La enorme puerta se cerró a las espaldas de Fernando Montiel. Cuando cesó el horrendo traqueteo del portón y extendió el abanico de su mirada vio lo que no pudo creer en ese instante. Cerca estaban Chantall, Michelle, Manolo Reina, Jorge Rospigliosi su amigo de la universidad, el casado con la otra Patricia, la que apellidaba Granados. Los tres hermanos lloraron al abrazarse. En el trayecto, en el cuatro por cuatro de Manolo, Fernando comprendió lo que le dijo el general. Pero no imaginó lo que en su vida sucedería en el futuro.

Retornó a la universidad y a su estudio. Un día entre los días, en la torrentera de una calle de la ciudad capital tuvo un encuentro casual con una de las tres chicas con las que en su ciudad natal, antes de su exilio, al encontrarse en la puerta de la Escuela Normal preguntó por Aurora; y una de ellas le dijo que Aurora se había casado. La chica con la que se encontró y que era ya señora, le dio la noticia de que Aurora nunca se casó. Por un instante el corazón de Fernando Montiel tembló

de alegría. Pero luego se desmoronó como un muro de ladrillos cuando su exalumna de ayer le dijo lo que hasta ese momento había ignorado:

- Aurora murió en Pativilca .

-¿Qué le pasó?

- La fulminó un aneurisma. Su muerte cumplirá un año en este mes

El mes era agosto.

Al poco tiempo, exactamente a los cinco meses de la libertad de Fernando, también murió Jorge Rospigliosi vencido por el cáncer. No pudo estar en sus exequias, por eso fue a darle el pésame a su esposa, la otra Patricia, en su domicilio. Conocerla a ella personalmente fue para Fernando Montiel un acontecimiento que cambió totalmente su vida. Patricia Granados era la imagen viva de Patricia Gonzales. Con ella se casó y retornó a su ciudad natal. Allí reingresó a la Escuela Normal para dar clases, como antes, para reembolsar sus remuneraciones que la directora Esperanza Martínez le adelantó al inicio de su exilio. Columbró en sus proyectos, una inmensa, elevada y abrupta cordillera. En el pico más elevado, con nieve perpetua, está la utopía. La ciudad blanca y azul con la casa. En la casa, el escritorio entre miles de escritorios. Allí, en ese enigmático escritorio sacralizado por la muerte, yacen guardados los libros de historia escritos por un padre que no pudo alargar su agonía para ver a su hijo que venía por él para cerrarle los ojos. En sus páginas aguardan las respuestas que el mundo quiere saber para su salvación. Fernando Montiel, resolvió explicar en la Escuela Normal el significado de esa utopía. En una noche escribió un poema en homenaje al orto de ese sueño:

*«Por miedo a la soledad me regresé de la muerte, / elegí tu corazón para seguir
viviendo»*